

Positivismo y antipositivismo en Argentina

Berta Perelstein



EDICIONES
DE LA FAHCE



Positivismismo y antipositivismo en Argentina

Berta Perelstein

Esta publicación ha sido sometida a evaluación interna y externa organizada por la Secretaría de Investigación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata.

Diseño: D.C.V. Federico Banzato

Diseño de tapa: Sara Guitelman

Editor por Ediciones FaHCE: Leslie Bava

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

©2022 Universidad Nacional de La Plata

Edición original: Perelstein, B. (1952). *Positivismo y antipositivismo en Argentina*. Buenos Aires: Procyon.

ISBN 978-950-34-2136-9

Colección Pensamiento pedagógico de las izquierdas, 1

Cita sugerida: Perelstein, B. (2022). *Positivismo y antipositivismo en Argentina*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. (Pensamiento pedagógico de las izquierdas ; 1). doi:10.24215/978-950-34-2136-9

Disponible en <https://libros.fahce.unlp.edu.ar/index.php/libros/catalog/book/199>



Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

Universidad Nacional de La Plata
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

Decana

Ana Julia Ramírez

Vicedecano

Martín Legarralde

Secretario de Asuntos Académicos

Hernán Sorgentini

Secretario de Posgrado

Fabio Espósito

Secretario de Investigación

Juan Antonio Ennis

Secretario de Extensión Universitaria

Jerónimo Pinedo

Prosecretaria de Gestión Editorial y Difusión

Verónica Delgado

Nota a la presente edición

La presente edición es una versión digital del libro publicado en 1952 por la Editorial Procyon que respeta el contenido original del trabajo y mantiene las cuestiones formales del original (citas y referencias, notas al pie, uso de guiones y comillas, etc.).

Índice

<u>Sobre <i>Positivismo y Antipositivismo en Argentina</i>.</u>	
<u>Reencontrar a la autora en el contexto de producción de la obra</u>	
<u><i>Ana Diamant</i></u>	<u>9</u>
<u>El positivismo y el antipositivismo en la Argentina</u>	
<u><i>Berta Perelstein</i>.....</u>	<u>43</u>
<u>Prefacio</u>	<u>45</u>
<u>La evolución del positivismo continental</u>	<u>61</u>
<u>Carácter del positivismo inglés.....</u>	<u>95</u>
<u>Influencias del positivismo, especialmente en la Argentina</u>	<u>113</u>
<u>Unidad del positivismo y el antipositivismo.....</u>	<u>147</u>
<u>La autora</u>	<u>181</u>
<u>Quienes escriben</u>	<u>183</u>

Sobre *Positivismo y Antipositivismo* *en Argentina*

Reencontrar a la autora en el contexto de producción de la obra

*Ana Diamant*¹

El texto que aquí presento pretende ser una introducción a la lectura de un libro filosófico publicado en 1952 (setenta años atrás), escrito por una mujer argentina, judía y comunista; un libro que —dicen algunos— circuló poco y sin embargo está en muchas bibliotecas particulares; una obra en parte criticada por la propia autora, pensada en un momento crucial de su vida, “revisada” por la conducción partidaria. Fue un verdadero desafío el de entonces —la escritura original— como lo es hoy la redacción de este texto introductorio.

Es este un libro que ahora debe ser leído con nuevas claves interpretativas, con el cuidado por la semantización de las palabras, tamizado por el tiempo y los acontecimientos nacionales y mundiales. Una producción que retoma —y también discute— experiencias tempranas de formación intelectual, académica y política de la autora, y que está atravesada por intensas situaciones vitales personales, familiares y sociales.

¹ La autora agradece a Silvia Braslavsky la generosa cesión de archivos personales de Berta Perelstein de Braslavsky que pudieron ser utilizados en la elaboración del presente estudio preliminar.

Yo tengo editado un libro que se llama *Positivismo y Antipositivismo*, donde señalo las características del positivismo y a qué responde. Yo no soy positivista, pero aparecía el antipositivismo con todas las tendencias especialmente contra las ciencias. Y la cátedra de Alberini era una cátedra contra José Ingenieros. Y tenía gran prestigio y una gran cantidad de jóvenes y todos contra la ciencia (...). Lo mismo pasaba en la cátedra de Psicología, pero era la concepción metafísica de la psicología, nunca se traía las cosas más nuevas. En las clases prácticas con Carlos Dujovne, analizábamos los datos inmediatos de la conciencia² (Braslavsky, B., 1993, testimonio oral).

La propuesta de esta presentación es hacer un ejercicio de ubicación en tiempo y espacio de la obra y de su autora. Quedará en cada nuevo lector el recorrido por el contenido, que aún sigue trayendo novedad y hasta extrañeza.

Algunas preguntas serían un estímulo para aproximarse a un libro “raro”. ¿Quién es la autora? ¿Cómo y por qué escribe ese libro? ¿Qué se propone con él? ¿Cómo llega al tema y al enfoque? ¿Con quiénes dialoga en su discurso? ¿Quiénes lo leen? ¿Qué comentarios le hacen? Y seguramente muchas más. Algunas respuestas las dará el propio texto; otras, ella misma con sus dichos; otras más serán construcciones de las lectoras y los lectores, y en algunos casos, hipótesis a partir de testimonios y documentos.

Reconocer a la autora es nominarla y sobre todo revisar cómo se nombra. Hoy decir *Berta* en el campo educativo es elocuente de por sí. No necesita nada más. Una revisión de su firma hace que se encuentre, en una cuidada cronología, a Berta Perelstein, Berta Perelstein de Braslavsky y finalmente Berta Braslavsky. Cada una de estas formas dice algo de ella, de su entorno, de sus producciones, de sus recuerdos,

² A partir de Bergson, H. (1999 [1927]). *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*. Madrid: Sigüeme.

de su familia, de su casa; datos, hechos y anécdotas que pudieron ser recogidos a partir de largas, profundas y generosas entrevistas³ que trascienden el tiempo de escritura y publicación de la obra.

La obra

Positivismo y Antipositivismo... es un texto escrito por Berta Perelstein, que si bien ya estaba casada con Lázaro⁴ desde 1939, aún no

-
- ³ Diamant, A. (2001). Entrevista a Berta Braslavsky. Buenos Aires.
Diamant, A. (2007). Entrevista a Berta Braslavsky. Buenos Aires.
Diamant, A. y Salles, N. (1993). Entrevista a Berta Braslavsky. Buenos Aires.
Diamant, A. y Salles, N. (1996). Entrevista a Cecilia Braslavsky. Buenos Aires.
Diamant, A. y Salles, N. (1996). Entrevista a Ernesto Perelstein. Buenos Aires.
Salles, N. (1996). Entrevista a Silvia Braslavsky. Buenos Aires.

⁴ Lázaro Braslavsky nació en Kiev el 28 de octubre de 1904. Llega a la Argentina en 1905. Su familia se instala en Córdoba. Hace sus estudios secundarios en el Colegio Montserrat (UNC) y se gradúa como farmacéutico en 1921 (UNC). En 1926 recibe el título de Doctor en Química y Farmacia (UBA). Instala una farmacia en Buenos Aires que, desilusionado de la profesión, deja en 1934 en manos de familiares y colaboradores y emprende su primer viaje a Europa con la intención de llegar a la URSS, pero no consigue la visa. Estando en París se relaciona con el Partido Comunista Francés y toma algunos cursos en el Instituto Pasteur. Mientras está lejos, mantiene un profuso y apasionado intercambio epistolar con Berta –Chiquita– en el que plantea tanto su ansiedad por la situación económica de la farmacia, por el rescate de su microscopio empeñado, como su compromiso revolucionario. A su regreso en 1935 se traslada a Basavilbaso, Entre Ríos, y se emplea en una farmacia. Además de atender el mostrador, prepara recetas y hace análisis clínicos con su microscopio recuperado. En 1936 vuelve a viajar a Europa junto a una delegación del PROCOR (Sociedad Pro Colonización Israelita en Biro-Bidjan). En ese mismo año Berta es expulsada del Instituto de Profesorado Joaquín B. González. En 1937 participa de la inauguración de los laboratorios Asepticum. Desde allí envían medicamentos al frente republicano en España y más adelante al frente ruso durante la Segunda Guerra Mundial. En 1939 se casa con Berta. En 1942 nace su hija Silvia. En 1951 presenta los primeros síntomas que llevan a diagnosticarle un tumor en la base del cráneo e inicia un complejo tratamiento que incluye cirugía y radiaciones. Durante su convalecencia, cada noche quedaba al cuidado de algún colega–camarada en

había adoptado su apellido. El casamiento solo por civil entre dos militantes judíos y comunistas no deja de plantear conflictos familiares. Para entonces ya llevaban varios años de relación, algunos de ellos mediados por la distancia y por muchas cartas desde diferentes lugares de la Argentina y del mundo, y él estaba enfermo.

Cuando yo publiqué *Positivismo y Antipositivismo* era una época de oscurantismo más absoluto y yo estaba pasando por una situación personal muy desgraciada: tenía a mi marido gravemente enfermo. El leyó desde la cama, una nota sobre mi libro en el diario *La Prensa*, una nota muy elogiosa (Braslavsky, B., 1993, testimonio oral).

Es un trabajo de filosofía, de historia, de economía, de política, no así de educación en su sentido clásico; una excepción en su frondosa producción.⁵ Se propone, como plantea en el prefacio, recuperar el

su casa, o personal del IAR. En 1952 nace su hija Cecilia. Muere en 1954 y es sepultado en el cementerio de Chacarita, ya que la AMIA no acepta entierros sin ritual religioso judío (A partir de Braslavsky, 2018).

⁵ Producción bibliográfica de Berta P. de Braslavsky. Para una completa revisión de su obra, debieran considerarse también capítulos de libros, artículos en revistas especializadas, comunicaciones científicas, documentos y publicaciones oficiales, artículos de divulgación.

1952 – *Positivismo y Antipositivismo en la Argentina*. Buenos Aires. Procyon.

1962 – *La querella de los métodos en la enseñanza de la lectura*. Buenos Aires. Kapelusz (con reediciones hasta 2014).

1971 – *Problemas e métodos do ensino da leitura*. Sao Paulo. Melhoramento e editora UNESP.

1983 – *La lectura en la escuela*. Buenos Aires. Kapelusz.

1991 – *La escuela puede*. Buenos Aires. Aique Grupo Editor.

1992 – *La escuela puede: una perspectiva didáctica*. Buenos Aires. Aique Grupo Editor.

1993 – *Escola e alfabetizacao*. Sao Paulo. UNESP.

2004 – *¿Primeras letras o primeras lecturas? Una introducción a la alfabetización temprana*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

2005 – *Enseñar a entender lo que se lee. La alfabetización en la familia y en la escuela*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.

pensamiento de Mayo y examinar los movimientos ideológicos que tratan de desplazarlo, entre ellos el positivismo y el antipositivismo (Perelstein, 1952, p. 7).

Tiene antecedentes en su tesis de graduación en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, *La Enciclopedia Francesa en el Río de la Plata hasta 1830*,⁶ presentada en 1943, una obra original, con un cuidadoso trabajo de archivo y una interesante perspectiva teórico-metodológica (Arata, 2002, p. 1). Para su producción usó como fuente

una colección original de la Enciclopedia Francesa dirigida por D'Alembert (...) En ella estudié las cuatro orientaciones de la enciclopedia original, desde los fisiócratas a los materialistas. Para hurgar en sus respectivas influencias en nuestros países iba a la Biblioteca Nacional, entonces en la calle México, donde está ahora el Museo Etnográfico. Su director me facilitó el acceso a las fuentes, no diremos incunables, pero sí muy valiosas. El jurado recomendó después la publicación de esa tesina, pero, ahí la tengo, amarillenta, con errores de máquina en el original (Arata, Ayuso, Báez y Díaz Villa, 2009, p. 55).

El interés por recuperar las tradiciones de Mayo, presente tanto en su tesis como en su libro, no era solo una cuestión formal. Consideraba que se trataba de una recuperación de la escasa tradición emancipadora nacional que la burguesía había abandonado (Petra, 2017, p.

⁶ Es importante señalar que el título de esta tesis aparece presentado con diferentes nombres en documentos y en testimonios de la propia autora, aunque en todos los casos mantiene el sentido de revisar la influencia de la Revolución Francesa en el Río de la Plata, en la Revolución de Mayo o en los hombres de Mayo. La realidad es que el ejemplar original, resguardado en la Biblioteca Nacional de Maestros de la Argentina, no contiene la primera página. En muchos casos la referencia es *Modalidad que tuvo la influencia de la Enciclopedia Francesa en el Río de la Plata hasta 1830*, pero esa es la presentación de la primera parte del trabajo, en la que desarrolla las diferentes posiciones frente a la influencia mencionada, las noticias que llegan al Río de la Plata, las ideas que penetraron en el país y la modalidad con que se introdujo la Enciclopedia (a partir de Perelstein, 1943).

150), sobre todo a partir de las luchas posteriores a la Revolución por la independencia con la preocupación por introducir el orden (Perelstein, 1952, p. 111).

La obra podría resumirse como el recorrido por el pensamiento de un Comte continental en tensión con un Spencer insular mientras dialoga con un amplio conjunto de autores de diversos tiempos y territorios, así como por las influencias de proximidades y distancias del positivismo en América y fundamentalmente en Argentina.

En la primera etapa de su desarrollo, la científica, Comte piensa al positivismo como el conocimiento que sistematizaron los sabios al enfrentarse a opiniones incoherentes y supersticiosas (Perelstein, 1952, p. 11). En la segunda, la etapa religiosa, le preocupa la transformación de la filosofía en religión (Perelstein, 1952, p. 57), pensando cómo contrarrestar tendencias disolventes y consolidar la propiedad material que garantiza el progreso y el orden (Perelstein, 1952, p. 59).

Spencer, por su parte, influenciado por la filosofía alemana (Perelstein, 1952, p. 76), combina elementos del romanticismo con conocimientos naturalistas y matemáticos (Perelstein, 1952, p. 77). Afirmar que la religión protestante sirvió para mantener la explotación de las masas productivas (Perelstein, 1952, p. 81) y se propone coordinar las convicciones —en apariencia, opuestas— que representan la religión y la ciencia, y descubrir elementos comunes a ambas a partir de posibles respuestas al eterno problema del origen y naturaleza del universo (Perelstein, 1952, p. 82).

En torno a su publicación puede encontrarse una verdadera polifonía de opiniones que, además de poner en debate sus contenidos, dan cuenta de sus vínculos contemporáneos.

Berta reconoce, entre otros, a Gregorio Weinberg,⁷ quien la

⁷ Argentina (1919-2006). Destacado productor en el campo de la historia de la educación y la historia de las ideas. Primer socio honorario de la Sociedad Argentina de Historia de la Educación (SAHE).

alentó para publicar *Positivismo y Antipositivismo* que, a pesar de sus limitaciones, fue quizás el ensayo más realizado entre los que en esa época aparecieron, especialmente en *Cuadernos de Cultura*⁸ y que, merced a la prudencia que aconsejaba su signo político, no los fui anotando en mi currículum personal y permanecen anónimos⁹ (Braslavsky, 1999, p. 1).

La revista periódica *Cuadernos de Cultura* fue, sin duda, la principal y más sistemática publicación para intelectuales que desde el Partido Comunista y a partir de 1950 difundió tanto obras de autores nacionales como traducciones de textos soviéticos y de otros partidos comunistas sobre ciencias. Estos escritos hicieron que el marxismo-leninismo resultara un polo de atracción como versión científica del socialismo y como fuente de nuevos saberes objetivos sobre el hombre y la sociedad, pero principalmente sobre el hombre nuevo, no alienado, liberado de las cadenas irracionales (García, 2016, pp. 84-86). De esas ideas participaron, además de Berta, figuras contemporáneas como José Itzigsohn, Emilio Troise, Jorge Thenon¹⁰ y Julio Peluffo, entre otros. Este último se sumó al Consejo de redacción en 1952.

Particularmente Thenon insistía en la importancia de una psicología que estudiara la actividad práctica como capacidad para transformar el medio desde el recorrido histórico de las fuerzas productivas a

⁸ Órgano de difusión del Partido Comunista Argentino. Se sabe que, en períodos de proscripción y distribución clandestina, Berta Braslavsky firmaba artículos con seudónimo hasta hoy desconocido.

⁹ Muchos de los trabajos de su autoría en tiempos de proscripción y clandestinidad del Partido Comunista Argentino fueron publicados con seudónimos no identificados.

¹⁰ Fue el primero en recibir el Premio Aníbal Ponce, en 1975, por su producción en el campo de la psicología y la psiquiatría en Argentina. Sus obras más destacadas fueron *Psicología Dialéctica* y *La imagen y el lenguaje*, además de una gran cantidad de artículos.

partir del hombre como agente de cambio, idea que es consistente con muchas postulaciones de Berta.

En la misma línea política que la referencia con *Cuadernos de Cultura* y que da cuenta de su pertenencia a la conducción del Partido Comunista Argentino, opinan sobre el libro, entre otros, los hermanos Orestes¹¹ y Rodolfo Ghioldi¹² y Victorio Codovilla¹³.

Orestes le envía por nota las observaciones de Rodolfo, que plantean

1. Vincula secamente el problema del positivismo y el antipositivismo en Argentina a los imperialismos inglés y norteamericano. No está demostrado. Y deja de lado la influencia francesa, por un lado, y la alemana por el otro. 2. Creo que habría que dar lo de Korn más cuidadosamente; él no está en el plano de los existencialistas o fenomenólogos criollos; él pagó duro el existencialismo alemán. 3. Convendría indicar el nombre de Rodolfo Rivarola, que ocupó en el 96 la primera cátedra de filosofía: kantismo (...) se pone poco énfasis en la influencia alemana, ejercida sin embargo a través de Quesada (que acabó regalando su biblioteca a Hamburgo) y los cursos spenglerianos; 5. Hay un cierto embellecimiento de los hombres del positivismo argentino. 6. La oligarquía terrateniente recién llega al poder en el 80? (Ghioldi, s/d).

La opinión del propio Orestes, aclarando que se trata de puntos de vista personales, apunta —según él mismo— a que la posible “discusión con la presencia de un grupo más amplio de camaradas (...) tal vez, permitiría preparar, para más adelante, una segunda edición, corregida, mejorada, ampliada. Más útil para el materialismo militante en la Argentina”. Da cuenta de que

¹¹ Argentina (1901-1982). Dirigente del Partido Comunista Argentino.

¹² Argentina (1897-1985). Militante del Partido y la Juventud Socialista, que devino Partido y Juventud Comunista a partir de 1917.

¹³ Italia-URSS (1894-1970). Secretario General del Partido Comunista Argentino (1941-1963). Presidente del Partido Comunista Argentino (1963-1970).

sin duda el libro tiene sus méritos. Ubica bien a Comte y está bien servido Francisco Romero. Sin embargo, creo que no se puede escribir hoy sobre filosofía sin adoptar una posición combativa en favor del materialismo dialéctico. En el libro se lo menciona, si mal no recuerdo, una sola vez, y al pasar, al hablar de Aníbal Ponce. Creo que en un tema como el que trata el libro no pueden no reproducirse las conclusiones a que sobre el positivismo llega Lenin en “Materialismo y Empiriocriticismo”. En cuanto a los positivistas argentinos, emana de estas páginas una cierta simpatía hacia ellos, una tendencia a separarlos de los positivistas del resto de América Latina, que habrían sido seducidos por los aspectos científicos del positivismo de la primera etapa, etc., etc. Esto, a mi juicio, introduce confusiones en vez de clarificar el proceso de desarrollo ideológico argentino. Los positivistas argentinos no representan un gran aporte a la cultura nacional. Son los representantes ideológicos de una burguesía débil, con apetencias de progreso, pero que teme conquistar el progreso por la vía de la lucha revolucionaria contra la oligarquía terrateniente. Buscó siempre el camino de la conciliación; no fue nunca revolucionaria. Como suele decir V. C. [Victorio Codovilla]: tiene los defectos y vicios de la burguesía europea en su etapa actual de degeneración, sin haber tenido ninguna de sus virtudes. Creo también que es falso presentar a los positivistas argentinos como guardadores, en cierta medida, de la herencia de Mayo; sería ese el rasgo distintivo que los diferenciaría de otros positivistas de América. Los hombres de Mayo eran gigantes al lado de los positivistas argentinos de 1880 a 1924, chatos y de corto vuelo. Estos han podado la herencia de Mayo de su espíritu audaz, revolucionario. Digamos, en fin, que la “Sociedad Positivista” argentina se fundó en 1924, 7 años después de la Revolución Rusa. La fundación de la Sociedad Positivista en 1924 era una rémora, un paso reaccionario (objetivamente) (Ghioldi, s/d).

Estas afirmaciones son seguramente una forma de respuesta a lo que Berta propone cuando analiza la influencia del positivismo en la

Argentina, con referencia a la actuación de Korn y de Romero (Perelstein, 1952, p. 96). También a lo que señala como la preferencia especialmente argentina por los postulados científicos del positivismo con predicamento durante la Revolución por la independencia —en línea con lo expuesto en su tesis— y la exaltación del conocimiento científico que promovieron las corrientes enciclopedistas en el Río de la Plata (Perelstein, 1952, p. 101).

Berta presenta su posicionamiento y la escritura del libro como la oportunidad de recuperar las discusiones que había tenido como estudiante en la Facultad, con los docentes de las diferentes cátedras, y recuerda haber conservado

un ejemplar donde se citan los autores que yo leía, muchos de Francia, discutiendo las orientaciones de aquellos momentos. Uno de esos libros, por ejemplo, *El nacionalismo contra las naciones*, se lo presté a Cassani y, según la costumbre, nunca me lo devolvió (Arata, Ayuso, Báez y Díaz Villa, 2009, p. 54).

Años más tarde, en 1987, cuando Berta recibe el Premio Aníbal Ponce, que la sitúa en una serie de productores y productoras del pensamiento argentino progresista,¹⁴ Rubén Cucuzza caracteriza a su obra

¹⁴ El premio se otorga en homenaje a Aníbal Ponce y a quienes el jurado entiende que, como él, asumieron posiciones comprometidas y militantes contra el avance del imperialismo en América Latina, en defensa del socialismo desde posiciones marxistas.

1975 – Jorge Thénon

1976 – Álvaro Yunque

1977 – Gregorio Weinberg

1978 – Héctor Agosti

1979 – Telma Reca

1980 – Raúl Larra

1981 – Jesualdo Sosa

1982 – Gastón Gori

1983 – Edmundo Guibourg

1984 – Juan Azcoaga

1985 – Luis Iglesias

1986 – Sergio Bagú

como la primera de un conjunto que aborda estos movimientos. Toma esto de los dichos de otro autor, Ricaurte Soler,¹⁵ quien no solo utiliza el libro como fuente, sino que coincide con ella al señalar los rasgos propios del positivismo argentino (Cucuzza, 1987, p. 14).

Berta asume que Argentina, en relación con los desarrollos de México y Brasil, es con seguridad el lugar donde el positivismo fue más vaciado de contenido y donde sus fórmulas fueron más libremente modificadas, sobre todo a partir de las luchas posteriores a la independencia (Perelstein, 1952, pp. 108-111) y con una explícita manifestación en la Generación del 80, cuando conviven fuerzas económicamente progresistas con aquellas que anticipan el triunfo de la oligarquía terrateniente y el dominio del capital extranjero.

La autora y sus recorridos¹⁶

La familia de Berta llega a Argentina en tiempos en que inmigrantes europeos se incorporan al movimiento obrero y a la vida cultural del país (Perelstein, 1952, p. 116) y preocupan a esa oligarquía que ya en 1885 se manifestaba con medidas que concluirían luego, en la segunda presidencia de Roca, en la Ley 4144¹⁷ (Perelstein, 1952, p. 117).

¹⁵ Soler, R. (1968). *El Positivismo Argentino*. Buenos Aires: Paidós.

¹⁶ La decisión de recomponer los itinerarios de Berta Braslavsky a partir de testimonios de propios y allegados se sustenta en la posibilidad de poner en tensión versiones y situaciones de las múltiples facetas del personaje en escenarios diversos que incorporan procesos de construcción colectiva que colaboran a su vez en la “construcción” de una imagen pública. La opción metodológica enriquece desde la perspectiva de que los relatos no son neutros, están orientados por convenciones y convicciones, trasuntan conflictos, articulan de diversos modos expectativas y concreciones. Los testimonios intentan, de alguna manera, mantener el pasado y el presente armónicamente organizados.

¹⁷ Ley de residencia, sancionada en 1902, que autorizaba al Poder Ejecutivo a impedir la entrada de extranjeros o a expulsarlos si su conducta comprometía la seguridad nacional o perturbaba el orden público.

Hijos de inmigrantes. Mi padre llegó en 1890 y mi madre en 1893. Se conocieron aquí (...) se instalaron en la provincia de Entre Ríos. Los trajo aquella inmigración del Barón Hirsch. Pero en Entre Ríos estuvieron muy poco tiempo (...). Mi padre y otros 2 hermanos vinieron a Buenos Aires (...). Mi padre tenía 16 años de edad cuando vino acá. Mi madre vendría tres años después, tenía más o menos la edad de él (...). Vivieron en Buenos Aires muy poco tiempo (...). Enseguida volvieron a Entre Ríos. Allí nació Berta (...). Ese lugar es importante en lo que respecta a la trayectoria de Berta, porque allí estudió los primeros años y el otro grado en Viale, que queda dos o tres estaciones más arriba. Finalmente Berta se trasladó con ellos a Buenos Aires e hizo el quinto grado. Yo después me ocupé de buscarle una vacante en alguna escuela normal (...). En esa época era muy difícil conseguir una vacante (...) la llevé a Berta a la Escuela Normal N° 7 (...). Berta era muy chiquita y muy enclenque, entonces el subdirector me dijo: ‘Pero esta chica no... no... no... está muy débil, es muy débil. No va a poder seguir estudiando acá’. Y yo le contesté: si hay vacante, deje nomás, que ella ya se va a arreglar (Perelstein, E., 1996, testimonio oral).

La historia cuenta que sus antecesores, perseguidos en la Rusia zarista, después de un derrotero por zonas cercanas se instalan en Sola, Departamento de Tala, en la provincia de Entre Ríos.¹⁸ Llegan a fines del siglo XIX.

Mi padre vino al país con toda la familia, su madre, su padre, cuatro hermanos varones y cuatro o cinco hermanas mujeres. Llegaron (...) en el segundo barco de inmigrantes judíos, el mismo que

¹⁸ Entre fines del siglo XIX y principios del XX se instalaron en zonas rurales de la provincia de Entre Ríos inmigrantes judíos, fundamentalmente rusos, formando colonias financiadas por el barón Mauricio Hirsch, quien en 1891 fundó la Jewish Colonization Association. El primer contingente arribó en 1892.

también traía a los hermanos Enrique y Adolfo Dikman,¹⁹ que después fueron diputados y a Alberto Guerchunoff²⁰ (...). Mi madre llegó más tarde, a principios del siglo XX, convocada por una hermana que había venido a la colonización de Moisés Ville²¹ (...). Se conocieron por casamenteros, que era el método que había entre los judíos (Braslavsky, B., 2007, testimonio oral).

Así empieza una larga trayectoria por el sistema educativo, como estudiante, maestra, militante, académica.

Ha pasado por muchísimas etapas en su vida, que naturalmente, nosotros en la familia hemos vivido muy de cerca. Creo que la presentación de ella hoy es muy distinta a la que hubiera hecho hace algunos años. Berta, como línea unificadora a lo largo de su vida, ha estado siempre muy interesada en el aspecto filosófico y social de su actividad profesional. Es una mujer extraordinariamente interesada en comprender la interacción entre la educación y la vida de la gente, el impacto de la educación en la vida de la gente. Es una mujer con un déficit grande en la vida emocional a lo largo de su vida, que ha compensado con sus nietas (...) y naturalmente con su actividad profesional (Braslavsky, S., 1996, testimonio oral).

La escolaridad de Berta, iniciada en Entre Ríos, combina el aprendizaje formal con sus primeras experiencias como “activista” infantil, tesorera en la cooperativa de su escuela primaria para garantizar que la revista *Billiken*²² llegara en forma regular y pudieran acceder a ella sus compañeros (Diamant, 2016, p. 2).

¹⁹ Diputados por el Partido Socialista.

²⁰ Escritor. Su obra más conocida, *Los gauchos judíos*, fue publicada en 1910, como homenaje al centenario de la Revolución de Mayo. Refiere a la integración de los inmigrantes judíos a la cultura argentina.

²¹ Colonia ubicada en la provincia de Santa Fe, fundada en 1889.

²² La revista infantil semanal más antigua de habla hispana, creada por Constancio C. Vigil en Buenos Aires, en 1919.

La familia se traslada a Buenos Aires en 1922, cuando Berta debe ingresar a quinto grado. El progreso en las condiciones económicas y la oportunidad de una mejor e ininterrumpida escolaridad fueron motivaciones que se continuaron luego en la posibilidad de un título de maestra, que Berta recibió con medalla de oro en 1930²³ y con el que pudo ejercer tiempo después a instancias de las gestiones que realizara el inspector Pablo Pizzurno, un funcionario particularmente sensible a la situación de los inmigrantes (Diamant, 2004, p. 3). Sin intentar establecer una relación de influencia, señala que son los tiempos de la creación de la Sociedad Positivista (1924), cuando, según destaca Héctor Agosti,²⁴ “Comte entraba un poco subrepticamente, como uno de esos invitados que se presentan a una reunión con los zapatos mal lustrados y procuran deslizarse en silencio para que nadie repare en su desaliño” (Perelstein, 1952, p. 133).

De allí en más, la vida de Berta será una larga sucesión de enfrentamientos y alianzas que la acompañarán siempre (Pineau, 2014, p. 14) y que fueron marcando hitos en su entorno familiar, en su recorrido por diferentes tramos del sistema educativo, en sus acciones nacionales e internacionales, en sus exilios y retornos. También lo hicieron en sus batallas por el acceso a la lectura y a la escritura como derecho, en el convencimiento de que no hay acto pedagógico aislado de su contexto y de la responsabilidad del Estado.

Del pasado profesional de mamá creo recordar cosas tuyas de muy chiquita: la pelea de una nena, hija de inmigrantes, en el medio rural, para poder entender toda la cultura letrada de su tiempo, para poder comprar *Billiken* y conversar sobre su importancia (...). Una nena quizás con miedo de no poder seguir estudiando, cosa

²³ Es el comienzo del período denominado Década infame, que comienza con el golpe de Estado que derrocó al presidente Hipólito Irigoyen y que finaliza en 1943 con la misma situación para el presidente Ramón Castillo (1873-1944).

²⁴ Argentina (1911-1984). Secretario de Cultura del Partido Comunista Argentino.

que le pasó a su hermana mayor. Con mucha ansiedad por lo que iban a hacer sus padres, si iban a mudarse o no a un lugar donde ella tuviera más oportunidades para estudiar. Una nena que descubrió que sí se iban a mudar y resolvió su ansiedad cuando escuchó por primera vez que su mamá quería que Bertita fuera profesora (Braslavsky, C., 1996, testimonio oral).

En 1933 Berta retoma sus estudios: ingresa a la carrera de Física en el Instituto Nacional Superior del Profesorado Joaquín V. González. Mucho tiempo después admitirá que entonces consideraba que el futuro estaba en ese campo científico, probablemente influenciada por la ideologización de las ciencias exactas y las experiencias de Einstein y de Marie Curie (Braslavsky, B., 2007, testimonio oral).

Es entonces que se involucra de manera definitiva con la militancia estudiantil y política de izquierda y toma contacto con quien considera su primer maestro en este campo: Aníbal Ponce. En 1936, ambos —la estudiante a quien solo le faltaban pocas materias para recibirse y el profesor de Psicología de la Infancia— son expulsados en virtud de un decreto del ministro Jorge de la Torre²⁵ contra la creación de los centros de estudiantes, cuyas actividades eran consideradas extremistas.

Fui separada del Profesorado. El primero que reaccionó fue el Partido Socialista. Fuimos a la Casa del Pueblo. Me atendió Nicolás Repetto²⁶ personalmente, lo llamó a Juan Antonio Solari que era director de *La Vanguardia* para que me hicieran una nota. La primera nota apareció en *La Vanguardia* y enseguida en *Noticias Gráficas* (...). El rector del Profesorado se negó a suspenderme en la matrícula como lo ordenaba el ministro. Fue un gran demócrata (...) y se negó. Entonces tomó la cuestión el ministro (...). En ese momento yo cortaba mi carrera a punto de terminar. Realmente una profunda depresión. Además la interpelación parlamentaria

²⁵ Argentina (1875-1953). Ministro de Justicia e Instrucción Pública (1936-1938).

²⁶ Argentina (1861-1975). Dirigente del Partido Socialista.

fue terrible. Jorge de la Torre llegó a decir en la Cámara de Diputados que no era por política sino por otras cosas que no podía decir para no herir los oídos de los señores diputados. Eso apareció en *La Prensa*. Imagínese lo que significó para mí. Yo ya estaba de novia en esa época. Me deprimí mucho y me fui a Córdoba con unos parientes a pasar una temporada (Braslavsky, B., 1993, testimonio oral).

La prohibición de la creación de centros de estudiantes en el marco de una política antigremial llevó a la expulsión de muchos profesores. El caso de Aníbal Ponce fue uno de los más resonantes, pero no el único. Las protestas que se generaron dieron lugar a una interpelación parlamentaria al ministro de Educación en la Cámara de Diputados. El diputado Juan Antonio Solari²⁷ asumió la defensa de Berta aun sin conocerla. De acuerdo a lo registrado en el Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación, Solari destacó que con la medida le había sido truncada su carrera a partir de un informe policial que no contenía cargos graves, y se preguntaba cómo era posible cancelar la matrícula a una alumna distinguida “respecto de la cual ni los mismos maestros, ni el mismo rector, ni la inspección general, encuentran méritos para darle un correctivo” (Braslavsky, 1993, p. 2).

Esta situación impactó con fuerza sobre Berta y le causó una profunda depresión.²⁸ La superó con la intención de volver a estudiar, enterada de la creación de la carrera de Pedagogía (1937) en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Este período, que los historiadores de la filosofía reconocen como de “crítica de las ciencias”, fue para ella la oportunidad de revalidar sus conocimientos de las ciencias exactas (Braslavsky, 1993, p. 3).

²⁷ Argentina (1899-1980). Dirigente y diputado por el Partido Socialista.

²⁸ Testimonios recogidos en notas escritas por Berta en hojas membretadas pertenecientes a una empresa familiar de venta de muebles de la ciudad de Córdoba, que forman parte de su archivo personal resguardado en la Biblioteca Nacional de Maestros.

Mi hermana [en Buenos Aires] me inscribió en esa carrera. Villar Achával se enteró. Supo que yo estaba en la Facultad. Entonces empezaron las presiones a la Facultad porque me había inscripto. Me llamó Alberini,²⁹ que era el decano, para decirme que no me molestara en dar examen porque me iba a aplastar. Para colmo yo tenía que hacer una monografía para la materia de él que era Introducción a la Filosofía y naturalmente yo la llené de citas de Marx (...). Alberini, famoso dirigente de las épocas oligárquicas, me rechazó la monografía. Se la volví a presentar un poco más limpia y me dijo ‘Para qué se va a presentar a dar examen si no lo va a aprobar’ (...). Yo me presenté a examen y todos los estudiantes del Centro estaban rodeando la mesa y Alberini me puso 10 y las cuatro materias de primer año con 10. Cuando me iba a inscribir en el segundo año, me dijo que no me iba a inscribir. Mis compañeros del Centro de Estudiantes (...) hicieron un pedido de firmas. El primero que firmó fue [un cura] el asesor del Centro de Estudiantes Santo Tomás de Aquino. Entonces me tuvieron que inscribir y ahí seguí y terminé mi carrera (Braslavsky, B., 1993, testimonio oral).

De esa etapa de formación, que cerró con diploma de honor, recuperé tiempo después los aprendizajes de diversas orientaciones —encarnadas en profesores como Coriolano Alberini, León Dujovne, Christofredo Jakob, Carlos Astrada, Lidia Peradoto, Ángel Battistessa, Tomás Casares, Samuel Ramos, Antonio Bonet, María de Maeztu, Juan Cassani, Lorenzo Luzuriaga, Alfredo Mantovani, Juan Perramus, entre otros (Braslavsky, 1993, p. 3)— así como las novedades que aportaban las lecturas de autores que procedían de posiciones distantes, como Bergson y Heidegger (Braslavsky, B., 1993, testimonio oral).

En su tesis de graduación se refleja claramente el interés que siente por la filosofía y la historia, aunque en ella no deja de considerar temas

²⁹ Italia-Argentina (1886-1960). Durante su desempeño como profesor en la UBA promovió la lectura de autores no positivistas.

educativos como la influencia de las ideas de Rousseau en el Río de la Plata o la recepción de la teoría de la riqueza de las naciones a través de Moreno y Belgrano, y el impacto que tuvieron sobre el concepto de educación popular acuñado en el siglo XIX (Arata, 2002, p.1). Más adelante, retomará estos temas en el libro a partir de consideraciones sobre el desarrollo económico, las ideas acerca del progreso y los caracteres predominantes de las corrientes positivistas respecto de la vida ideológica del país (Perelstein, 1952, pp. 111-115), sobre los que volverá muchos años después.

Con motivo de la realización del Congreso Pedagógico Nacional (1984) retorna a la cuestión del lugar de la escuela pública como institución al servicio de la educación popular:

retomando la única con que contamos, circunscripta al nivel primario (...) debiera considerarse en el contexto de las múltiples y cruciales contradicciones que caracterizan al siglo XIX (...) a quienes propiciaron la ley 1420 se los acusa de ‘europeizantes’ así como a los hombres de Mayo se los insultó por ‘afrancesados’. ¿Quién puede dudar de las diferencias que existieron entre los hombres del 80 y los de 1810? Sin embargo, alguna vez se demostró que el ‘positivismo’ que profesaban algunos en 1880 no respondía puntualmente al que se originó en Europa (...). Efectivamente, en el Congreso de 1882 y en los debates por la ley 1420, resonaron los ecos de la más grande revolución educativa que se produjo a través de la historia de la educación. En el modesto articulado (...) se halla contenida la doctrina de la educación popular elaborada por primera vez bajo la presión del pueblo durante la Revolución Francesa (Braslavsky, 1987, p. 10).

En esa línea asevera que Comte y Spencer se traman en la cultura argentina con otras corrientes desde mucho tiempo atrás, ya antes de 1810, con un positivismo *avant le positivisme* (Perelstein, 1952, p. 109). Señala que luego reaparecen en la preocupación por ordenar el camino hacia el progreso, en el proyecto de civilizar y combatir

los males originados por el atraso cultural que manifiestan Alberdi, Rivadavia, Sarmiento, a quienes, si bien no se los puede calificar de positivistas, han compartido sin embargo fórmulas afines (Perelstein, 1952, p. 111).

Ya fuera de la universidad, en 1944, poco después de recibirse, participa en la fundación del Instituto Argentino de Reeducción (IAR) junto a un grupo de colegas y al médico Julio Luis Peluffo,³⁰ con quien asume la coordinación, y con el apoyo económico de Narciso Machinandarena³¹ y de su hermana Delia (Diamant, 2002, p. 2). Allí se encuentran tres disciplinas —la pedagogía, la psicología y la medicina— con sus aportes específicos, pero con tensiones internas por el tutelaje médico en los abordajes de las patologías, el estilo institucional y la operatoria profesional. En la institución se tramitan no solo acciones asistenciales de atención a niños con necesidades especiales (aunque preponderantes): también la formación de docentes y otros profesionales.

Empezamos en el 43 o 44. Entonces todavía encabezaban esas funciones médicos psiquiatras (...). Mi marido y yo éramos amigos del Dr. Peluffo (...) yo lo interesé en la creación (...) teníamos psicólogos como Isolda Breyer y Rapella que habían seguido Filosofía porque en ese momento no existía la carrera (...) además estábamos Elena Dukelsky y yo, egresada de Pedagogía. Yo tenía una relación de amistad y político-estudiantil con los Machinandarena, gente de gran poder económico pero con un sentido progresista, en Mar del Plata habían mejorado la rambla, el casino, el hotel Provincial (...). Uno de los hijos era dirigente estudiantil en la Facultad de Derecho y yo estaba en la FUA (...). Yo le propuse que nos apoyaran financieramente para abrir el instituto y

³⁰ Argentina (1901-1967). Militante del Partido Comunista Argentino. Integrante del Consejo de Redacción de *Cuadernos de Cultura* desde 1952.

³¹ Fallecido en 1979. Heredero de una fortuna familiar a partir de empresas de construcción y cinematográficas.

darle participación a la hermanita y aceptó (...) primero hablé con la hermana Delia, la conocía porque había actuado también en la Junta para la Victoria, una organización de lucha en contra del racismo, en favor de la democracia. Primero la interesé a ella, luego las dos hablamos con el hermano y ellos finalmente nos apoyaron. Entre todos los demás nos comprometimos a formar un capital de \$20.000. Cada uno de nosotros ponía \$2000. Elena Dukelsky y yo pudimos poner \$500 nomás (...) así empezamos en una finca muy hermosa en Floresta (Braslavsky, B., 1993, testimonio oral).

El objetivo fundacional era amplio: el tratamiento de los problemas de aprendizaje de aquellos niños que no se adaptaban a la escuela común, que de alguna manera se diferenciaban en su desarrollo y que necesitaban un ritmo más lento de trabajo, técnicas especiales que ayudaran a corregir esos problemas y los asociados y que pudieran requerir “diversos enfoques (...) respectivamente el clínico, el psicólogo, el pedagogo y el reeducador” (Braslavsky, 2014, p. 120). Una vez más, la posición ideológica y la inspiración sarmientina³² adquirida durante su formación, influyen en el enfoque y la solución de un problema. Debía ser la escuela común la que finalmente se ocupara de resolverlo, la que encarara la necesidad de enseñar la lectura a grandes masas; por lo tanto, las puertas de la escuela se abren a la diversidad.

Yo soy Maestra Normal Nacional, egresada de la escuela José María Torres de Buenos Aires, cuyos directores y docentes, egresados directos de la Escuela Normal de Paraná, fueron Olegario Maldonado y Victoria García. Yo me recibí de maestra allí (...). Creo haber recibido una formación pedagógica muy seria y muy nueva (...) todo esto del constructivismo como gran novedad, en

³² Las primeras palabras de *La querella de los métodos en la enseñanza de la lectura* (1962) son: “Sean estas páginas un modesto homenaje a Domingo Faustino Sarmiento, insigne renovador del método de la lectura, que investigó para hallar el medio más eficaz de alfabetizar a nuestro pueblo.”

contra de la escuela tradicional, estaba para nosotros muy presente: la actividad del niño y su producción. Nuestras prácticas en la escuela estaban orientadas a que fuera el niño el que elaboraba el conocimiento y se nos evaluaba en la medida que lo lográbamos (Braslavsky, B., 1993, testimonio oral).

No había mucha experiencia en el medio social y escolar para acudir a especialistas en dificultades de aprendizaje y así comenzaron a llegar al IAR casos más severos que los que contemplaba la iniciativa original.

Los otros institutos que existían desde hacía bastante tiempo, uno en Belgrano y el otro en Caballito, ni siquiera eran supervisados. Nosotros pedimos apoyo al Consejo Nacional de Educación. Cuando se creó el Estatuto de Enseñanza Privada y se empezó a dar subsidios a sus escuelas, nosotros pedimos y obtuvimos ese apoyo. Además, la propiedad se fue desvalorizando por la crisis económica y sus dueños, propietarios de Muebles Díaz, prácticamente la cedieron al Instituto (Arata, Ayuso, Báez y Díaz Villa, 2009, p. 59).

Si bien estuvo pensado para niños con problemas mentales y sensoriales, fueron ingresando con patologías cada vez más complejas. Se llegaron a atender hasta doscientos casos simultáneamente, muchos de ellos procedentes de sectores populares, inclusive de países limítrofes y por convenios establecidos con obras sociales.

Esto obligó a ampliar el equipo de trabajo, sumando nuevos profesionales, muchos vinculados al Partido Comunista y también las prácticas sostenidas en una combinación entre autodidaxia, consultas y bibliografía llegada del exterior (Braslavsky, B., 2007, testimonio oral). Se le asignó responsabilidad ideológica a la psicología y a la sociología por aquello que el antipositivismo había destruido de lo que merecía haber subsistido del positivismo (Perelstein, 1952, p. 144); entre otras cuestiones, la influencia sobre los egresados de la Escuela

Normal de Paraná (Perelstein, 1952, p. 122) y el positivismo como corriente libre y heterodoxa acogida por los hombres de ciencia (Perelstein, 1952, p. 133).

Fuimos a ver a toda la gente que podíamos: Telma Reca, Tobar García. Nosotros éramos jóvenes egresados e íbamos ver a la gente que ya estaba formada y que tenía su propio prestigio y su personalidad profesional. Buscamos el apoyo de los grandes pediatras, neurólogos (...). Escardó nos empezó a apoyar (...). Tengo muchos recuerdos de Escardó, nosotros íbamos al Hospital de Niños, donde él hacía las primeras experiencias con los chicos espásticos y trajo del Uruguay a unas especialistas kinesiólogas (...) y nos pidió que las albergáramos en el instituto nuestro y así lo hicimos. Entonces, yo iba al hospital, a verlas actuar (Braslavsky, B., 2001, testimonio oral).

El funcionamiento de la institución incluía la investigación de los problemas individuales de cada niño, la organización escolar diferencial, la aplicación de una metodología especial en las actividades de enseñanza, la atención de la situación de internos y la evaluación de los resultados alcanzados. Las tareas diagnósticas se apoyaban en la observación y registro de variables como la marcha, el lenguaje, las reacciones emocionales, el juego, el grafismo, que solo tienen valor si se refieren a las indicaciones de la psicología genética, que describe la evolución normal y la importancia que tiene la estructuración del lenguaje en la evolución del pensamiento (Perelstein, 1952, p. 150). Esto podría considerarse un adelanto de lo que luego encontraría en su aproximación a Wallon,³³ en la relación entre la inteligencia práctica y la inteligencia teórica, vinculadas con la evolución de la personalidad, de la vida social y del aprendizaje (Perelstein, 1952, p. 151), sostenida en la importancia del lenguaje en cuanto sistema privativo de los humanos, como abstracción de la realidad y como facultad superior del

³³ Francia (1879-1962). Psicólogo comunista, Director del Instituto de Investigaciones Psicobiológicas del Niño de París en el que Berta realiza una estancia en 1948.

pensar, de acuerdo con los planteos de Pavlov³⁴ (Perelstein, 1952, p. 149). Con ese marco se entiende el hecho novedoso de que las tareas correctivas tanto para internos como para externos, consideraran clases de música, gimnasia de coordinación, fonoaudiología, trabajo en grupos, ejercicios para el desarrollo del lenguaje, organización temporal, reconocimiento de letras y sílabas, producción de grafismos y lecturas. La expansión de la actividad y el prestigio de la misma indujeron al dictado de cursos de verano y a la apertura a las prácticas de las estudiantes de magisterio, teniendo en cuenta que no existían otros centros de especialización en lo que entonces se denominaba pedagogía terapéutica asistencial.

Yo viví muy intensamente el período en que Berta, mi mamá, tenía su Instituto Argentino de Reeducción. Lo viví muy intensamente por muchas razones. Una de ellas es porque vivíamos a 50 metros del instituto y yo pasé mi infancia en el instituto (...). Entonces viví tanto (...) con los chicos que allí vivían, como el crecimiento del instituto, inclusive el enganche con su posterior vida pública, porque ella en ese entonces tenía una vida muy centrada en ese instituto. El instituto se creó cuando yo tenía cuatro años y siguió hasta el año 84 (...). Allí vi cómo ella se iba interesando por aspectos más filosóficos, más generales (...). Yo también entré a la escuela secundaria en el Normal 4 (...) en aquellos años, con las chicas del colegio hicimos visitas prácticas en el instituto (Braslavsky, S., 1996, testimonio oral).

Al tiempo que el IAR crece, Peluffo se retira en 1953, y el prestigio y el reconocimiento llevan a que Berta sea convocada para dar conferencias y participar en congresos. Se hacen ampliaciones edilicias en el instituto, que permiten albergar no solo a más niños, sino también a grupos muy numerosos de maestros y padres para capacitación. Entonces empieza su actividad universitaria.

³⁴ Rusia-URSS (1849-1936). Fisiólogo y psicólogo.

De manera que tenía otra organización del tiempo, trabajando menos en el instituto y entonces fui perdiendo el control. Mucho más cuando me tuve que ir del país, perdí no solamente el control académico sino también el económico. Entonces no pude disfrutar de lo que había creado, porque fui totalmente desplazada y tuve que pedir la intervención judicial (Braslavsky, B., 1993, testimonio oral).

Mientras tanto, desde la perspectiva de la militancia partidaria comunista —que va en aumento— hay una preocupación por la participación pública de los intelectuales, que se arraiga en la creación o fortalecimiento de comisiones y frentes por especialidad (Petra, 2012, p. 28). Este fue el caso de la psiquiatría y la psicología que, a partir de la circulación de autores como Pavlov, Vigotsky, Wallon y Luria, entre otros, conforman un campo de conocimiento adoptado y habitado por profesionales argentinos de la especialidad (García, 2016).

En 1948 tiene lugar en Budapest el Primer Congreso Internacional de Mujeres por la Paz, con el objetivo de agrupar mujeres del mundo intelectual. Berta viaja como delegada de la Unión de Mujeres Argentinas (UMA). Antes de partir se promueve en la Argentina una campaña de recaudación de fondos y de difusión y entre otras visitan a Victoria Ocampo para interesarla en el acontecimiento. “Había representantes de todo el mundo, entre ellas, también diputadas francesas. Entonces yo les expresé a algunas de ellas mi interés por ir al Instituto de Psicobiología del Niño dirigido por Henry Wallon. Ellas me ayudaron” (Braslavsky, B., 1993, testimonio oral).

En sus notas manuscritas de 1948³⁵ se destacan comentarios que sin duda explican los desarrollos políticos y las producciones posteriores y su incorporación a diversos agrupamientos pacifistas, antinazis,

³⁵ Archivo personal manuscrito, 1948, no transcripto; consta de 44 folios. Organizado en un sobre con la inscripción *Notas del viaje a Hungría y París. Hungría - Congreso Mujeres x la Paz – París - Wallon (¿publicados en La Hora?, ¿en Nuestra palabra?)*.

en pro de la infancia, y también profesionales, siempre al amparo del Partido Comunista.

En Budapest se encuentra con el drama de los niños huérfanos de la guerra y la gran obra de protección que realiza la República Popular de Hungría:

yo no pude menos que asociar al drama de los niños de Francia que están abandonados al peligro (...) el recuerdo de los niños que a diario se accidentan ya no en la calle, sino en los hogares de Buenos Aires con agua hirviendo o con el calentador o por ingerir vinagre o kerosene y venía a mi memoria la visita que hicimos en Budapest a uno de los 23 institutos de protección a la madre y el niño (...) con la alegría de un ambiente luminoso nos acogió un amplio hall donde numerosas madres, algunas con sus niños, esperaban ser recibidas en uno de los cuatro tipos de servicios que funciona en la casa: una estación de lactancia, un consultorio de orientación para las madres, un lugar para bebés y párvulos y una guardería (...). *Trabajamos y nos divertimos* dice la leyenda que está al frente del comedor. Como en las fábricas, estos niños felices de la nueva democracia nos saludan con el [ilegible], símbolo de la nueva vida libre (...) y nos despiden agitando las banderas que acaban de hacer con [ilegible] de sus papeles, tijeras y engrudo. Cada uno ha puesto un símbolo, monigotes, soles, estrellas y a veces una cruz. Ninguna coacción se ejerce sobre sus nacientes conciencias. Una pedagogía que los vincula a la realidad, que les hace conocer y experimentar sobre las leyes de las cosas, de la vida y de la conducción por si misma de la realidad (Braslavsky, 1948, transcripción propia).

Esta marca experiencial le permitirá a Berta recuperar, pocos años después, la importancia de darle a los datos de lo real una significación, un salto decisivo entre todas las especies animales y el hombre, y referirse a las elaboraciones que sobre la lingüística hará Stalin cuando plantea que el idioma de las palabras es el único lenguaje de la socie-

dad humana, el único medio eficiente de la comunicación (Perelstein, 1952, p. 151).

Estas ideas no son totalmente novedosas para Berta, quien ya había recibido descripciones de otros lugares del campo socialista de Europa a través de las cartas que Lázaro —por entonces su novio— le enviaba en 1936, sobre todo desde Rusia y Polonia.³⁶ En ellas se refería no solo al amor, al peso de la distancia, a la alegría que se respiraba, sino también a las amenazas del capitalismo y a las secuelas de la guerra.

Las delegadas de la UFF³⁷

una de las múltiples organizaciones de mujeres francesas que están adheridas a la FDIM³⁸ (...) la CGT francesa, la Organización de Mujeres Cristianas Progresistas [ilegible], las mujeres del Partido Comunista, la organización de amigos de la Paz, organizaciones de familiares de deportados, ponen en práctica numerosas acciones (...). Por ejemplo la difusión de las resoluciones del Congreso de Budapest (Braslavsky, 1948, transcripción propia).

Es a través de las primeras, que “poseen 450 mil adherentes agrupadas en 4 mil comités” (Braslavsky, 1948, transcripción propia), que establece los contactos que le permitirán llegar a Francia.

De manera que viajé a París. Al día siguiente fui al Instituto y tuve una entrevista con Wallon. Él me orientó hacia su secretaria, Nadine Gratiot Alphanfrey, quien organizó todo el trabajo durante mi estadía, en el invierno entre 1948 y 1949 (...) mi participación en los cursos de Wallon (...) en aquel momento estaba Piereau (...) a esos cursos asistía todo el grupo que trabajaba con él (...). Además de una primera entrevista, después tuve acceso a la consulta

³⁶ Archivo personal Silvia Braslavsky: *Lázaro; viaje a la URSS, 1936, ocho cartas*. Transcripto.

³⁷ Union des Femmes Francaises.

³⁸ Federación Democrática Internacional de Mujeres. Fundada en París en 1945.

privada, lo que era un privilegio. Los mismos franceses me señalaban eso (...). Era una consulta semanal que hacía con todos sus colaboradores en una sala del quinto piso y recibía a las madres de los chicos. Tenía los *dossiers* de cada uno (...) y todo su equipo, Zazzo, Canderie, Prodhommeau, que era el pedagogo del equipo. Yo seguía un plan de visitas a todos los servicios (...). Tuve oportunidad de ver todo lo que se hacía en París (...) al Hospital André Rousselle donde trabajaba Zazzo con Ajuriaguerra (...) también en el Hospital des Enfants malades donde estaba Lebovici (...) tuve la oportunidad de ver el psicodrama que estaba en su gran momento (Braslavsky, B., 1993, testimonio oral).

A su llegada a París, se siente impactada “porque en cualquier esquina de París se encuentra esa advertencia a continuación de alguna inscripción como la siguiente *Aquí cayó Henry Poitier, de 22 años de edad para salvar a la patria del horror de la opresión hitleriana*”. Y agrega: “Como las flores que llenan siempre los vasos que cuelgan al pie de esas inscripciones, en todas partes está, aún fresco el recuerdo de la reciente guerra” (Braslavsky, 1948, transcripción propia).

En las notas manuscritas sobre su estancia, se destacan reflexiones acerca del existencialismo, el psicoanálisis y las actividades desarrolladas de la mano de Wallon.

A pesar de considerarlo pasado de moda, le da al existencialismo el lugar que tiene

por su aparición en Francia, lugar del continente europeo donde la reacción imperialista hace hoy el centro de su agresividad y no deja de ser sistemática la reaparición (...) a pesar de las pretensiones que ha tenido Sartre de adaptarlo al tono de la cultura francesa, nunca ha dejado de ser un engendro imposible de aclimatar y ahora ya demuestra su baja y grosera función de provocación política (Braslavsky, 1948, transcripción propia).

En cuanto al psicoanálisis, su opinión es que

el caso es, si se quiere, aún más grave. Sabido es que en el orden de la Psicología representa [junto al existencialismo] las dos direcciones diversas de la teoría del conocimiento, cuya disputa ocupó el último medio siglo, que mientras la dirección irracionalista y mística dio lugar a la aparición de una psicología instintivo – afectiva, irracional en sus métodos y ritual en su práctica (...) la historia de la psicología sabe que la escuela racionalista impidió la penetración del freudismo en Francia. La primera ola freudiana que venía desde Viena fracasó cuando, libre todavía de las deformaciones posteriores, pudo sin embargo haber tenido cierto éxito (Braslavsky, 1948, transcripción propia).

Si bien su estancia en París tiene que ver con su interés profesional, allí tampoco logra evadir la presencia de las marcas de la guerra.

En todos los servicios de psicopatología infantil se han hecho estudios relativos a la influencia que la guerra ha tenido en los niños (...) los resultados que ya se han hecho conocer (...) han agrupado sus conclusiones en dos órdenes diferentes: uno que se refiere a las consecuencias escolares y el otro a las consecuencias psicológicas (Braslavsky, 1948, transcripción propia).

En el marco de este clima cultural, político y científico, Berta se incorpora por dos meses al Instituto de Psicobiología del Niño dependiente de la Universidad de París, dirigido por Henri Wallon, médico, psicólogo y filósofo, afiliado al Partido Comunista Francés en 1942 luego de que Politzer fuese ejecutado por la ocupación nazi. A partir de 1944 ocupa cargos de conducción tanto en el partido como en la esfera política pública; interviene en una ambiciosa reforma del sistema educativo francés —que no prosperó por la ruptura del PCF con el gobierno socialista de Ramadier en 1947 (García, 2016, pp. 77-78)— al tiempo que discute con Piaget sobre sus posturas diferenciadas frente a la psicogénesis en cuanto a la evolución infantil.

Es este un período de gran efervescencia intelectual y política, de hibridación de enfoques y de prácticas, y en ese contexto Berta regresa a la Argentina, al IAR, a la militancia política y a la escritura de su libro *Positivismo y Antipositivismo*.

Se suma un conjunto de nuevas demandas institucionales que desembocan en su ingreso a la universidad en 1957, cuando se abren cátedras paralelas.

Era la paralela a la [de] Tobar García. Yo le tenía mucho respeto, hablé con ella y después me tocó reemplazarla. Entre tanto, los estudiantes seguían pidiendo que yo ingresara ante cualquier vacío (...). Cuando ganó Illia, me llamó Ricardo Nassif, de la Universidad de La Plata y me dijo ‘la profesora Córscico se va a Inglaterra y queremos que usted tome la cátedra’. Era la cátedra de Psicología Educacional (...). La experiencia en La Plata fue una maravilla y al año siguiente se hace un concurso para Educación Diferencial y ahí gané con el acuerdo de todos. Entonces me llamaron de la UBA. Así empezó mi carrera docente. Yo tenía cincuenta años (Braslavsky, B., 1993, testimonio oral).

Habría mucho más que agregar, pero, como muestra del incremento de su actividad al regresar a Buenos Aires, se puede señalar, en relación con lo político-partidario, su participación a partir de 1954 en el Instituto de Relaciones Culturales Argentina-URSS (IRCAU). Asimismo, destacar que es convocada por las instituciones del judaísmo progresista tanto para las actividades públicas como para la formación de docentes en *ídish* y la reestructuración profesional de la colonia Zumerland³⁹. También, recorriendo su archivo personal se encuentran registros de actividades radiales, junto a conferencias, producción de documentos, participación en eventos nacionales e internacionales.

³⁹ Colonia de Vacaciones de tiempo completo, perteneciente al ICUF, situada en Mercedes desde 1959. Continúa en funcionamiento.

Mamá comenzó en el año 1954 a trabajar en el Instituto de Relaciones Culturales con la URSS (...) y aprendí su dedicación a la política. Pero su dedicación a la política fue siempre muy idealista. Nunca ella lo tomó como un trampolín para otras cosas ni con un dogmatismo estricto (...) para ella la política estaba engarzada en el tema de los grandes ideales humanos (...). Mamá es una persona muy romántica en sus concepciones de la vida, también en la vida personal. Y esto fue el motor de su actividad política siempre (Braslavsky, S., 1996, testimonio oral).

Entre las organizaciones icufistas⁴⁰, fue vocera en defensa de la educación laica y los principios de la Reforma Universitaria de 1918. Participó como oradora en un acto público en el teatro IFT en el que planteó su adhesión al espíritu de la ley 1420 ante “un nuevo avance del clericalismo”, que generaba —de manera subyacente— una subestimación de los *shules*, cuyo carácter particular y privado contrastaba con la defensa de la educación estatal, laica, gratuita y obligatoria (Visacovsky, 2015, p. 130).

En la misma época, la llegada de jóvenes profesionales argentinos comenzó a marcar un cambio en la dinámica de la colonia Zumerland y evidenció la preocupación por crear una actividad especial para adolescentes. Allí Berta contribuyó orientando programas que permitían la interacción de los jóvenes con el contexto geográfico y social de la zona donde acamparan, con el objetivo de hacerles conocer la realidad circundante y relacionarlos con la población trabajadora (Diamant y Feld, 2000, p. 184), en momentos de grandes acontecimientos históricos, de amplios debates en la política, las ideas y las conciencias, y también en la pedagogía. En esta última disciplina tenían mucho prestigio las experiencias educativas inspiradas en las utopías sociales, que tanto ella como Lázaro habían conocido en el intento del bloque socia-

⁴⁰ Instituciones agrupadas en la Federación de Entidades Culturales Judías de Argentina - Idisher Cultur Farband (ICUF Argentina).

lista por dar respuesta a una preocupación central: resolver la situación de los millones de iletrados del territorio soviético que no hablaban ruso, que debían ser incorporados al sistema productivo y que serían la materia básica para la nueva sociedad, el hombre nuevo, las nuevas generaciones y las nuevas formas de educar (García, 2016, p. 39).

Regresamos entonces a la obra, en un círculo que cierra la curiosidad sobre este capítulo que, como se dijo al inicio, pretende introducir al lector a un texto filosófico publicado en 1952, escrito por una mujer argentina, judía y comunista; un verdadero desafío tanto entonces, con la escritura original, como hoy, al proponer esta introducción.

Positivismo y Antipositivismo en la Argentina revisa minuciosamente —tal como lo indica su índice— y con perspectiva amplia las consideraciones sobre el positivismo, desde una pieza de museo desprestigiada hasta una idea próxima a los reclamos para resolver la aproximación entre la física y la filosofía, y hace lo propio (aunque en menor medida) con el antipositivismo, considerando a ambos estrategias de la burguesía para dominar y responder a la crisis del capitalismo (Pineau, 2014, p. 13). En su desarrollo, penetra agudamente en las ideas de los máximos exponentes del positivismo, Comte y Spencer; incorpora las de Marx, mediadas por productores argentinos que recorren todo el siglo XX y también las de Lenin que, según su decir, lo demolió.

Es un texto que mientras va desplegando proyecciones conceptuales, interpela tanto las preocupaciones religiosas como las del poder temporal, las de las utopías y teorías socialistas y comunistas, las particularidades que adopta el positivismo en países como México y Brasil, además de la Argentina.

El libro recorre la historia poscolonial señalando hitos por décadas del siglo XIX llega al siglo XX y profundiza en las institucionalizaciones nacionales. Por último, cierra con la pregunta por la posibilidad de la conciliación positivismo/antipositivismo y por la tensión entre las fuerzas filosóficas nuevas y las caducas.

Este texto fue escrito por alguien a quien presenté muchas veces, y a quien me tocó despedir a sus 95 años. Presentar a Berta me resultaba una tarea cada vez más difícil, porque se trataba de situar su personalidad polifacética y sus múltiples producciones en un tiempo complejo y largo como el siglo XX; hablar en pasado, presente y futuro.

En suma, *Positivismo y Antipositivismo en la Argentina* es una obra redactada por alguien que compartió con muchos la posibilidad de ser

correligionarios en la defensa de los derechos humanos, compañeros en la lucha por la paz, la justicia y el trabajo, camaradas de la utopía y de la vida, cofirmantes de la solicitada contra la marginación y la pobreza, militantes de la extensión de las oportunidades de acceso a la educación, asociados a la difusión de la lectura y la escritura, miembros plenos de la defensa de la alegría, adherentes al pacto contra la destrucción de nuestro ambiente, simplemente compinches de la sana ironía fraternal (Cucuzza, citado en Diamant, 1996, pp. 11-12).

Es un texto que refleja todo eso y que se seguirá enriqueciendo en cada relectura.

Referencias bibliográficas

- Arata, N. (2002). *Algunos comentarios a la tesis de Berta Braslavsky*. Buenos Aires. Inédito.
- Arata, N., Ayuso, L., Báez, J. y Díaz Villa, G. (2009). *La trama común. Memorias sobre la carrera de Ciencias de la Educación*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Braslavsky, B. (1986). Educación popular y escuela pública. En B. Braslavsky, H. F. Bravo y B. Bueno, *Educación popular hoy. Cuadernos del Congreso Pedagógico 4*. Buenos Aires: Eudeba.
- Braslavsky, B. (1987). Oportunidades y privilegios. En H. F. Bravo, G. P. Blanco y A. Montenegro, *Democracia e igualdad de*

- oportunidades educativas. Cuadernos del Congreso Pedagógico* 6 (pp. 37-41). Buenos Aires: Eudeba.
- Braslavsky, B. (2014). *La querella de los métodos en la enseñanza de la lectura*. Buenos Aires: UNIPE.
- Cucuzza, R. (1987). *Berta P. de Braslavsky. Discurso en ocasión de la entrega del Premio Aníbal Ponce 1987*. Buenos Aires: Ediciones Amigos de Aníbal Ponce.
- Diamant, A. (Dir.). (1996). *Berta Braslavsky. Maestra, profesora, militante, humanista*. Buenos Aires: Facultad de Psicología, UBA. (Colección Testimonios para la experiencia de enseñar).
- Diamant, A. (2002). Berta Braslavsky y el Instituto Argentino de Reeducción. En *Actas de IX Jornadas de Investigación*. Buenos Aires: Facultad de Psicología, UBA.
- Diamant, A. (2004). Berta Braslavsky desde la docencia, la asistencia y la investigación. *Encrucijadas*, 26.
- Diamant, A. (2016). De una maestra y la escuela. Berta Braslavsky (1913 - 2008) y los itinerarios para tramitar su obsesión por la enseñanza de la lectura y la escritura. *Multiárea. Revista de Didáctica*, 8. <https://doi.org/10.18239/mard.v0i8.1081>
- Diamant, A. y Feld, J. (2000). *Zumerland. Proyecto, memorias*. Buenos Aires: Editorial CER.
- García, L. N. (2016). *La Psicología por asalto. Psiquiatría y cultura científica en el comunismo argentino*. Buenos Aires: Edhasa.
- Perelstein, B. (1943). *La Enciclopedia Francesa en el Río de la Plata hasta 1830* (Tesis de grado). Universidad de Buenos Aires.
- Perelstein, B. (1952). *Positivismismo y Antipositivismismo en la Argentina*. Buenos Aires: Procyon.
- Petra, A. (2012). Intelectuales y política en el comunismo argentino: Estructuras de participación y demandas partidarias (1945-1950). *Anuario IEHS*, 27, 63-75. Recuperado de <http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/2012/INTELECTUALES%20Y%20POL%C3%8DTICA%20EN%20EL%20COMUNISMO%20ARGENTINO.pdf>

- Petra, A. (2017). *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Pineau, P. (2014). Berta P. de Braslavsky: la utopía de alfabetizar a todos en la escuela. En B. Braslavsky, *La querella de los métodos en la enseñanza de la lectura*. Buenos Aires: UNIPÉ.
- Visacovsky, N. (2015). *Argentinos, judíos y camaradas tras la utopía socialista*. Buenos Aires: Biblos.

Fuentes documentales

- Braslavsky, B. (1948). *Notas del viaje a Hungría y París*. Archivo personal manuscrito.
- Braslavsky, B. (1999). *Homenaje a Weinberg*. Archivo personal.
- Braslavsky, C. (1993). *Reseña biográfica y obra educativa de Berta Perelstein de Braslavsky*. Actualizado por S. Braslavsky (2017). Inédito.
- Braslavsky, S. (2018). *Breve biografía de Lázaro Braslavsky*.
- Ghioldi, O. (s/d). Nota. Archivo personal.

El positivismo y el antipositivismo en la Argentina

(texto publicado en la solapa izquierda del libro original)

Berta Perelstein

El positivismo en la Argentina jugó en su momento una influencia preponderante sobre el pensamiento de muchos de sus intelectuales y a través de ellos, en la propia formación cultural del país.

De ahí que resulte grandemente interesante el enfoque de esta obra que somete a las corrientes del positivismo y del antipositivismo a un serio examen crítico. Al ubicar el papel que tuvieron unas y otras dentro del pensamiento argentino, y más aún, al aclarar esas influencias, señala las derivaciones no sólo en la cultura, sino también, en nuestro proceso histórico.

“Ojalá —expresa la autora— se abra pronto el debate que a la luz de los hechos, y con sagrado fervor, haga triunfar la verdad para que el pensamiento argentino se vuelva consecuente con los intereses históricos de la Nación y se transforme en su fiel servidor.”

Ediciones Procyon
Buenos Aires

Prefacio

Recuperar el pensamiento de Mayo, que bajo la influencia de las ideas más avanzadas de su tiempo, se unió a la lucha por la independencia nacional —objetivo otra vez dominante ahora en la preocupación de los mejores hijos del país— es el deber superior de la cultura argentina.

Por eso es impostergable la necesidad de examinar los movimientos ideológicos que tratan de desplazarlo del dominio de nuestra cultura. Entre ellos, figuran como responsables el positivismo y el “antipositivismo” que hoy abordamos con el propósito de aclarar su mutua vinculación y el papel que jugaron en la historia de la Nación.

Con este modesto volumen nos proponemos apenas esbozar el problema. Está principalmente dedicado a desvanecer la confusión que se introdujo en el significado del “positivismo”, confusión que oscurece la posibilidad de analizar de manera sistemática, según normas científicas, toda nuestra historia ideológica. En lo que respecta a las influencias nacionales de estas corrientes, no es el exponente de indagaciones minuciosas sobre escuelas y autores; tan sólo aprecia su penetración en relación con el proceso histórico de nuestro país.

Esperamos que estudios posteriores decidan sobre la validez de nuestras conclusiones. Pero creemos innegable que estos movimientos representan —el positivismo—, una de las formas de disolución del pensamiento de la burguesía desde su ascenso al poder hasta los comienzos de su declinación y —el “antipositivismo”— un fraude para

encubrir su verdadero propósito de desprestigiar la tradición ideológica argentina fundada en el pensamiento científico y materialista e introducir la suma de ideologías más decadentes de nuestra época.

Igualmente puede demostrarse que su evolución en nuestro país coincide con el proceso de penetración de las potencias imperialistas: es interesante reparar en que siempre fue conceptuada como principal representante del positivismo, la llamada “generación del 80” y que la década del 80 al 90 determina el momento en que nos transformamos decididamente en país dependiente del imperialismo inglés. No es menos significativo que el “antipositivismo” declare, por boca de uno de sus representantes más destacados, que busca resolver el problema ideológico argentino adhiriéndonos a la filosofía del “americanismo” propiciada actualmente por el imperialismo norteamericano.

No nos presentamos con el justificado arrebató que suele inflamarse cuando entran en juego intereses tan ardientes como los del destino independiente de la patria. En este caso, pretendemos que nuestras conclusiones surjan como el producto de una demostración.

Pero, ojalá se abra pronto el debate que a la luz de los hechos, y con sagrado fervor, haga triunfar la verdad para que el pensamiento argentino se vuelva consecuente con los intereses históricos de la Nación y se transforme en su fiel servidor.

Positivismo y antipositivismo

El positivismo, que en el siglo pasado conquistó tantos adeptos, hoy solamente suscita el desdén de quienes se dedican a la filosofía y nadie lo adoptaría para satisfacer una vocación por el estudio de los problemas más universales que se refieren al mundo y al hombre. Tanto se lo ha combatido como “filosofía de mediocres”, tan duramente se castigó su vulgaridad, que ya es una pieza de museo. Su desprestigio ahuyenta aun a quienes quisieran revisar su estructura por la sola curiosidad de reconocer las ideas y los puntos de vista que dominaron en la moda de varias décadas y que en nuestro país tienen todavía algunos rezagados partidarios.

Sin embargo, aunque las apariencias parecen demostrar que el positivismo ya se dejó definitivamente de lado, no deja de plantear problemas que son de actualidad.

Uno de ellos concierne a la acepción del término “positivismo”.

Augusto Comte refirió el origen del sistema a la aparición de la ciencia y designó con el nombre de Filosofía Positiva a todos los conocimientos que sistematizaron los sabios, oponiéndolos a las opiniones incoherentes y supersticiosas que sostenían los metafísicos y los teólogos sobre todos los hechos de la realidad natural. A su vez, los adversarios del pensamiento científico y materialista fueron creando el hábito de incluir bajo el rótulo de “positivismo” a todo cuanto se refiriera a la investigación o cualquier consideración científica sobre los hechos de la naturaleza o de la sociedad. Así llegaron a tratar como “positivistas” a hombres y sistemas que se contraponen sustancialmente con el “positivismo” propiamente dicho, elaborado por Augusto Comte, y con la corriente encabezada por Herbert Spencer, que la historia de la filosofía ha consagrado como “positivista”, pero que a su vez difiere de la del creador de la Nueva Religión de la Humanidad. Esa costumbre, que se extendió desmedidamente, presidió también entre nosotros una de las elaboraciones más sistemáticas que mereció el estudio de la evolución del pensamiento argentino. Alejandro Korn, cuando se sirve del término “positivismo” en su obra titulada: *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, no hace siempre referencia precisa a la construcción de Augusto Comte ni a la de Herbert Spencer.

El distingo, desde luego, no se le podía escapar a este autor, que consideró al pensamiento “genial y consecuente” de Comte, como positivismo sistemático. Pero se refirió con preferencia, como él mismo lo dice, al “criterio positivista”, que incluye lo que tiene intención pragmática, lo que es utilitario y remunerativo, lo que tiende hacia una orientación práctica de la vida; en el orden de la historia, lo que significa “promover el imperio de las fuerzas económicas”, y en la política, cualquier forma de oportunismo que persiga lo que es viable

y se pueda “aplicar de manera inmediata a la creación de riquezas”. “El positivismo —dice— no es la creación artificial de sus grandes expositores, es ante todo, en el siglo pasado, una actitud espiritual, común a todo el occidente, nacida y difundida bajo el imperio de una misma situación histórica”.¹

Sin embargo, habrá que determinar los límites entre la justa aceptación filosófica y la concepción espontánea y vulgar del término “positivismo”, ya que la ambigüedad de la calificación ha permitido hasta ahora que se incluyeran en la misma alforja corrientes que resuelven de manera contrapuesta los problemas fundamentales de la filosofía. De la confusión resulta que se hace cargar con la culpa de faltas que no cometieron, a corrientes y sistemas que en lo esencial disienten con el positivismo. No solamente se suele confundir en el positivismo a todos los hombres que se dedicaron a la ciencia, sino también a algunas posiciones de los fundadores de la corriente materialista de la Enciclopedia francesa, a sus antecedentes ingleses, y hasta a Carlos Marx, que solamente se refirió al positivismo para despreciarlo. El mismo Alejandro Korn dice, por ejemplo: “En estos tres hombres: Comte, Spencer, Marx, la teoría llega a su expresión más perfecta”.²

En sus consecuencias nacionales, no serán pocos los errores a que habrá inducido la oscuridad del concepto para la caracterización de hombres y épocas.

Deberá llamarse positivismo a la elaboración sistemática de la corriente francesa que dirigió Comte y a la inglesa que siguió a Spencer en sus aportaciones originales. Será necesario dejar lo que pertenece a otras concepciones que les precedieron en varios siglos —con las que en su punto de partida tuvo contactos el positivismo, para separarse después— para considerarlo entre las influencias que ellos recogieron

¹ ALEJANDRO KORN, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*. Edit. Claridad, 1936, pág. 174.

² Ibid., pág. 171.

y reelaboraron según sus propios puntos de vista, y a las coetáneas que se desarrollaron de manera independiente, como la expresión ideológica de una época histórica en que convivieron, pero que interpretaron y sirvieron de manera diferente.

Así como la Enciclopedia francesa fue la ideología de la burguesía revolucionaria, que alimentó y preparó sus luchas contra el feudalismo, el positivismo fue —en sus dos corrientes: francesa e inglesa— la filosofía de la misma clase que, ya dueña del poder político, se esforzaba por consolidarse en el gobierno y crear todas las condiciones para perpetuarse en él.

Augusto Comte, que llamó “doctores en guillotina” a los revolucionarios franceses, puso fundamentalmente el acento de su combatividad contra los “metafísicos”, “críticos”, “negativos”, “anárquicos” enciclopedistas. Aunque justificó la Gran Revolución como una necesidad circunstancial, luchaba por contener y ahogar sus impulsos; pero siempre se mostró prudente, en cambio, desde su misma iniciación, para atacar al catolicismo y fue admirando cada vez más la virtud “unificadora” y “orgánica” del poder feudal, es decir, su capacidad para gobernar y someter a todas las clases rivales.

Mucho se ha hablado de las dos etapas de su evolución filosófica, de sus “dos carreras”: la científica y la religiosa. El mismo Comte le expresaba a Stuart Mill, en una carta, que su filosofía y su religión pudieron ser la obra de dos personas.

No fueron, sin embargo, dos personas diferentes, como tampoco fueron dos clases distintas las que representaron su ideología en 1830 y en 1851. Es el mismo hombre, representante de la misma clase social que, después de haber batido a fines del siglo XVIII al gobierno feudal, se esfuerza con desesperación por consolidarse en el poder durante todo el siglo XIX.

Al comienzo se debatía luchando contra sus enemigos que lo acechaban por los dos flancos. Por una parte, contra los fantasmas del feudalismo, que se esforzaban por prolongar su sobrevivencia y pug-

naban por retornar: por otra parte, contra las masas populares, que reclamaban su lugar en el manejo de los destinos del país. La Revolución Francesa, que se realizó en nombre de los derechos de toda la Nación, desembocó en el gobierno de otra clase, que se proponía instaurar una nueva forma de opresión. El pueblo de Francia, su clase obrera, sus campesinos, su pequeña burguesía urbana, siguieron agitando el programa revolucionario contra la burguesía que los defraudó, y todo el siglo pasado estuvo determinado por sus luchas, que culminaron en la revolución popular del 48. La burguesía pudo ya ver acción a la nueva clase revolucionaria, que comenzaba a realizar la autoconciencia de su propio destino histórico e inició contra ella su exasperada contienda. Como lo expresó Federico Engels, “parece que fuera una ley del desenvolvimiento histórico que la burguesía no pueda, en ningún país de Europa, detentar el poder político, al menos por un lapso duradero, tan exclusivamente como pudo detentarlo en la Edad Media la aristocracia feudal”.³

La filosofía de Augusto Comte expresa la lucha por conseguirlo. La metamorfosis de su segunda etapa, el cambio de su filosofía científica en filosofía religiosa, se corresponde puntualmente con los cambios de actitud que determinan, en el sector de la burguesía a que pertenece, la evolución de las clases que le son antagónicas.

Herbert Spencer cumple el mismo destino de servir a la clase burguesa, cuando ella necesita afanzarse en el poder. Pero su filosofía evoluciona paralelamente con el desarrollo triunfal de su clase. El desarrollo de su “programa de filosofía sintética” tiene lugar junto con el afianzamiento sin mengua de la burguesía inglesa, desde que se inicia la concentración de la producción hasta que aparecen los monopolios, tanto en el orden de la competencia internacional por el reparto de los mercados, como en el orden interno, donde logra desplazar de sus po-

³ FEDERICO ENGELS, *Le matérialisme historique. Études Philosophiques*, E. S. I., París, 1937, pág. 122.

siciones a la aristocracia terrateniente y aplastar al pujante movimiento obrero. Spencer expresa a la burguesía de su país en el momento de su más seguro optimismo: se yergue sobre la cresta de la ola victoriosa que envuelve a gran parte del mundo bajo el dominio del Imperio Británico y pretende legitimar sus trofeos.

El conspicuo representante del positivismo inglés se defendió airadamente cuando fue catalogado como discípulo de Comte, y tuvo sus motivos para ello. El fundador de la Sociología pretendió unificar a todo el Occidente bajo la hegemonía del pontificado positivista de Francia, y en la última parte del “Discurso Preliminar” al Sistema de política positiva rebajó a Inglaterra —con violencia y desprecio— hasta el último rango en su jerarquía de potencias.

¿Iba acaso a aceptar Spencer una de las dos humildes bancas del Comité Positivista de París? Pero, ¿para qué habría de ocupar tan indigna posición si con su teoría de la integración y desintegración de la materia justificaba, a su vez, la absorción de los pequeños estados por los más poderosos —gracias a la ley del triunfo del más fuerte—, precisamente cuando el imperio inglés comenzaba a asignarse para sí la mayor parte en la distribución del mundo?

Para Spencer la labor fue más sencilla que para Augusto Comte. No necesitó, como él, luchar contra el pasado de una burguesía revolucionaria como la de Francia, que había atacado la base misma de la ideología feudal, con tal eficacia, que logró casi destruir por un largo período la fe popular en la religión y en sus representantes.

Los filósofos ingleses, que aportaron valores fundamentales para las ideas de la revolución de su propio país y del continente, siempre fueron prudentes con el problema de la religión.

Spencer supo servirse de esa tradición cultural para proteger el ordenamiento de la sociedad capitalista de su país. Es verdad que cuando se defiende de la influencia de Comte que se le atribuye le opone a su concepción de gobierno fuerte el ideal de un gobierno disminuido en todo lo posible, “porque la naturaleza humana no acepta ninguna

represión exterior”, “ninguna traba a su libertad”.⁴ Pero, leyendo sus opúsculos donde afirma la libertad individual frente al Estado, asombra por momentos el crudo cinismo con que es capaz de vaciar los conceptos con tal de defender derechos provechosos para su clase.

América fue, por cierto tiempo, un laboratorio de experiencia para la utopía social de Augusto Comte. Llegó aquí a participar en el proceso de la organización nacional de varios países, y sus fórmulas contradictorias se pusieron al servicio de causas justas e injustas, adaptándose, algunas veces, a su evolución progresista.

Entre nosotros también tuvo importante y larga influencia. Durante varias décadas detentó incólume la dirección de nuestra cultura y —aunque mucho más superficialmente que en Brasil o en México— también tocó en algún sentido la vida política e institucional de la Argentina.

En el intercambio que establecimos con Europa, Herbert Spencer fue apareciendo, junto con los ferrocarriles, y más tarde con los frigoríficos, como mercancía de trueque para el trigo y el ganado que enviábamos a la opulenta y satisfecha metrópoli.

La intelectualidad de nuestra cohibida y comprometida burguesía nacional se aferró igualmente a Augusto Comte como si esperara extraer de sus milagrosas fórmulas la fuerza que necesitaba para arrojar a la oligarquía de los mandos del gobierno y para acallar, al mismo tiempo, al movimiento obrero que surgía impetuosamente en el país.

Pero, de cualquier manera, aquí sirvió el positivismo a intereses más progresistas que en toda América. Mucho influyeron con ese fin los manes de la Enciclopedia, glorificados durante la revolución por la independencia. No importa que entonces se hayan conocido con preferencia a los más moderados de sus componentes. El espíritu progresista del vasto y vigoroso movimiento antifeudal ganó desde los albores

⁴ HERBERT SPENCER, *Porquoi je me separe d'Auguste Comte*, 3ª parte de *Classification des sciences* (trad. par F. Réthoré). Alean, 1905, pág. 122.

de nuestra historia un prestigio muy difícil de socavar. De Comte y de Spencer influyeron especialmente aquí todos los elementos que en sus respectivas producciones mantenían algún contacto con los filósofos materialistas que les dieron sus primeros fundamentos, y alimentaron un movimiento científico de ciertas proporciones, el primero que realmente merece esa calificación entre nosotros.

Coriolano Alberini, cuando clasificó las etapas de la evolución ideológica en nuestro país,⁵ destinó el cuarto lugar para las influencias positivistas. Pero la reacción en contra de esa corriente tuvo tanto alcance e intensidad, que el mismo autor, en lugar de definir una quinta etapa por el predominio de alguna otra escuela, debió hacerlo con el signo negativo del antipositivismo.

Por su parte, Francisco Romero dijo hace muchos años que “la batalla contra el positivismo ya está ganada”,⁶ y en un trabajo más reciente afirma categóricamente que “el positivismo ha muerto”.⁷

Ahora bien. Queda como un hecho que entre nosotros no se realizó un ajustado discernimiento entre la concepción filosófica y vulgar del positivismo, y se confundió en la calificación a escuelas que no le pertenecen. Además, tampoco se destacó la diferencia entre el acento de las dos etapas comtianas que concierne a los intereses históricos con que se vincula, y que tiene consecuencias fundamentales para comprender el carácter de su acogida en América y en nuestro país.

Así, cabe preguntarse: La batalla contra el positivismo está ganada, ¿pero contra qué positivismo? ¿Contra el positivismo sistemático o contra las corrientes materialistas y científicas que vulgarmente suelen confundirse en una calificación despectiva de “positivistas”?

⁵ CORIOLANO ALBERINI, *La metafísica de Alberdi*. Archivos de la Universidad, tomo IX, año IX, pág. 284.

⁶ FRANCISCO ROMERO, índice de problemas. “*Revista de Humanidades*”, tomo IX.

⁷ F. ROMERO, *El positivismo y su influencia*. Cuadernos Americanos, año 1950, N° 1.

¿Contra el positivismo de acento científico de la primera etapa comtiana y contra la base científica de Spencer, o contra el carácter religioso e irracionalista de la segunda etapa del positivismo continental y las conclusiones finales del positivismo insular?

En nuestro país despertaron gran entusiasmo ciertas corrientes que, en Europa, resucitaron a fin de siglo y en los comienzos del presente, viejas tesis de la filosofía idealista. Según Francisco Romero, pueden señalarse los siguientes momentos en la integración de estos movimientos ideológicos al pensamiento nacional: 1) la incorporación sucesiva de Rivarola (1896, fecha de creación de la Facultad), Korn (1906), Alberini (1922) —sin contar Franceschi— en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires; 2) el paso de Ortega y Gasset por Buenos Aires y la fundación del Colegio Novecentista en 1917; 3) la fundación en 1929 de la Sociedad Kantiana, que concita el interés de los jóvenes, universitarios o no, alrededor de Alejandro Korn y, por último, la creación del Colegio Libre de Estudios Superiores, hecho este último que merece una discusión especial.

Estos jalones, dejan sucesivamente integrados a los programas de estudios de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, enunciados en las discusiones o en las conferencias e insertos en las publicaciones, los nombres y los principios del movimiento por el “retorno a Kant”, de Dilthey, Husserl, Heidegger, Hartmann, que fueron precedidos por Bergson, Croce, Gentile.⁸

Los participantes de estos movimientos se muestran especialmente preocupados, o mejor dicho regocijados, por lo que se calificó a fines del siglo pasado la “crisis de la ciencia” y bebían de sus inspiradores los argumentos con que decretaban su derrota definitiva, aceptando como ellos, a lo sumo, su validez relativa y tan sólo pragmática para el mundo “experimental”. Esta “crisis de la ciencia” fue el resultado de

⁸ F. ROMERO, *Agotamiento del Positivismo y corrientes reemplazantes. Cuadernos Americanos*, México, 1950, n° 2.

la aparición de hechos nuevos en el mundo de la experiencia que, al no estar comprendidos en las teorías científicas consagradas, ofrecieron elementos irreductibles a los métodos con que estas se fundaron. El entusiasmo producido en el siglo XVII con los descubrimientos de la Astronomía fue permutado por el profundo desencanto que provocó la incapacidad de las hipótesis científicas para explicar los fenómenos de la termodinámica o la radioactividad. El movimiento de “la crítica de las ciencias”, que fue la expresión más característica de la ideología del final del siglo, les atribuyó a las mismas, una incapacidad definitiva para resolver el problema de la discontinuidad de la materia, de la transformación de la energía, el problema de la contingencia en la vida y en la historia. Este movimiento fue especialmente encabezado por hombres de ciencia, matemáticos y físicos, pero tuvo su repercusión más resonante en el terreno puramente filosófico donde se produjo el desquite contra los siglos de hegemonía científica.

La crítica de las ciencias, realizada por los matemáticos, los físicos y los biólogos que no encontraban los medios de resolver sus propios problemas, fue el pretexto para decretar el fracaso de la razón y proclamar el triunfo de los poderes irracionales. Plantearon el problema de la espontaneidad del espíritu y el carácter original de la vida; a la concepción “naturalista” le opusieron el devenir irracional. Volvieron al dualismo de materia y espíritu, relegaron la inteligencia para el estudio pragmático del mundo inorgánico y proclamaron la “autonomía de las vivencias” y las “componentes del valor” en las ciencias del espíritu, o la intuición bergsoniana que apareció paralelamente a ellas, para ofrendar los datos de las cualidades puras de nuestra vida interior.

Frente a los hombres de ciencia que se detienen ante la realidad y se declaran incapaces de conocerla, se produce en la filosofía el movimiento que reivindica la Metafísica. Neohegelianos, neokantianos, toman la dirección de sendas escuelas. De la última deriva la “teoría de los valores”, que fue el vehículo propuesto por Romero para crear la nueva “Weltanschauung” en nuestra cultura nacional.

Francisco Romero identifica la lucha contra el positivismo en nuestro país con el desarrollo de los movimientos antes mencionados, que implicaban todas las escuelas surgidas con la “crítica de las ciencias” y al calor de procesos históricos nuevos que se vinculan con la culminación del imperialismo y el nuevo estado de conciencia social que este hecho producía en las clases dominantes. Sin embargo, como es fácil de advertir, las tesis del conjunto de ese movimiento no están enderezadas en el fondo contra el positivismo propiamente dicho, sino contra el pensamiento científico que le sirvió de base y que se funda en el materialismo mecanicista del siglo XVIII. Para afirmarlo podemos remitirnos no solamente a la raíz anticientífica de cada una de sus corrientes, sino también a los conceptos del mismo Romero, cuando entre otras cosas dice, al hacer el análisis del problema de la clasificación de las ciencias: “Conviene insistir en que el nuevo planteo de la cuestión depende estrechamente del abandono. . . del naturalismo tradicional”.⁹ “A la ciencia se le niega, terminantemente —dice—, aquella condición ontológica que es condición de todo naturalismo”. Por otra parte, él mismo no hace aquí más que repetir lo que al respecto dice el positivista Abel Rey en su libro *La teoría de la física entre los físicos contemporáneos*.

Si en algo toca este movimiento al positivismo comtiano, es al de su primera etapa, donde acoge la tradición de la investigación científica y manifiesta como única originalidad, su pretensión de extenderla al orden de la realidad social.

Hablando con propiedad, la de fin de siglo es una lucha antimaterialista y anticientificista, pero no antipositivista. Si de algún modo puede considerarse fecunda en su aspecto crítico, porque en ciertos aspectos advirtió las debilidades del mecanicismo anacrónico del materialismo del siglo XIX, fue falsa y retrógrada al volver en busca de

⁹ F. ROMERO, Nota sobre las clasificaciones de las ciencias. En “Cursos y Conferencias”, año II, n° 3.

los temas que fueron objeto del pensamiento anticientífico de la Edad Media y de épocas aún anteriores igualmente oscurantistas, para cerrar el camino copiosamente fértil que varios siglos atrás habían abierto Bacon y Descartes.

La verdad de esta afirmación se confirma con el testimonio del mismo profesor Romero, cuando dice: “Esas tendencias se han manifestado unas veces como la renovación lisa y llana de las posturas filosóficas medievales...” A continuación, Francisco Romero, reputado de profesor “progresista” realiza su propio descargo diciendo: “En la vuelta de las filosofías medievales conviene distinguir entre las corrientes y tomar esas filosofías. . . como instrumentos para una restauración de la Edad Media, y aquellas otras corrientes que creen de buena fe en la conveniencia de extraer del pensamiento medieval ciertos elementos perdurables y que pueden ser utilizadas por la civilización contemporánea”.¹⁰

Sin embargo, aunque parezca paradójico, estas corrientes filosóficas de nuestro siglo que merecen el nombre común de irracionalistas y que se tomaron como arietes para derrumbar al positivismo, tienen grandes puntos de contacto con el positivismo.

Según los expositores corrientes, la norma que define la oposición de la filosofía contemporánea con la de Comte y Spencer es la reivindicación que hacen los primeros de la Metafísica. Pero, tal como lo demostraremos en los próximos capítulos, a pesar de haber decretado Comte la terminación del período metafísico y de que Spencer no reconoce para la filosofía más datos que los que aporta la ciencia, el pensamiento de ambos está lleno de implicaciones metafísicas y Spencer se propone, expresamente, elaborar una metafísica.

Otra coincidencia consiste en que Comte sentencia, como ellos, la incapacidad irredimible de la ciencia para conocer la realidad. ¿Po-

¹⁰ F. ROMERO, El positivismo y su influencia. Cuadernos Americanos, año 1950, N° 1, pág. 138.

dremos olvidar, acaso, que el movimiento de la crítica de las ciencias arrancó precisamente del positivismo alemán con los empirio-criticistas Mach y Avenarius?

Si los polemistas del antipositivismo conocieran bien a Comte, en la profundidad de su pensamiento lleno de inconsecuencias y confusiones, y no tan sólo en lo superficial de su apariencia, no tendrían por qué plantearse la necesidad de separar a estos autores del tronco positivista, tal como ocurre en el mencionado trabajo de Romero.

La verdadera crítica de las ciencias, tal como ellas evolucionaron hasta desembocar en la llamada crisis del siglo pasado, sólo puede hacerse en función de una nueva concepción del movimiento que reemplace a las hipótesis estrechas del mecanicismo. Los creadores del materialismo dialéctico, por ejemplo, adoptaron un punto de vista tal que la ciencia, lejos de sucumbir, se reconforta y adquiere los métodos que le dan la capacidad de aprehender la íntima realidad de la materia, en todas sus magnitudes y la ley de su movimiento en todas velocidades, tal como a veces lo soñaron —sin lograrlo— los fundadores de la vigorosa corriente materialista del siglo XVIII, Diderot, D’Holbach y Helvecio. Lenin, continuando la elaboración de los principios de Marx y Engels se refirió, en el largo capítulo de su *Materialismo y Empiriocriticismo* que titula “La revolución moderna de las ciencias naturales y el idealismo filosófico”, a las teorías del movimiento de la crítica de las ciencias y demolió a los positivistas que se incluyeron en el mismo, cuyas producciones trató de “confusionistas” o de “vagas e inconsistentes”.

En producciones más recientes, el sabio francés Langevin, aborda de manera crítica las más modernas hipótesis (la Mecánica cuántica y la Teoría de la Relatividad) abriendo nuevos caminos para la solución correcta de los grandes problemas suscitados, problemas que requieren una nueva forma de relación entre la Física y la Filosofía. Estos sistemas absorben, igualmente, la preocupación de los naturalistas, físicos y filósofos de la Unión Soviética, cuyas producciones son apenas conocidas aún entre nosotros.

En general, mientras la evolución posterior y más reciente de las ciencias inició la solución de los problemas que las habían detenido y corroboró todo el optimismo de quienes confiaban en ellas, hundió en cambio en el ridículo todas las prohibiciones comtianas para el estudio de la intimidad de la materia e invalidó lo elaborado por el movimiento de “la crítica de las ciencias”, que en lo fundamental concuerda con el positivismo propiamente dicho.

Pero, además, la filosofía irracionalista de este siglo llegó a muchos otros puntos de coincidencia con las conclusiones del Comte de la segunda mitad del siglo.

Para no elegir más que un problema, tomemos el planteo de la cuestión racional-irracional en el movimiento que se propone suplantarlo al positivismo, y veremos que puede encontrar una gran fuente de inspiración en el Discurso sobre el conjunto del positivismo, donde Comte hace “prevalecer sistemáticamente el sentimiento sobre la razón”.¹¹

Las corrientes irracionalistas de la filosofía contemporánea, que remontan sus críticas hasta los orígenes de la filosofía moderna, especialmente contra el cartesianismo, podrían encontrar en Comte muchos antecedentes cuando éste habla, por ejemplo, del “reino corruptor de la razón”,¹² o cuando dice: “En el fondo, la orgullosa aspiración de la inteligencia a la dominación universal, desde que la gran unidad teológica se ha roto irrevocablemente, no ha podido comportar jamás ninguna realización, y no fue susceptible más que de una eficacia insurreccional”.¹³ ¿La síntesis subjetiva-objetiva que buscan las modernas “ciencias del espíritu” no tienen, por si acaso, algún lazo de

¹¹ A. COMTE, *Système de politique positive ou traité de sociologie instituant la religion de l'humanité*. “Discours préliminaire sur l'ensemble du positivisme”, pág. 58.

¹² *Ibid.*, pág. 17.

¹³ *Ibid.*, pág. 17.

consanguinidad con el “principio subjetivo” que es fuente de la estética e impulso para la conciliación irracional del hombre con la vida social que se le impone?

También los filósofos existencialistas, que aspiraron a encontrar como en la Edad Media “un poder sobre-individual que no residiera en Dios”, reprodujeron el anhelo comtiano de hacerle cumplir al positivismo “el destino social de reemplazar al teologismo en el gobierno espiritual de la humanidad”¹⁴ y su reiterada admiración por la Edad Media.

Por otra parte, los panegiristas de la “libertad” bajo el régimen imperialista, como libertad para someter económica y políticamente a los pueblos, pueden hallar expresos antecedentes de su doctrina en la ética de Spencer, cuyo alcance pondremos oportunamente en descubierto.

En conclusión: no hubo en la producción filosófica del país, ni tampoco en toda la filosofía reaccionaria que la inspiró, ninguna lucha antipositivista, puesto que aquella tiene con el positivismo una gran afinidad y coincidencia. Se le llamó, así, falsamente, a la lucha antimaterialista que se dedicó, en nombre de la lucha contra el positivismo, a atacar todo conocimiento de base científica y especialmente a destruir la fe que pusieron sus antecesores, los materialistas ingleses y franceses de los siglos XVII y XVIII, en la capacidad de la ciencia para el conocimiento de la realidad.

Por el contrario, bien puede demostrarse que el “antipositivismo” es en el fondo la continuidad filosófica y sobre todo histórica del positivismo.

Queda por cumplirse, pues, la misión de ganar la batalla contra el positivismo. Para eso habrá que abrir el fuego contra sus elementos peculiares que son los que coinciden, precisamente, con las elaboraciones más características del idealismo en su recaída irracionalista de este siglo.

¹⁴ Ibid., pág. 57.

La evolución del positivismo continental

Primera etapa: científica

1830 ES EL AÑO de la iniciación del Curso de filosofía positivista, que según los discípulos y críticos, es la obra de Comte donde se contienen los temas y las interpretaciones típicas de su “primera carrera”, es decir, de la etapa que él mismo calificó de científica.

1830 es también una fecha de significación singular para la historia económica, política e ideológica de Francia. La revolución popular contra la Restauración legitimista fue traicionada por la fracción de la alta burguesía, que al imponer al duque de Orléans entregó el poder a la aristocracia de la bolsa y de las altas finanzas. “No era —dice Carlos Marx— la burguesía francesa quien reinaba en Francia bajo Luis Felipe, sino una fracción de ella: banqueros, reyes de la bolsa, reyes de los ferrocarriles, propietarios de minas de carbón y de hierro, propietarios de bosques y la parte de la propiedad latifundista unida a ellos, es decir lo que se llama la “aristocracia financiera”.¹⁵

Habían quedado excluidos del poder, no solamente la pequeña burguesía y los campesinos, sino también la burguesía industrial francesa. Desde la reducida oposición que formaban en la Cámara, los representantes del comercio, la industria, la agricultura, la navegación, combatían a la “sociedad por acciones” que formaba la monarquía de Luis Felipe.

¹⁵ CARLOS MARX, *Les luttes de classes en France*. Bureau d'editions. París, pág. 22.

La burguesía industrial exaltaba a la industria como noble y fundamental forma de adquirir riquezas y denunciaba a los usureros que amasaban su dinero merced a los impuestos que hacían gravitar de manera creciente sobre las fortunas dignamente obtenidas. Soñaba con arrojar del poder a la omnipotente e insoportable dictadura de las finanzas.

También la historia ideológica de Francia marca un nódulo en el mismo año, donde se le reconoce personalidad a la llamada “generación del 30”.

Mientras enfáticamente, José de Maistre y Luis de Bonald pretendían demoler los hechos y el pensamiento de la Revolución Francesa atacando el “dogma” de la soberanía popular, añoraban con nostalgia el pasado medieval. Al mismo tiempo, los “supremos sacerdotes” y los “hermanos sansimonianos” analizaban la historia para descubrir los fenómenos de “un orden social regular”,¹⁶ que pudiera servir de modelo a Francia para salir de su caótica y decadente “época de transición”.

Todos, aunque representaban sistemas contrapuestos, los unos para restaurar los privilegios feudales, los otros para consolidar el poder de los “industriales”, coincidían en el mismo propósito de encontrar los medios de rehacer sólidamente el orden social trastornado por la Gran Revolución.

Augusto Comte, sansimoniano disidente, desde sus primeros trabajos había venido marchando detrás de las sugerencias dejadas por las hipótesis acerca de una “política positiva”, que dejó su maestro en *Reorganización de la sociedad europea*.

En el primero de sus opúsculos sociales, *La separación entre las opiniones y los deseos*, soñó con que “la política se convierta en una ciencia de observación”; en la *Sumaria apreciación del conjunto del*

¹⁶ BOUGLE y HALEVY, Doctrina de Saint Simón, cit. por Bréhier en Historia de la filosofía, ed. Sudamericana, Bs. As., 1942, Tomo II, pág. 715.

pasado humano, opuso la “política científica” a la “política teológica”, y por último, en el tercero de sus opúsculos, que publicó en 1822 y que tituló *Plan de los trabajos científicos necesarios para reorganizar la sociedad*, parece haber descubierto el camino para transformar en realidad la hipótesis común a todos los filósofos de la tercera década.

Comte quiere, como ellos, “reorganizar la sociedad”. ¿Pero, acaso, pretende hacerlo en el mismo sentido que De Maistre o De Bonald?

No. Comte torna el legado de Concorcet, único filósofo de la “época crítica” cuyo ascendiente reconoce, Y según su tesis del progreso, cree que el pasado no debe volver. No admite que los poderes ya aniquilados puedan restaurarse. Lo que se propone es conseguir una organización social que sea capaz de asegurar el poder a los “jefes de industria”, flamantes jerarcas de la nueva situación.

El joven Comte —uno de los secretarios de Saint Simón— acogió la “ley de los tres estados” que su maestro recibió, a su vez, del doctor Burdin, y desde los primeros trabajos, sacó de ella los recursos que le hacían falta para su objeto teórico de “reorganizar la sociedad”.

La ley se llama “de los tres estados” o “de la evolución intelectual de la humanidad”. “Según esta doctrina fundamental —dice— todas nuestras especulaciones están inevitablemente sujetas, en el individuo como en la especie, a pasar sucesivamente por tres estados teóricos diferentes, que las denominaciones habituales de teológico, metafísico y positivo, podrán aquí calificar suficientemente”.¹⁷

Es decir, que este proceso, que tiene lugar según “su emanación natural de la precedente y su tendencia espontánea hacia la siguiente”¹⁸, se refiere, en primer lugar, a la evolución de la mente humana desde su punto de partida en las oscuras tinieblas de los instintos y los sentidos apenas distintos del estado mental de los animales superiores, pasando

¹⁷ COMTE, Discurso sobre el espíritu positivo. Biblioteca racionalista Francisco Bilbao, Buenos Aires, pág. 33.

¹⁸ COMTE, Cours de philosophie positiviste. París, 1877 Lección 57.

por la imaginación dominada por las fuertes impresiones de los fenómenos del exterior, hasta que la razón comienza a abrirse paso merced a la aparición de los “primeros brotes del espíritu positivo”.

En el estado teológico, “todas nuestras especulaciones manifiestan espontáneamente una predilección característica por las cuestiones más insolubles sobre los sujetos más radicalmente inaccesibles”, y el hombre se plantea “el origen de todas las cosas”, “las causas esenciales” y pasa, a su vez, del fetichismo al politeísmo y al monoteísmo. Dentro mismo de este último estado, con los primeros descubrimientos de los hombres de ciencia, comienzan ya a aparecer las señales del espíritu positivo. Pudo haberse producido, entonces, directamente la transición del monoteísmo al positivismo, si no fuera porque “este régimen difiere muy profundamente del que corresponde a la virilidad mental”.¹⁹

Para que “nuestra inteligencia, que es antipática a todo cambio brusco, pudiera elevarse casi insensiblemente del estado puramente teológico al estado francamente positivo”,²⁰ se hizo necesaria la mediación de un estado transitorio de carácter disolvente, que reemplazara a los agentes sobrenaturales por “entidades” o abstracciones personificadas. El ente “naturaleza” reemplazó a la noción de Dios para preparar su disolución.

Ahora bien. Cuando cada estado de la evolución de la mente — que por sí misma se desarrolla en el tiempo— penetra el cuerpo social, determina en él una forma equivalente, de tal modo que cada una de las fases de la evolución de la inteligencia humana, tiene un “destino social” determinado, que está previsto y es invariable.²¹ La creencia teológica, fundó primero la antigüedad politeísta y después, con el politeísmo, precedió a la organización de la Edad Media. El estado teológico establece la política militar, ordenando a la sociedad desde

¹⁹ COMTE, Discurso sobre el espíritu positivo, pág. 41

²⁰ Ibid.

²¹ Véase el Cours de philosophie positiviste, lección 57.

arriba y a su arbitrio. Al espíritu metafísico le conviene, en cambio, la teoría de la soberanía popular; en la concepción individualista de los derechos del hombre, todos son arbitrariamente considerados iguales, a manera de unidades metafísicas.

Pero si bien el estado metafísico contribuyó a disolver el estado teológico, porque socavó la intangibilidad de sus dogmas, no reemplazó su ascendiente social por ningún otro y creó un estado de anarquía social mil veces más inapropiado para las nuevas necesidades.

¿Cuál es el destino que tendrá que cumplir el nuevo estado positivo?

La forma mental positiva se adecúa a las necesidades que engendra el advenimiento de los industriales, llamados a reemplazar a los militares en el poder temporal. “Prevaleciendo cada vez más la vida industrial, la sociabilidad moderna debe, pues, poderosamente secundar la gran revolución mental que hoy eleva definitivamente nuestra inteligencia desde el régimen teológico al régimen positivo. No solamente esta activa tendencia diaria a la mejor práctica de la condición humana es necesariamente poco compatible con las preocupaciones religiosas, siempre relativas, sobre todo bajo el monoteísmo, a cualquier otro destino. Pero, además, esta actividad es de tal naturaleza, que suscita finalmente una oposición universal, tan radical como espontánea, a toda filosofía teológica. Por una parte, en efecto, la vida industrial es, en el fondo, directamente contraria a todo optimismo providencial, puesto que ella supone, necesariamente, que el orden natural es bastante imperfecto para exigir sin cesar la intervención humana”. . . y nos obliga a “tomar el mando exterior, no como dirigido por voluntades arbitrarias, sino como sometido a leyes, . . .”.²² La capacidad industrial nació a consecuencia del desarrollo científico que introdujeron los árabes en Europa; cuando el poder científico de los sabios se extienda y reemplace definitivamente a los teólogos en el dominio espiritual, los industriales podrán hacerse total y definitivamente dueños del poder temporal.

²² COMTE, Discurso sobre el espíritu positivo, pág. 73.

La utopía social que Comte configurará en su segunda etapa sitúa por eso a los sabios en una categoría especial cuyo fin, como se ve desde el comienzo mismo de la elaboración positivista, es la consolidación del poder de los industriales.

Pero ocurre que el desorden social, que todavía existe por obra de la anarquía, creada por los metafísicos, impide el entronizamiento definitivo del espíritu positivo.

¿Cuál será el camino para introducir el indispensable orden?

La intervención humana ha sido posible en los hechos de la realidad, gracias al conocimiento de sus leyes, de tal manera que, sabiendo lo que es, se puede “deducir lo que será”.²³ Cuando la ciencia abarque también a los hechos de la sociedad, el espíritu positivo permitirá consolidar una unidad como jamás ha existido.

Buscará, entonces, en las ciencias ya constituidas “los preámbulos indispensables”²⁴ donde adquirir el método para hacer posibles las más elevadas especulaciones de la ciencia social, ya que el orden artificial de la sociedad es solamente una prolongación del orden natural.

Tal es el objeto del *Curso de filosofía positiva*. No es la teoría de la ciencia que ha querido reconocer algún intérprete. Lección tras lección, va el *Curso* en pos de su propósito final de constituir la Sociología, encaminada a formar las opiniones y a establecer las reglas que deben ser universalmente aceptadas para ordenar las costumbres y unificar el pensamiento colectivo, como antecedentes necesarios para constituir el orden social propicio a la burguesía industrial.

En su ensayo para coordinar todo el conocimiento científico, se advierten las influencias de su contemporáneo, el tradicionalista De Maistre. Su criterio para la clasificación implica la misma revivificación medieval de las esencias.

²³ COMTE, op. cit., pág. 52.

²⁴ Ibid., Pág. 109.

Los seis tomos del *Curso* corresponden a las seis divisiones de su clasificación de las ciencias: matemáticas, astronomía, física, química, biología y sociología. Aplica un criterio histórico y lógico, según el cual el orden de aparición y desarrollo de cada una coincide con el carácter de la dependencia de los fenómenos que trata. “El estudio racional de cada categoría —dice— se funde con el conocimiento de las leyes principales de la categoría precedente y es el fundamento del estudio de la siguiente”.²⁵

Del mismo modo que en la jerarquía aristotélica la sucesión corresponde al grado de dignidad de las esencias, la primera de las ciencias “considera los fenómenos más generales, simples, abstractos y alejados de la humanidad”,²⁶ mientras los fenómenos considerados por la última son, por el contrario, “los más particulares, complicados, concretos y directamente interesantes para el hombre”.

En la lección 2ª del *Curso* dice que las “ciencias están fundadas, independientemente de toda opinión hipotética, sobre la mera comparación de los fenómenos correspondientes”. En virtud de esta definición rechaza cualquier investigación o teoría científica relativa a la constitución íntima de la materia o a los fenómenos inaccesibles a nuestra intervención directa o inmediata. “Creo poder definir la astronomía en precisión y amplitud, asignándole como objeto el descubrir las leyes de los fenómenos geométricos y mecánicos, que nos presentan los cuerpos celestes”.²⁷ Proscribe la astrofísica, porque cualquier investigación es solamente posible por “meras observaciones visuales”,²⁸ y limita su estudio solamente al sistema solar, prohibiendo las indagaciones sobre el Universo, porque “aunque llegásemos un día a estudiar completamente los movimientos relativos de algunas

²⁵ COMTE, Cours de philosophie positiviste. Lección 2.

²⁶ Ibid., lección 2.

²⁷ Ibid., lección 19.

²⁸ Ibid., lección 19.

estrellas múltiples, esta noción. . . no nos dejaría menos apartados del verdadero conocimiento del Universo, que inevitablemente se nos escaparía siempre”.²⁹

Del mismo modo, las matemáticas solamente se proponen “determinar las magnitudes unas por otras, conforme a las relaciones precisas que existen entre ellas”,³⁰ y no cree en su aplicación eficaz para el estudio de los problemas del infinito.

Ya que la filosofía positiva “hace profesión formal de ignorar en absoluto la naturaleza íntima de un cuerpo cualquiera”,³¹ rechaza la concepción de Laplace porque su física contiene hipótesis mecánicas acerca de las moléculas, y por el mismo motivo repudia las tesis de Bernouilli y D’Alambert. En cambio, se entusiasma con la doctrina sobre la propagación del calor, de Fourier, y con las demostraciones sobre mecánica, de Lagrange, porque no apelan a ninguna teoría sobre la naturaleza de la materia y sólo se refieren a las relaciones exteriores de los fenómenos. Respeta solamente la química clasificadora y descriptiva; en anatomía limita las investigaciones a los tejidos y a los órganos, y prohíbe el uso del microscopio, que engaña sobre la existencia de las células, “especie de mónadas orgánicas repugnantes al espíritu positivo”.

Retomemos, de una referencia anterior, su afirmación de que cada ciencia es el “fundamento del estudio de la siguiente” y comprendemos por qué extrae del *Curso de Fisiología*, de Blainville, las conclusiones que le servirán tanto para desechar la aptitud de la Psicología para transformarse en ciencia independiente y extender la positividad a la Biología, como para fundar la Sociología.

Semejante método contiene el germen de los graves estigmas con que el positivismo señaló estas ciencias, estigmas contra los cuales

²⁹ Ibid., lección 19.

³⁰ Ibid., lección 3.

³¹ Ibid., lección 2.

todavía deben luchar. Por una parte, la representación del comportamiento del individuo como consecuencia inmediata y mecánica de su constitución psico-fisiológica obstaculizó la definición del objeto específico de la psicología; por otra parte, la confusión de los hechos sociales con los biológicos condujo a todas las aberraciones de los sistemas elaborados por los discípulos del positivismo que no supieron, en ningún caso, descubrir la peculiaridad de los hechos histórico-sociales ni la ley de su desarrollo.

Según las afirmaciones de Blainville, cada órgano que estudia la estática, posee su función y cada función —objeto de la dinámica fisiológica— corresponde unívocamente a un órgano.³²

La Biología estudia la íntima unión entre la estática y la dinámica mediante el principal procedimiento de la comparación de órganos a través de la escala animal, cuyas diversas especies considera según el punto de vista fijista de Cuvier, mientras se declara contrario al evolucionismo de Lamarck.

Ahora bien. Si rige el principio de que cada función debe poseer un órgano que le sirva de asiento, ¿cuál es el órgano de la conciencia? Como no es dable encontrarlo, no puede existir una psicología científica. Únicamente la frenología de Gall cabe dentro del concepto científico así fundado, y Comte, aunque atenúa sus fantasías, adhiere tanto a sus proposiciones acerca de la topografía cerebral, donde cada región es el asiento de una función, como a su teoría de las facultades distintas e irreductibles entre sí.

La Sociología, término que le pertenece e introduce en el tomo IV, culmina la escala de la clasificación de las ciencias. Instalada en la cúspide, ella ejerce desde allí su soberanía. Viene para darle unidad y para fijarle un destino al estudio antes segmentario de los hechos reales. Según esta condición que contiene indudablemente un elemento fecundo y perdurable, tal vez el único de toda la producción comtia-

³² Ibid., lección 40.

na, la ciencia de la Sociedad así comprendida impide que las ciencias especiales perpetúen el carácter empírico que les fijaron los sabios. La Sociología es, pues, quien imprime el “espíritu de conjunto” a la nueva filosofía, que se propone “mantener un cierto orden político en medio del profundo desorden moral”³³ para lograr su objetivo de “consolidar los poderes actuales”.³⁴

Como lo hiciera para el caso de la Psicología, busca también en la Sociología los órganos y las funciones que determinan su objeto. Tiene la suerte de encontrar un conjunto de elementos que, según lo supone, no cambian, no evolucionan, y siempre permanecen idénticos a sí mismos. Son: la propiedad, la familia, el lenguaje y la correlación entre el poder temporal y espiritual. La “estática social” estudia esos elementos y la “dinámica social”, a través de la ley de los tres estados, no estudia las transformaciones, sino la forma en que la humanidad trató de organizar cada vez mejor esa estructura social siempre igual, absolutamente invariable en sus fundamentos orgánicos.

Por eso juzga como absurdos los planes elaborados por los filósofos del siglo XVIII, que quisieron modificar la organización social aboliendo la propiedad privada o suprimiendo la religión, y rechaza con profundo menosprecio cualquier doctrina que niegue así sea uno solo de los elementos que componen la base estática de la sociedad.

Comte creyó que, merced a sus descubrimientos, advendría a plazo breve el tercer término de la serie histórica, el último de los estados, el imperio del régimen positivo.

Pero la historia no obedeció.

Cuando Comte concluyó su *Curso de filosofía positiva*, habían transcurrido ya doce años desde el golpe de estado orleanista de 1830. La nación francesa se arruinaba, mientras los especuladores de las altas finanzas se enriquecían cada vez más fabulosamente. Aumentaba

³³ COMTE, Discurso sobre el espíritu positivo, pág. 138.

³⁴ Ibid., pág. 139.

la indignación popular contra las clases parasitarias y crecía la insurrección. Preludiaban los acontecimientos del 48.

¿Comenzaba esto último a inquietar el espíritu de Comte? ¿Empezaba a decepcionarse y a considerar insuficientes los medios previstos en 1830, cuando inició la publicación del *Curso*? ¿O acaso se presentaban las dos circunstancias a la vez?

Lo cierto es que en 1844 pronunció el célebre *Discurso sobre el espíritu positivo*, que determina la transición entre sus conceptos de la primera y la segunda etapa.

“Resume todo lo que su genio produjo hasta 1844 y contiene en germen todo lo que ulteriormente debía desenvolver”,³⁵ dijo Emile Corra en una presentación que fue publicada por el Comité Positivista Argentino.

Estamos ya asistiendo a la mutación. Oiremos hablar de la “sistematización de la moral” y de la “necesidad de un poder espiritual positivo”. Aparecerá el tema de la Humanidad como concepto de la enajenación de la sociedad; adquirirán nueva jerarquía los “sentimientos”, y oiremos hablar, con persuasión que no disimula la zozobra, a los proletarios, como clase “igualmente indispensable” que la de los “empresarios”.

Antes de contemplar todo el despliegue de la metamorfosis, es preciso que nos detengamos a sacar las conclusiones de su elaboración anterior.

¿Qué se desprende para la solución de los problemas fundamentales de la filosofía?

Entremos a la cuestión primaria y tratemos de definir su posición entre el idealismo y el materialismo. Luego nos ocuparemos del equívoco implicado en su pretendida lucha antimetafísica y, por fin, de su concepto del movimiento.

1) La calificación de “positivo” induce vulgarmente a confundir el positivismo con una concepción materialista. Este error grosero es muy fácil de desvirtuar.

³⁵ Ibid., pág. 11.

En la etapa que acabamos de analizar, Comte define el positivismo por cuatro caracteres, que son: realidad, utilidad, certidumbre, precisión. “Designa lo real por oposición a lo quimérico... así caracterizado por su constante consagración a las investigaciones verdaderamente accesibles a nuestra inteligencia”.³⁶ “Indica el contraste de lo útil con lo ocioso”, “la oposición entre la certidumbre y la indecisión”, opone “lo preciso a lo vago”.

No aparece el carácter de materialista, que además excluye en otras partes deliberada y violentamente, haciendo coro al uso peyorativo del término. No en vano se ocupará después, en la introducción al *Sistema de política positiva*, de “esclarecer la grave imputación que le atrae su indispensable preámbulo científico”,³⁷ y que, desgraciadamente, “el materialismo constituye un peligro inherente a la iniciación científica”.³⁸

En realidad, el cargo es injusto, ya que él mismo no incurrió, efectivamente, en tal aberración.

En el *Curso* se ocupó muy cuidadosamente de eludir la hipótesis de la unidad de la materia que acompañó al pensamiento científico desde su origen, y de negarle categoría de “positividad” a las teorías científicas que necesitan recurrir a hipótesis sobre la estructura interna de los cuerpos.

Es verdad que tampoco opta expresamente por el idealismo ya que, declaradamente agnóstico, dice que excluye por igual las hipótesis materialistas y espiritualistas o, en el mejor de los casos, se presta a realizar la conciliación entre ambas. En el *Discurso sobre el espíritu positivo*, decía que la ley de los tres estados “asegura la independencia

³⁶ Ibid., pág. 86.

³⁷ COMTE, *Système de politique positive ou traite de sociologie instituant la religion de l'humanité*. Tomo I, pág. 50.

³⁸ Ibid., pág. 50.

y la realidad de los diferentes elementos científicos, sin recurrir al materialismo, y la dignidad, sin recurrir al idealismo”.³⁹

“Satisfaciendo —dirá en el “Discurso Preliminar” al *Sistema*— todo lo que hay de legítimo en las pretensiones opuestas del materialismo y del espiritualismo, el positivismo las rechaza irrevocablemente a la vez, al uno como anárquico, al otro como retrógrado”.⁴⁰

Pero, ¿qué es su ley de los tres estados, sino una trivial concepción idealista de la evolución de la historia? ¿Qué es su clasificación de la ciencia, sino una ideal concepción de las esencias cuya jerarquía no hizo corresponder con ninguna evolución ideal de la materia? ¿Qué es, por último, la “naturaleza relativa” del positivismo, que se dedica a demostrar la “íntima dependencia en que todas nuestras condiciones propias mantienen inevitablemente a cada uno de nuestros estudios positivos”?⁴¹

¿Qué es, entonces, su sociología sino una arbitraria acomodación de conceptos para fundar los principios de una sociocracia que asegure el predominio de los industriales?

En su primera carrera Comte demuestra la oposición que existe entre la ciencia y la teología y “sostiene la imposibilidad de ninguna conciliación durable entre las dos filosofías”.⁴²

Pero nadie se engañe creyendo que se opone a las explicaciones teológicas para llevarnos por otro camino que conduzca a la explicación del origen y la realidad del mundo. Comte es agnóstico en la más neta acepción de la palabra; para él no es ni será nunca posible lograr una comprensión cierta del mundo y del hombre. Tal indagación imposible queda definitivamente excluida de la filosofía positiva.

Esta posición ¿determina algún vínculo entre Comte y el genial autor de la *Crítica de la razón pura*?

³⁹ COMTE, Discurso sobre el espíritu positivo, pág. 178.

⁴⁰ COMTE, *Système de politique positive*, pág. 52.

⁴¹ COMTE, Discurso sobre el espíritu positivo, pág. 49.

⁴² *Ibid.*, pág. 75.

Al referirse a Kant, dice Comte en el *Catecismo positivista*: “Su concepción fundamental no fue a veces sistematizada y desenvuelta, sino por el positivismo”.⁴³ Seguramente se refiere al aparente contacto que existe entre la “cosa en sí” del sistema kantiano y la “esencia” inaccesible de los fenómenos. Pero, al medir la distancia que existe entre las formas “a priori” que ordenan en su categoría los datos de la sensibilidad, y el sometimiento ciego que, en el positivismo, le imponen al pensamiento los órganos de los sentidos, resulta más lógico creerle a su “Prefacio” del *Curso*, cuando dice que “no ha leído jamás, en ninguna lengua, ni a Vico, ni a Kant, ni a Herder, ni a Hegel”.

2) Pronunciar el nombre de Comte ha sido, especialmente en nuestro país, algo así como desplegar una bandera antimetafísica.

Sin embargo, en la frondosa producción comtiana hay múltiples implicaciones metafísicas; en todas partes sobreviven los “entes”, contrariando la voluntad que Comte tuvo de aniquilarlos. A pesar de que repudia toda investigación sobre las causas y toda indagación sobre la sustancia, estas ideas persisten en su filosofía. Lucy Prénant⁴⁴ hace notar que en su filosofía de la historia subsiste la “idea de sustancia (la cosa que espera al movimiento) y de causa independiente de su efecto; en ese caso particular, la causa es la inteligencia”. El mismo carácter metafísico tiene su clasificación de la ciencia y la separación absoluta entre el interés especulativo y práctico.

Ello no obstante, menudean tanto los vituperios anti-metafísicos, agita tantas fórmulas en su contra, que es explicable el equívoco de la equivalencia que se ha establecido entre el comtismo y la negación de la metafísica.

Otras concepciones también rechazan la metafísica, pero le oponen las modernas teorías científicas sobre el origen y la evolución del

⁴³ COMTE, El catecismo positivista o exposición de la religión universal (versión castellana de N. Estévez), edit. Garnier Hnos., París, pág. 15.

⁴⁴ LUCY PRÉNANT, “Karl Marx et Auguste Comte” en A la lumière du marxisme. E. S. I., París, 1937, pág. 36.

mundo y del hombre, sobre la composición y el movimiento de la materia. Es eminentemente el caso del materialismo dialéctico que, además, toma como base las tesis de Marx sobre Feuerbach,⁴⁵ para encontrar en la “actividad humano-sensible práctica” y en la práctica revolucionaria la demostración consecuente de la existencia objetiva de la verdad.

Pero Comte aplica el calificativo de metafísico con preferencia, precisamente, a las hipótesis científicas. Metafísica son para él la astrofísica, la histología, las hipótesis mecánicas sobre las moléculas, el estudio sobre el origen de las sociedades humanas, las hipótesis sobre la evolución.

¡Y a qué ridículos extremos llegaron sus discípulos en esta cuestión! Ahora cabe solamente sonreírse con cierta piedad, al leer al positivista Hannequin, que sostuvo en sus teorías sobre el átomo que éste es una simple ficción del espíritu, una unidad leibniziana que solamente nos brinda la comodidad de imaginarnos de alguna manera la naturaleza de la materia. ¡He ahí la energía que es capaz de desprender la inexistente mónada ideal!

Pero, en honor a la verdad, digamos de paso que este error no es sólo imputable a los sucesores declarados del positivismo sino, en general, a todos los que, como ellos, permanecen aún bajo la influencia de las concepciones mecanicistas del materialismo científico-natural, sin proponerse resolver los grandes problemas filosóficos que plantean los nuevos descubrimientos de la física. Sabios como Bóhr y Heisenberg han llegado a creer, por este camino, que las partículas atómicas o microscópicas poseen “menor grado de realidad” que las macroscópicas. El sabio francés Paul Langevin ha criticado estos errores que derivan de la incapacidad de ver que el mundo físico es más rico que el abarcado por la física newtoniana y que el mundo recientemente des-

⁴⁵ MARX, Oeuvres philosophiques, Ed. Costes. París. 1938. Tomo VI. pág. MI.

cubierto trae verdades nuevas que requieren la elaboración de nuevas teorías, fundadas en una filosofía que sea capaz de plantear y resolver correctamente el problema del movimiento.⁴⁶

3) Aunque parezca paradójico y alguna vez se contradiga confusamente, el pensamiento de Comte excluye toda idea de evolución.

Es verdad que la ley de los tres estados contiene la idea de un cambio, de un proceso, de “un enlace homogéneo y continuo en la serie entera de los tiempos anteriores, desde el primer destello de la inteligencia y la sociabilidad, hasta el actual estado refinado de la sociedad”.⁴⁷ Es cierto que admite que las especulaciones están “subordinadas al conjunto de la progresión social, de modo que no pueden nunca comportar esta fijeza absoluta que los metafísicos han supuesto”.⁴⁸

Es también cierto que las grandes épocas históricas, hasta el advenimiento de la suya, cuya futura evolución no prevé, son consideradas cada una como “resultante de la precedente y siendo preparatoria de la siguiente según leyes invariables, que fijan su participación especial en la común progresión”.⁴⁹

Pero esa ley de evolución que aparece en la mente humana y penetra recién después en la materia social para hacerla progresar, es una forma teratológica de movimiento, que no se presenta como modo de existencia de la materia, sino que se realiza fuera de ella. Su estática y su dinámica son una materia sin movimiento junto a un movimiento sin materia, que esperan compenetrarse exteriormente.

¿Podría, acaso, aceptarse la apreciación de algunos autores, según los cuales sus antinomias de «orden y progreso», «armonía y movimiento», «dinámica y estática», «actividad y estabilidad», son los destellos de una concepción dialéctica, aunque oscura y mutilada?

⁴⁶ Véase A. A. MAXIMOV, Introducción al estudio contemporáneo de la materia y el movimiento, Edit. Futuro, Buenos Aires. 1946.

⁴⁷ COMTE, Cours de philosophie positiviste. Lección 57.

⁴⁸ COMTE, Discurso sobre el espíritu positivo, pág. 50.

⁴⁹ Ibid., pág. 114.

Tratemos de comprender qué representan los términos de esas combinaciones binarias. ¿Cada uno de ellos es, efectivamente, la tesis y la antítesis de una contradicción?

En las ciencias que desfilan a través de los seis tomos del *Curso*, la palabra orden se refiere a la estructura fija de todas las cosas. La positividad aparece cuando se produce el descubrimiento de la “invariabilidad” de las leyes naturales, que acusan “un orden completo de los grandes fenómenos”.⁵⁰

La *estática* comprende, en biología, el estudio de los órganos que componen los cuerpos vivos, y en sociología, los elementos siempre iguales que componen la sociedad. Estos hechos son estudiados y comprendidos por las leyes de armonía, que estudian la estabilidad.

¿A qué se refieren, por su parte, el progreso, la dinámica, la actividad?

Oponiéndose al “optimismo providencial” de la teología y de la metafísica, Comte reconoce que el orden real o espontáneo es imperfecto, ya que los seres naturales no están, “en cada caso, dispuestos de tal manera que permitan el cumplimiento de los fenómenos efectivos”.⁵¹

Este orden es susceptible de “cierta variabilidad”. De tal manera, el progreso, la dinámica, la actividad, deben corregir los hechos de la realidad que no se corresponden con el fin que determina el estado histórico que se atraviesa, pero siempre dentro del radio circunscripto de la variabilidad que ese orden admite. Más tarde, en el *Sistema*, lo dirá claramente, cuando asevere que para guiar su actividad el hombre necesitará conocer “la exacta apreciación de los diversos límites de variación propios a ese orden exterior, y también la de sus principales imperfecciones; esos datos generales son los únicos que permiten caracterizar y circunscribir nuestra principal intervención”.⁵²

⁵⁰ Ibid., pág. 54.

⁵¹ COMTE, Discurso sobre el espíritu positivo, pág. 83.

⁵² COMTE, *Système de politique positive*, pág. 32.

Las leyes de sucesión, en oposición a las de armonía, son las que permiten conocer la faz del progreso, de la dinámica, de la actividad. Aquí las leyes dejan de ser de explicación para transformarse en leyes de previsión.

Así como en matemáticas se oponía al estudio del cálculo de probabilidades y de los cambios, en sociología rechaza todas las “aberraciones antisociales”, todas las “utopías subversivas que hoy vemos acreditarse, ya contra la sociedad, ya contra la familia”.⁵³ No llega muy lejos el alcance de la previsión de las leyes comtianas. Solamente podremos prever con certeza y positividad, si nos sometemos al grado de modificabilidad y variedad que admiten los fenómenos y que, en el caso de la sociología, nunca conmueven la estructura estable de la sociedad, tal como ella está constituida.

¿A qué se subordina, entonces, la gran fórmula de «conocer para prever»?

Se trata, ciertamente, de prever las variaciones vinculadas a los intereses de su clase, para promoverlas, y las que “imperfectamente” se vinculan a las clases antagónicas, para evitarlas. “Esta nueva escuela necesita, ante todo, mantener en forma continua el orden material, interior y exterior”.⁵⁴ “Bajo estas condiciones naturales, la escuela positivista tiende... a consolidar los poderes actuales”.⁵⁵

Por eso Comte recuerda siempre, con persistencia tenaz, la solidaridad entre las ideas de orden y progreso. El orden es el que crea las condiciones del progreso, y no puede haber progreso si se desconoce el orden.

Para la nueva filosofía, el orden constituye sin cesar la convicción fundamental del progreso; y recíprocamente, “el progreso se hace el

⁵³ COMTE, Discurso sobre el espíritu positivo, pág. 120.

⁵⁴ Ibid., pág. 138.

⁵⁵ Ibid., pág. 139.

objeto del orden”, dice en el *Discurso*.⁵⁶ Después repetirá en el *Sistema*; “Orden es el conjunto de leyes que definen cada grado de la realidad y constituyen su condición fundamental”....”El progreso es imposible si intenta ir contra el orden, más todavía, es consecuencia del orden”.⁵⁷

¡Lejos estamos, pues, de los «momentos» del movimiento dialéctico hegeliano! ¿Tiene algo que ver con el ser y el no ser superados por la negación de la negación en el acto de la síntesis creadora, este progreso que debe subordinarse al orden, esta actividad que no puede violar la estabilidad?

¿Cómo se realiza, entonces, el movimiento que admite? ¿En qué forma se funda el historicismo de que se jacta?

Con el legado del materialismo fundado por Bacon y Locke, recibe la herencia del mecanicismo cartesiano, del que no supo ni intentó desprenderse. Eso es lo que explica que se detenga ante los obstáculos del indefinido, de la probabilidad, de la evolución de las especies y de las revoluciones en la historia.

El siglo pasado imponía a la filosofía la tarea de redimir a las ciencias, cuyo esplendor declinaba por la insuficiencia del método con que nacieron y crecieron, Pero, lejos de aceptar ese deber y ni siquiera de descubrirlo, Comte absorbió y asimiló las estrecheces del mecanicismo anacrónico que sofocaba el desarrollo de las ciencias.

Su teoría de la clasificación concebida como una torre de bloques verticalmente superpuestos, donde la función de cada uno consiste en sostener al que le sigue y en suceder al que le antecede; su agnosticismo y su método de la “comparación de los fenómenos” obstruyen el conocimiento del carácter peculiar de los hechos que comprende cada orden de la realidad y, menos aún, de descubrir los objetivos de cada ciencia y los métodos de investigación que le son propios.

⁵⁶ Ibid., pág. 107.

⁵⁷ COMTE, *Système de politique positive*, pág. 62.

Al disponerse a “ignorar en absoluto la naturaleza íntima de un cuerpo cualquiera”⁵⁸ se arraiga en el error fundamental del materialismo mecánico que ignoraba el juego de las contradicciones en el interior de la materia —interioridad y autodinámica que se presentan aun en sus grados menos evolucionados—, y extendía esta concepción a los mismos hechos de la vida. Comte va más lejos aún y de acuerdo al principio por el cual “cada categoría se funde con el conocimiento de las leyes principales de la categoría precedente”, extiende el criterio mecanicista hasta los mismos hechos de la sociedad.

En resumen, puede decirse que, aunque la primera etapa del pensamiento comtiano se vertebró sobre la columna del conjunto de las ciencias y en el afán de extender su dominio también al orden de los hechos sociales e históricos, es desde el comienzo, una maltrecha simbiosis de un idealismo a veces inconsecuente y a veces vergonzante, con las limitaciones del mecanicismo clásico y con un agnosticismo radical.

Sin embargo, a pesar de merecer una caracterización tan adversa, por encima de sus concepciones reaccionarias, tanto en filosofía como en política, flotan en la superficie con fulgores atractivos algunos conceptos que justifican la simpatía que ganaron las primeras obras comtianas en muchos hombres de ciencia y en algunos políticos progresistas.

Quedan sus declaraciones sobre la incompatibilidad de las concepciones positivistas con las teológicas y sus apostrofes de “huecos y estériles” aplicados a las generalizaciones metafísicas o a la búsqueda inútil de los primeros principios. No importa que al mismo tiempo hablara iracundo contra la Revolución Francesa y contra el protestantismo “disolvente” y exaltara los “inmensos servicios sociales del catolicismo”. Eso quedaba en el negativo de la placa, mientras se iluminaban con brillo inusitado sus prescripciones de subordinar la “ima-

⁵⁸ Ibid., lección 2.

ginación a la observación”: de hacer un “uso combinado del razonamiento y la observación”, de extender al orden social la capacidad de prever que poseen las ciencias, y el propósito de fundar una moral que comportara soluciones tan ciertas como las de la geometría.

Frente a la metafísica que había buscado inútilmente la quimérica imagen ideal del mundo en su totalidad, el positivismo se presentaba como una sana filosofía de “buen sentido” que defendía la lógica de las ciencias, y estimulaba el estudio de los hechos accesibles de la realidad.

Por último, se agregaban los méritos de su sociología unificadora, que venía a vincular los hechos de la naturaleza con los de la sociedad, y abría la esperanza de comprender el caos de la vida social de los hombres.

Además, la ciencia había estado hasta entonces vinculada al proceso histórico de la revolución. Y he aquí una filosofía que encontraba la manera de conservar sus derechos, a pesar de proponerse “consolidar los poderes actuales”. ¿No era prodigiosa esta ideología que se sentía capaz de salir al encuentro de la lucha de clases y ofrecía una forma de organización social donde todos podrían encontrar el medio de convivir felizmente, sin que los proletarios pretendieran más de lo que tenían ni los “empresarios” renunciaran a lo que poseían?

En el *Discurso sobre el espíritu positivo* hay una página donde Comte planifica la organización social, de tal manera que es una panacea para la burguesía liberal de su tiempo.

Cuando reproduzca su utopía en la segunda carrera, aparecerá vinculada a nuevos principios que permitirán comprenderla en toda su intención.

Segunda etapa: Religiosa

Al comenzar la segunda parte de la filosofía comtiana, se separan algunos de sus discípulos, encabezados por Littré y se establece la disidencia de los hombres de ciencia que aceptaron las sugerencias de la primera época del positivismo, pero que rechazaron con rubor los desvaríos religiosos de la segunda.

Sin embargo, impugnaron como a un renegado al segundo Comte quienes se atuvieron tan sólo a la letra de las primeras obras, y se dejaron confundir por el acento que en ellas prevaleció. En la segunda parte de su producción, el objetivo filosófico sigue siendo el mismo y su determinación histórica es igual, aunque son las variantes de esta última quienes imprimen el carácter nuevo a sus formulaciones.

En la “Conclusión total” del *Sistema de política positiva*, Comte mismo define el carácter de esta segunda parte de la evolución de su pensamiento: “Desde 1845 —dice—, yo había apreciado plenamente el conjunto de mi carrera, cuya segunda mitad debía transformar la filosofía en religión, como la primera había cambiado la ciencia en filosofía”.

Comte cierra el círculo y vuelve al punto de partida, estableciendo el contacto con el primer estadio, teológico, de la ley de los tres estadios. En su *Testamento*, además, aparece expresamente la reconciliación entre su Religión de la Humanidad con el monoteísmo católico.⁵⁹

El Sistema de política positiva o tratado de sociología instituyendo la religión de la humanidad, es la obra fundamental de este período. En su título hay una reminiscencia sansimoniana que nos retrotrae a los primeros trabajos donde Comte fijara el plan de su filosofía.

Comte define la política, como el arte que hace posible la intervención humana en la vida social, después del conocimiento “exacto de su marcha natural” y las modificaciones que pueden introducirse para disminuir los retardos, las incoherencias, las desviaciones. Esta definición podría ser aceptable si fuera tomada en general. Pero se subordina a su concepción de la estabilidad que ya hemos analizado anteriormente, y a la afirmación que él mismo hace en la segunda parte del “Discurso preliminar” al *Sistema*, donde interpreta el destino social del positivismo y afirma que viene para producir la “regeneración

⁵⁹ COMTE, *Testament* (avec les documents que s’y rapportent, etc.), publié par ses exécuteurs testamentaires, París, 1896, (Ver págs. 9 C, 16 G, 19 F, 23 G.

final” necesaria a la consolidación del orden que había trastornado la Revolución Francesa.

A cualquier precio quiere hacerse el intérprete de la “última media generación”, preocupada por consolidar el “orden” y realizar la “segunda parte de la Revolución”.

Como nunca, la voz de “orden” se extendía estruendosa y amenazante por Europa. En la *Nueva Caceta Renana*, después de la insurrección obrera de París, escribía Carlos Marx el 29 de junio de 1848: “¡Orden!, tal era el grito de guerra de Guizot; ¡Orden!, gritaba Sebastiani. . . ¡Orden!, gritaba Cavaignac, eco brutal de la Asamblea Nacional Francesa y de la burguesía republicana. ¡Orden!, tronaban con sus golpes de metralla despedazando los cuerpos de los obreros. Ninguna de las numerosas revoluciones de la burguesía francesa, desde 1789, fue un atentado contra el orden, porque cada una dejaba subsistir la dominación de clase, dejaba subsistir la esclavitud de los obreros, dejaba subsistir el orden burgués. . . Junio consumó un atentado contra ese orden.

Profundamente preocupado por contrarrestar las “tendencias disolventes” y por “consolidar la propiedad material”, dice Comte que “en un sistema que garantiza el progreso y compromete el orden, éste inspira naturalmente solicitudes preponderantes”.⁶⁰

Aquí se separan los términos de sus combinaciones. Lejos estamos de la preeminencia de los elementos dinámicos. El *Sistema* se propone investigar las condiciones, no del progreso, sino del orden; no de la dinámica, sino de la estática invariable. La práctica humana determinada por la política, resultará del descubrimiento de los medios para asegurar su predominio.

En el prefacio del *Catecismo positivista*, obra que en 1852 fue destinada a difundir el positivismo entre las masas populares, traducirá este punto de vista a términos políticos, de la siguiente manera: “Nosotros, sociócratas, no somos más demócratas que aristócratas...

⁶⁰ COMTE, *Système de politique positive*, pág. 71.

Durante los treinta años que duró mi carrera filosófica y social, yo he sentido un profundo desprecio por lo que se llama, bajo nuestros diversos regímenes, la oposición, y una secreta afinidad por cualesquiera constructores. Los mismos que querrían construir con materiales evidentemente usados me parecieron siempre preferibles a los puros demolidores”.⁶¹

No estamos tratando ya con el joven hostil a los Borbones, que se deslumbraba ante los éxitos que las ciencias habían alcanzado en el conocimiento de la marcha de los astros y de las relaciones entre los números. Ahora podemos oírlo renegar contra “los puntos de vista estrechos, la marcha demasiado analítica, el abuso del razonamiento, propio de nuestro régimen científico...”.⁶² Ahora lo veremos buscando otros caminos para cumplir el plan que, desde su primera juventud, determinó los objetivos de toda su vida,

En el *Discurso sobre el espíritu positivo* lo hemos oído hablar de la necesidad de “un poder espiritual positivo”, de la existencia de sentimientos que fundamentan la vida individual y social del hombre, de la necesidad del “espíritu de conjunto” y del concepto abstracto de humanidad; lo hemos oído hablar de la intervención “moral y espiritual” del proletariado, y de la necesidad de que cambie sus pretensiones a los derechos por la juiciosa aceptación de los deberes; de la sistematización de la moral, y de los inmensos servicios sociales del catolicismo.

De ese conjunto de conceptos saldrán los elementos que van a delinear sus soluciones definitivas.

“El espíritu orgánico que debe caracterizar la segunda parte de la Revolución —dice—, debe tener el eminente genio social de la Edad Media”.⁶³

⁶¹ COMTE, *Catecismo positivista*, pág. 5

⁶² COMTE, “Discours préliminaire sur l’ensemble du positivisme”, 5ª parte. *Système du politique positive*, pág. 275.

⁶³ *Ibid.*, pág. 90.

Ese espíritu orgánico y ese genio social se refieren a la nulidad del concepto individuo y a su absorción por una entidad social que se le impone desde afuera, según leyes y condiciones que su intervención no puede modificar. Comte se decidió francamente por la concepción según la cual la sociedad es una realidad trascendente a los individuos, que gravita sobre ellos como una poderosa y ciega fuerza a la que no pueden escapar. En el *Catecismo Positivista* hay un pasaje que expresa con elocuencia la fuerza coercitiva de una sociedad que se ha extrañado tan desmedidamente con respecto al individuo. En su diálogo con el sacerdote positivista, la mujer le dice horrorizada: “Me espanta mi nulidad personal ante esa gran existencia, cuya inmensidad me achica más de lo que hizo nunca la magnitud de ningún Dios”.

Comte se propone encontrar en la naturaleza humana las cualidades que permitan definir los medios para obtener la adecuación total del individuo a las exigencias de un poder de tal manera omnipotente.

Un indefinible “principio subjetivo” se abre paso en el “Discurso preliminar sobre el conjunto del positivismo”, y toda su primera parte está dedicada a encomiar la existencia de fuerzas oscuras que impulsan a la inteligencia a fijarle al espíritu —que “no puede ser indefinidamente revolucionario”— los límites que imponen las “cuestiones propuestas por el corazón”, y a descubrir la existencia de “instintos sociales” irreductibles al cálculo personal.

Exaltando “el dogma positivista de la universal preponderancia del corazón sobre el espíritu”, desarrolla una ética cuyos términos no son muy claros, pero que presenta el imperativo de un “impulso que es, sin duda, como cualquier otro, esencialmente ciego y necesita del auxilio de la razón para conocer los verdaderos medios de satisfacerse, lo mismo que la actividad se le hace necesaria para aplicarlos. . .”.⁶⁴ y “la afección domina a la vez la especulación y la acción”.⁶⁵

⁶⁴ Ibid., pág. 15.

⁶⁵ Ibid., pág. 15.

La razón queda reducida a una mínima parte en el conjunto total de nuestra naturaleza y su función consiste en dictarle al individuo los medios de subordinarse al imperioso ascendiente exterior.

Vamos quedando lejos del “ideal preponderante de la inteligencia”, es decir, “de nuestra humanidad sobre nuestra animalidad”, que había proclamado en 1844. Es que entonces independizaba la moral de cualquier teología y ahora ya ha evolucionado hacia una nueva religión.

Esta inteligencia que, por lo demás, nunca fue muy valorizada en toda la evolución comtiana, ha venido ahora definitivamente a menos. Su única función importante será descubrir la inmutable necesidad exterior, para comprimir las tendencias “discordantes” del egoísmo y asegurar el triunfo de las “disposiciones simpáticas” de la sociabilidad.

Pero Comte reconoce con desaliento que son pocos los espíritus capaces de distinguir la fatalidad de esa preponderancia de la sociabilidad.

Tendremos que “disponer nuestra existencia para sufrir lo mejor posible esas irresistibles condiciones generales”⁶⁶ y prepararnos para “una sabia resignación hacia todos los males verdaderamente insuperables”.⁶⁷

Del modelo feudal sacará Comte su inspiración para la reorganización política y para fundar la Religión de la Humanidad.

Comte disuelve de tal modo la existencia individual en la unidad social homogénea y omnipotente, que rechaza el sufragio universal. Mientras vitupera al parlamentarismo y execra la Constituyente, ¡cómo venera el “admirable instrumento político” de la Convención! Este cuerpo, había representado al pequeño “país legal” de la nación francesa, constituido por la pequeña masa de ciudadanos “activos” que eran contribuyentes de impuestos tan elevados como para quedar excluida hasta la pequeña burguesía acomodada. La inmensa masa de

⁶⁶ Ibid., pág. 31.

⁶⁷ Ibid., pág. 31.

ciudadanos “pasivos” debía soportar este poder que no había elegido y que le era completamente extraño y adverso.

Así vamos poniéndonos en camino de comprender el sentido de la utopía de Comte.

Aspira a crear una organización política que ordene adecuadamente al sexo afectivo, la clase contemplativa y la fuerza práctica —los cuales se corresponden con el corazón, la inteligencia y la actividad, que integran “la economía total de nuestro espíritu”— y que esté fundada no sobre la base de los derechos políticos que corrompen y disgregan, sino en el sentimiento del deber, que tiene sus raíces en la instintiva disposición a la sociabilidad.

La clase contemplativa que fuera el sacerdocio en la Edad Media, estará ahora constituida por los sabios; el sexo afectivo por las mujeres y la fuerza práctica está compuesta a la vez por los industriales y los proletarios, que para Comte se diferencian por un simple detalle de cantidad y densidad. Una es la “fuerza concentrada”, resultado de la riqueza, y la otra es “dispersa”, consecuencia del número.⁶⁸

Comte justifica y consagra expresamente la riqueza de un pequeño número; la humanidad les confía los tesoros materiales, “poderosos depósitos nutritivos”⁶⁹ que, en la continuidad asegurada por la herencia, garantizan el progreso. Este es el criterio fundamental que Comte opone a todas las utopías y teorías socialistas y comunistas. Se burla de su “materialismo”, que los induce a dividir la propiedad material y les recrimina que quieran mantener la propiedad privada de la producción intelectual, que él, autor de un sistema que contempla las más elevadas e ideales perspectivas humanas, tiende precisamente a colectivizar.

La clase concentrada de los “empresarios” se separa del proletariado, que es su correlativo en la llamada fuerza práctica, para cons-

⁶⁸ COMTE, Catecismo positivista, pág. 134.

⁶⁹ Ibid., pág. 135.

tituir el patriciado y hacerse dueña del poder temporal, ocupando el primer lugar en la jerarquía social que ordena la utopía.

Los sabios, representantes de la paradójica religión terrenal, reemplazarán, en su ejercicio, a los sacerdotes del ordenamiento medieval y estarán a cargo del poder espiritual. Ellos tendrán la misión de hacerle cumplir a la filosofía positiva su destino de poner en vigencia la “sociedad industrial”.

Pero este poder espiritual tratará de encontrar una base amplia y firme para sostenerse. Buscará su apoyo en las clases que hasta ahora no participaron en el gobierno de la humanidad. En primer lugar, apelará a los proletarios, haz restante de la fuerza práctica que quedó fuera del poder temporal, y luego recurrirá a las mujeres.

Ya en 1844 había hablado de la despreocupación material de los proletarios; para nada tienen ellos que ‘ocuparse en la administración de la riqueza o de la colocación y cuidado de capitales. Se dedican tan sólo a trabajos de dificultades y fines más circunscriptos y también, a diferencia de las clases ricas, no han sido inficionados por la Metafísica. Son una tabula rasa que —permítasenos la paráfrasis— nada tienen que olvidar. Por eso están en condiciones excelentes de recibir la educación positivista y transformarse en eficaces auxiliares del poder espiritual de los filósofos. Ellos pueden ser dignos asistentes de la “preponderancia temporal” y deben conformarse con ser eso y nada más. Comte ruega a los proletarios que abduquen de toda autoridad ilusoria y perturbadora. A ellos consagra todas sus invocaciones morales. Los previene contra los sucesores de Rousseau y los imitadores de Robespierre. Les implora que retiren su confianza a los “jefes indignos e incapaces”.⁷⁰

“L’amour pour autrui”, ampulosa divisa positivista, se reduce en la organización utópica de su sociedad a que se habitúe “cada uno a

⁷⁰ Ibid., pág. 75.

trabajar para otro”, como dice Bréhier,⁷¹ juicio que habría que rectificar diciendo que “se acostumbren los obreros a trabajar para los empresarios”.

El sistema mantendrá su organización si se desarrollan las tendencias altruistas, cosa que se obtendrá mediante la consolidación de la familia, por el desarrollo de la educación, el cultivo de las tendencias estéticas y el culto de la Religión de la Humanidad.

La mujer ofrecerá el sano impulso de sus sentimientos desde la unidad indestructible de la familia, que asegura la prohibición del divorcio y la reimplantación del mayorazgo. Ella no tendrá ninguna otra participación social, “recibirá el alimento de su marido” y, como lo reclama en la última Confesión de su *Testamento*, habrá que restablecerla en el lugar que ocupaba en la Edad Media, cuando fue objeto del culto caballeresco.

La religión, junto con la educación y el arte, serán las funciones reguladoras del poder espiritual.

La educación, que debía ser de base matemática y para dar “claridades de todo” en la primera etapa, debe ser de base estética, según sus nuevos postulados, porque el arte, que contempla la síntesis, es más apto para la inteligencia positiva dominada por la obsesión de la estructura unificadora.

La religión es, finalmente, el supremo factor de unidad entre los hombres. Comte se llama a sí mismo, el fundador de la “Religión Universal”, y emula a San Pablo y a Mahoma.

Todos los elementos irracionales que descubre al final de su vida, las verdades del corazón, el “principio subjetivo”, sustituirán a la fe cristiana en la adoración del Gran Ser, que equivale a Dios, de los Grandes Hombres, que representan a los santos, y de la Mujer, que reemplaza a la Virgen Madre. En su “conjunto de preceptos y reglas

⁷¹ E. BRÉHIER, *Historia de la Filosofía*. Trad. de D. Núñez, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1942. Tomo II, pág. 741.

reproduce Comte, por artificios más o menos hábiles, la mayoría de los dogmas del catolicismo”, dice Rene Hubert.⁷² Tampoco faltó, a cambio del *Index*, la lista de lecturas obligatorias ni los ritos cotidianos que debe observar un buen positivista.

Ahora bien: ¿cómo se cumplirá el pasaje desde esta sociedad caótica hasta la organización positiva?

Para efectuar “la reorganización final de las opiniones y las costumbres, única base sólida de la regeneración gradual de las instituciones sociales”,⁷³ Comte necesita solamente una oportunidad. Pero, ¿cómo lograrla? Entrevió la posibilidad de una dictadura transitoria cuando Luis Felipe usurpó el poder; se ilusionó con la República del 48. ¡Había llegado, por fin, con Luis Bonaparte, ahora que ya estaba concebida la nueva estructura social en todos sus detalles! Pero nunca fue comprendido, y el éxito no lo acompañó jamás.

La dictadura transitoria de “algunos eminentes proletarios” que halagaran y conformaran a los de su clase para hacerlos pasar voluntariamente a la etapa final bajo el comando de los industriales, fue la última de sus infructuosas fantasías.

Comte siente, siempre, inconcluso su sistema. Ansiosamente hace planes para ganar el poco tiempo que su vida le va dejando. Sólo desearía tener la longevidad de Fontenelle para realizar más y más.

Sin embargo, su sistema está bien acabado. La metamorfosis mudó la ciencia en religión, y la sabiduría —las “claridades”— en fe.

¿Por qué se produjo el cambio?

Sus biógrafos, y él mismo, aluden a su encuentro con Clotilde de Vaux, que ennobleció sus sentimientos sugiriéndole el sistema de religión. Pero, las implicaciones que aparecían ya en el *Curso de filo-*

⁷² R. HUBERT, Augusto Comte. Introducción a la selección de textos, publicada por la Editorial Sudamericana, Bs. Aires, 1943

⁷³ COMTE, “Discours préliminaire sur l’ensemble du positivisme”. Système de politique positive, pág. 79.

sofía positivista y más aún en el *Discurso sobre el espíritu positivo* invalidan esa explicación. Todo cuanto hay en la segunda parte de su producción es el desenvolvimiento y la afirmación de elementos que ya existían en la anterior. “Es preciso, pues, sentir que el verdadero espíritu positivo no está menos alejado, en el fondo, del empirismo que del misticismo”,⁷⁴ afirmaba en 1844, es decir, un año antes de conocer a la endiosada Clotilde. ¿Qué le impulsó definitivamente hacia el misticismo? Nosotros creemos que estamos en lo cierto si afirmamos que fue la Revolución del 48 en Francia y las luchas con que la clase obrera conmovía a los países más avanzados de toda Europa. Los hechos demostraban la existencia de una nueva clase revolucionaria de tal impulso, con tal carácter, que echaba por tierra la concepción de un tercer estado “positivo” que vendría a ordenar para siempre el régimen conveniente para la “sociedad industrial”.

Comte pudo tener o no conciencia del papel histórico que debía jugar esa clase, pero interpretó muy bien el que su propia clase quería hacerle desempeñar.

Su teoría sobre la insurrección es una imagen casi fiel de la actitud que a ese respecto asumió la burguesía liberal francesa en las revoluciones del 30 y del 48, Considera legítima la participación de “los proletarios”, “única fuerza devota e inquebrantable” de quien dependía la defensa de la República. Pero la posibilidad de que participaran en el gobierno que habían contribuido a crear le parecía una divagación monstruosa de la “metafísica dominante”. “No es que el pueblo no deba, cuando el caso lo exige, prestar su asistencia, aun material, al ejercicio especial de la autoridad temporal. Lejos de ser anárquica, de ninguna manera esa intervención subalterna constituye, evidentemente, una garantía indispensable a todo régimen normal”. . . “Pero toda participación directa del pueblo en el gobierno político, para la decisión suprema de medidas sociales, no puede convenir en la época

⁷⁴ Ibid., pág. 51.

moderna, más que a una situación revolucionaría. Extendida al estado final, se haría necesariamente anárquica...”.⁷⁵

Es la trasposición teórica de lo que ocurrió en Francia entre los años 1848 y 1851.

En febrero, y dirigida por los heroicos obreros de París, tuvo lugar la violenta convulsión que derrotó a Luis Felipe. El gobierno nacional que surgió estaba integrado por todas las fuerzas opositoras que actuaban bajo la dirección de la burguesía industrial.

En mayo surgió la Asamblea Constituyente merced al sufragio universal, que se puso en práctica por primera vez; ella dio lugar a las memorables sesiones por las cuales la burguesía industrial tomó la iniciativa de expulsar a los obreros, y después reprimió violentamente la insurrección que en junio estalló como réplica. Es cierto que pagó cara su provocación contra la Montaña, cuando en 1849 debió caducar ante la dictadura parlamentaria de los legitimistas y orleanistas y, en 1851, ante el golpe realista de Luis Bonaparte. Contra ellos no supo ser tan enérgico como contra los obreros de París. Al contrario, el mismo Comte, en el *Llamado a los conservadores*, que publicó en 1855, cae en la cuenta de que hay casos en los cuales —en última instancia— puede apelarse legítimamente al recurso del poder de la realeza.

Muchos años habían pasado ya desde que los obreros de Francia habían aceptado sumisamente su exclusión de la Convención burguesa. Muchos años habían pasado también desde que los obreros de los suburbios de San Antonio postularon humildemente el derecho de pagar impuestos para poder votar. Ahora, en todas partes, en Inglaterra, en Francia y en Alemania, comenzaban a reclamar ruidosa y combatiivamente sus derechos políticos.

La utopía comtiana no es, pues, ajena a su tiempo.

Augusto Comte no sacó de su propia cabeza la beatífica alianza de los proletarios con los filósofos, es decir, con los positivistas, es de-

⁷⁵ Ibid., pág., 135.

cir, con los directores espirituales del estadio industrial. Desde cierto punto de vista puede considerarse que expresa la vinculación que la lucha contra los legitimistas y los orleanistas creó entre la burguesía industrial y el proletariado; pero, por otra parte, el papel que les asigna a los filósofos —que se comprometen a resolver amigablemente las divergencias entre el capital y el trabajo— y su ansiosa invocación a los obreros para que desechen toda pretensión al poder político poseen también raíces históricas fáciles de descubrir.

Contemplada desde ahora la dictadura transitoria de “los “eminentes proletarios”, analizando ese poder espiritual que tiende a coordinar las relaciones entre las fuerzas patronales y las obreras, oyendo su ingenuo y ficticio lenguaje de persuasión cada vez que alude y se dirige a los obreros, se nos ocurre pensar que también su utopía pudo ser modelo de las diversas variantes del nazismo y del fascismo que precedieron la última gran guerra. Por algo la *Acción Francesa* reivindicó a Augusto Comte, que fue vivamente admirado por Charles Maurras, el más encumbrado teórico de los fascistas franceses.⁷⁶

Y en cuanto a la religión de Comte, si debiéramos aceptar la influencia del amor de Clotilde de Vaux, ¿cuáles fueron las Clotildes que sugirieron otras tantas creaciones religiosas en toda la Europa convulsionada por la rebeldía de las masas populares? Refiriéndose a ese período, dice Federico Engels: “No le quedaba otro recurso a la burguesía francesa y alemana, que abandonar silenciosamente su librepensamiento. . .”

“Los burgueses franceses guardaban vigilia el viernes, y los burgueses alemanes escuchaban, transpirando sobre sus sillas en la iglesia, interminables sermones protestantes. No estaban más de acuerdo con el materialismo. “*Die Religion muss dem volk erhalten werden*”:

⁷⁶ Véase PAUL LABERÉNNE, «Efficacité politique et sociale du positivisme et du marxisme». A la lumière du marxisme. E.S.I., París, 1937, tomo II, pág. 113.

es necesaria una religión para el pueblo, solo y único medio para salvar a la sociedad de la ruina completa”.⁷⁷

Comte comenzó buscando el camino de la ciencia “para salvar de la ruina a la sociedad”, es decir, para evitar la insurrección de las masas que luchaban por sus derechos y para contener la marcha de la historia, que inevitablemente le reservaba un destino adverso a la burguesía otrora triunfante.

Pero fracasó, porque la ciencia no sirve nunca a la causa de la reacción. Su desarrollo, su propio progreso, está vinculado inevitablemente a la causa del porvenir.

Tienen razón por eso los que creen que el cambio de la ciencia por la religión no significa una ruptura en la unidad del pensamiento comtiano. Al contrario. Esa unidad está mantenida desde sus trabajos de la juventud, por la trama del objetivo que procuraba siempre encontrar los medios para consolidar el orden bajo la dirección de una clase. Para ser consecuente con ese fin debió cambiar la ciencia por la religión.

⁷⁷ ENGELS, “Le matérialisme historique”. Études philosophiques. E. S. L., París, 1938, pág. 126.

Carácter del positivismo inglés

No vamos a tratar a un discípulo ni a un colaborador de Comte, ni tampoco a un continuador de sus doctrinas.

Ante los desbordes de los panegiristas del autor del *Curso de filosofía positivista*, que veían discípulos suyos en todas partes, Spencer aclaró, refutando una publicación de Augusto Langel que apareció en la *Revue de Deux Mondes*: “Del mismo modo que estoy de acuerdo con Comte sobre sus doctrinas fundamentales que son nuestra herencia común, estoy enteramente en desacuerdo con él en los principios que fundamentan su propia filosofía y que determinan su organización”.⁷⁸

Es decir, que Spencer aceptaba coincidir con Comte sólo y precisamente en lo que no le era privativo.

Pero, aceptando que Herbert Spencer no fue discípulo de Comte y que se oponen en la solución de numerosos problemas, no es difícil encontrar analogías y hasta superposiciones en muchos temas y puntos de vista, aun en los que Spencer exhibe para demostrar las divergencias que existen entre ambos.

Y si en los mismos no hubo inspiración de Comte, es la historia de Inglaterra la que debe dar la explicación, tanto de los puntos de vista comunes como de las soluciones diferentes.

En 1843, Spencer había concebido ya lo más importante de sus planes, que aparecieron esbozados en su *Estática Social* y, mejor aún,

⁷⁸ SPENCER, “Pourquoi je me separe d’Auguste Comte”. *Classification des sciences* (traduit par F. Réthoré), París, 1888, pág. 110.

en la primera expresión de sus *Principios de Psicología*, publicados en 1855. Pero recién en 1862 comienza a desarrollar su “programa de filosofía sintética”, que lo ocupó durante tres décadas.

Empleó los diez primeros años de su producción en ensayos políticos, económicos y filosóficos que expresaban las influencias de la filosofía alemana, recibida indirectamente en su frecuentación de Carlyle y Coleridge. Inspirados en el romanticismo, éstos descubrían, en la sociedad tanto como en la naturaleza, una suerte de fuerza misteriosa que evolucionaba por la acción de una vida íntima e inconsciente, según una ley eterna e invariable para todos los tiempos. Justificaban con esa tesis una postura conservadora; criticaban a la burguesía para exaltar apoteósicamente a la Edad Media y su jerarquía de nobles. El ingeniero Spencer se impregnó de tal manera de esos conceptos, que siempre persistieron en sus elaboraciones posteriores. Elementos del romanticismo se mezclaron con los conocimientos de su cultura básicamente naturalista y matemática, e imprimieron a su filosofía una heterogeneidad a veces incomprensible, a veces contradictoria.

En Inglaterra, pues —tal como había ocurrido en Francia con la Filosofía romántica de la Restauración—, la filosofía antiburguesa de los reaccionarios le sugiere al positivismo sus planteos fundamentales para resolver las preocupaciones que nacen de los significativos hechos de su época.

La larga vida de H. Spencer —nace en 1820 y sigue produciendo hasta que su vida se extingue en 1903— abarca el proceso de la transformación del capitalismo en imperialismo.

Diversos autores encuentran en la filosofía de Spencer una desarmonía inexplicable. Pero tal vez podría descubrirse su causa si se comprendiera que la construcción de su sistema, que se produjo por estratificaciones sucesivas y con elementos muy diferentes entre sí, responde al propósito de justificar aquel proceso histórico. En efecto, su hipótesis de la concentración y disolución justifica, expresamente, la concentración de la producción y de los capitales que comienza a

desarrollarse en su país y, posteriormente, al asimilar de la hipótesis darwiniana de la evolución, su ley del triunfo del más apto, la adapta al hecho del nacimiento de los monopolios que la burguesía deseaba presentar como la demostración de la estabilización definitiva del capitalismo y del equilibrio social.

Empieza a escribir en la etapa más característica de la historia de la lucha de clases en Inglaterra, cuando se develaban tumultuosamente las contradicciones existentes entre el proletariado y la burguesía industrial.

1842 es el año en que aparece el primer ensayo de Spencer en *Nonconformist*.

1842 es el año en que, a través de la petición que el movimiento Cartista eleva a la Cámara de los Comunes, se define el carácter ya independiente del movimiento obrero inglés, que atribuía las desgracias sociales de su país, recientemente conmovido por la crisis, a la “existencia de los monopolios”. Veinte años después, es decir, cuando Spencer comienza, en 1862, a desarrollar lo fundamental de su producción, Inglaterra gozaba ya de todos los privilegios conquistados en la famosa “quinta década”. Era la primera nación en el dominio del mundo. Su revolución industrial le había permitido eliminar de la competencia a sus rivales, y concentrar la mayor parte del mercado de todo el globo terrestre, desde Europa hasta América y Asia.

En el interior, también la burguesía industrial logró eliminar a las clases que habían coparticipado del poder. No se trataba solamente de la aristocracia financiera y de los terratenientes, sino que también doblegó al heroico y poderoso movimiento obrero inglés. Gracias a las superganancias obtenidas en las colonias y a la aristocratización de algunos sectores obreros, el antes belicoso movimiento cartista dejaba de lado a la inmensa masa de proletarios que en Inglaterra padecía la más espantosa explotación, y desembocaba en el apacible y sosegado cooperativismo sindical burgués. “La más burguesa de todas las naciones —le escribía en 1858 Engels a Marx— desea aparentemente,

en último análisis, tener al lado de la burguesía, la aristocracia burguesa y el proletariado aburguesado. . .” “. . . para una nación que explota al mundo entero esto es, en realidad, hasta cierto grado, natural”.⁷⁹

Spencer representa en Inglaterra, con más claridad, a la misma clase cuyos ideales expresaba en Francia Augusto Comte.

Pero Comte asistía en el continente, al final de su vida, a la claudicación de la burguesía ante Luis Bonaparte; y sus sueños de unificar al mundo desde París se desvanecían ante los éxitos de Inglaterra.

Spencer, en cambio, pudo observar el triunfo pictórico de su clase.

¿Cuál es el problema que en primera instancia preocupa a Herbert Spencer en 1862?

En la segunda parte de su obra básica *Los primeros principios*, donde busca dar su propia definición de la filosofía, se descubre una frase que es quizás su piedra angular. “Los discípulos de Schelling, de Fichte y de Hegel —dice— se unen para burlarse de la doctrina que lleva aquel nombre (filosofía) en Inglaterra”.⁸⁰

Aun cuando dice que “los ingleses podrían desechar como absurda la filosofía fantástica de las escuelas alemanas”,⁸¹ Spencer les da parcialmente la razón. Sin embargo, la todopoderosa Inglaterra no podía aceptar semejante subordinación. Ella debía elaborar su propia filosofía, con una dignidad que estuviera al nivel del desarrollo económico y político de su país.

¿Lo conseguirá Spencer? Para eso tendrá que remontar casi doscientos cincuenta años de la historia del pensamiento de su país.

Dice Marx que antes del escepticismo de Bayle, que produjo la descomposición en los grandes sistemas metafísicos del siglo XVII,

⁷⁹ A. EFIMOV y N. FREIBERG, *Historia de la época del capitalismo industrial*. Edit. Problemas, Bs. Aires, 1941, pág. 165.

⁸⁰ SPENCER, *Los primeros principios*. Traducción de José Andrés Iruete, Madrid, pág. 113.

⁸¹ *Ibid.*, pág. 113

surgió en Inglaterra otro sistema antimetafísico de carácter afirmativo. Se refería,⁸² al materialismo fundado por el canciller Bacon, que fue acogido después en el continente a través del *Ensayo* de Locke, y consagrado a su vez por Voltaire.

Para equipararse a las dimensiones de los sistemas con quienes Spencer compara a la filosofía inglesa tendrá, pues, que rehacer lo que disgregaron sus propios antepasados y se propone crear una metafísica. No hay que creer que para conseguirlo se apartará de la tradición filosófica inglesa. Después de haber sido tan victoriosamente puesta a prueba la “filosofía eficaz” (*Effective Philosophy*), Spencer no iba a renunciar a su poder.

Retoma la histórica lucha entre el materialismo y el idealismo, que bajo la forma de disputa entre ciencia y religión estaba implicada en cada sistema de la filosofía inglesa, y lejos de limpiar la producción de Bacon de sus inconsecuencias teológicas o de eliminar al Dios geómetra y arquitecto de las explicaciones mecánicas que sobre el universo hacía Newton, Spencer legitima primero la coexistencia de la ciencia y la religión, y da las condiciones para una metafísica que fundamente a ambas de manera igualmente válida.

Las condiciones en que se realizó la revolución burguesa en Inglaterra permitieron que subsistiera tamaña inconsecuencia a través de los siglos. La religión protestante sirvió de disfraz a la burguesía para realizar la revolución en Inglaterra y después, cuando ésta desembocó en una compromiso burgués-terrateniente, sirvió la religión otra vez para mantener la explotación de las masas productivas de la nación. Los filósofos se consagraron apoteósicamente al renacimiento de las ciencias porque ellas favorecían el desarrollo de la revolución industrial, pero no rechazaban del todo la religión, que también prestaba sus servicios a la burguesía en su lucha por el poder.

⁸² MARX, La sainte famille. Oeuvres philosophiques. Edit. Costes. París, 1928, pág. 228.

Spencer llega, precisamente también, cuando nuevos hechos históricos reclaman el auxilio de la religión. Hacia los fines de la cuarta década y en los comienzos de la quinta, la burguesía tomaba en todas partes fuertes medidas de represión contra los movimientos que trastornaban el continente europeo. En Inglaterra, después de haber sido doblegado el movimiento cartista, se imprimieron más libros religiosos que nunca y se dio salvoconducto a cuanta secta o nueva variante de religión quisiera circular, así fuera originaria de Inglaterra misma, importada de América o de cualquier otra parte del mundo. Por eso Spencer afirma en su capítulo “Reconciliación” de *Los primeros principios*, que “hay una verdad fundamental, por desfigurada que aparezca, en todas las formas de religión”⁸³ y que “los elementos concretos en que cada creencia encarna su fondo de verdad”. . . “sirven para dar realidad e influencia sobre los hombres a lo que, sin ellos, no lo tendría”.⁸⁴

Spencer observa que la ciencia y la religión se habían tratado recíprocamente como enemigas. La religión, porque veía que se avasallaban de más en más sus dominios a medida que la ciencia progresaba en los conocimientos de la realidad. La ciencia, porque se creía con la fuerza y la capacidad necesarias para reemplazar totalmente a la religión. Por eso —dice— “nos proponemos coordinar las convicciones, en apariencia opuestas, que representan la religión y la ciencia”.⁸⁵

Se propone descubrir un elemento común a ambas que pueda establecer el vínculo necesario para la reconciliación. Comienza por buscar las “últimas ideas de la religión” y encuentra que se refieren a las respuestas que da el hombre al eterno problema que plantean el origen y la naturaleza del universo. Cualesquiera que sean las ideas que el hombre se forje al respecto, ya sea creando hipótesis panteístas,

⁸³ H. SPENCER, *Los primeros principios*, pág., 108

⁸⁴ *Ibid.*, pág. 109.

⁸⁵ *Ibid.*, pág. 24.

ateístas o teístas, hay un hecho común entre todas, y es la necesidad de admitir de manera inevitable la existencia en sí de una realidad que es el universo, que debe ser infinita en el tiempo y en el espacio, total, completa y omnipotente, so pena de admitir la existencia de otra realidad exterior a ella que la determine y que no tenga causa. Pero sí algo hubiera sin causa, se entraría en contradicción con las hipótesis del mecanicismo.

Ahora bien. Todas las religiones son teorías a priori del universo. Reconocen que el mundo es un misterio que necesita explicación, y que todas las creencias en ellas implicadas siempre contienen algo de verdad. Spencer analiza la evolución de las religiones desde que es posible el pensamiento”.⁸⁶ El pensamiento es solamente capaz de establecer relaciones y no puede nunca penetrar el enigma del contenido interno de la realidad.

Hasta aquí, Spencer se manifiesta tan agnóstico y relativista como Comte que a este respecto tenía, por su parte, una lejana y confusa reminiscencia kantiana.

Pero más tarde, a pesar de haber afirmado que “toda filosofía que pretenda ser ontología es falsa”,⁸⁷ fundaba una hipótesis de lo absoluto para resolver el problema que plantea la Potencia incognoscible de la religión, y el infinito incomprensible de las entidades manejadas por la ciencia. “Cuando negamos que se puede conocer su esencia —dice— admitimos tácitamente su existencia, y eso prueba que lo absoluto está presente al espíritu no como nada, sino como algo”.⁸⁸

En la “existencia positiva de lo absoluto” encuentra, pues, el medio para reconciliar la ciencia con la religión, circunscribiendo las esferas de sus respectivas influencias. La ciencia abandonará su pretensión de explicar lo incognoscible y se limitará a conocer lo próximo y relativo,

⁸⁶ Ibid., pág. 69.

⁸⁷ Ibid., pág. 113

⁸⁸ Ibid., pág. 79.

mientras que la religión contemplará el misterio de lo absoluto. Cada una ocupará uno de los polos opuestos de la conciencia, y así “reinará entre ambas una paz perpetua”.⁸⁹ La filosofía queda, así, desalojada “de la mayor parte de los dominios que se creía pertenecerle”.⁹⁰ Pero el mismo Spencer no será siempre fiel al principio contenido en tan regocijada afirmación.

Mientras las ciencias estudian las verdades- aisladas y personificaban las potencialidades del universo en las creencias primitivas y en las religiones politeístas, hasta las más modernas formas de las religiones monoteístas y hasta los últimos progresos de la teología para la cual “un Dios cognoscible no sería Dios”. El misterio de la religión conduce, pues, a una conclusión fundamental, que dará la base para la buscada reconciliación: “la potencia, causa del universo, es, para nosotros, incognoscible”.

Del mismo modo analiza “las últimas ideas de las ciencias”, es decir, el espacio, el tiempo, la materia, el movimiento.

Spencer admite la existencia objetiva de esas “entidades”.

Afirma y repite su “creencia en la realidad objetiva; creencia que la crítica metafísica no puede hacer vacilar ni un momento”.⁹¹ Pero del mismo modo demuestra que así como el espacio y el tiempo son absolutamente incomprensibles, también lo es la materia y el movimiento en su última esencia.

Hasta ahora, en todas las tentativas por explicar la realidad a que se refieren las últimas ideas religiosas y científicas, se ha llegado siempre a conclusiones negativas, es decir, se ha aceptado que la realidad no puede ser conocida. No es posible comprender ni imaginar lo que es infinito e ilimitado. El hombre no posee siquiera “condiciones” para pensarlas ya que, por “lo mismo que un águila ni puede volar fuera de la atmósfera

⁸⁹ Ibid., pág. 97.

⁹⁰ Ibid., pág. 115

⁹¹ Ibid., pág. 84.

que la sostiene, el espíritu humano no puede salirse de la esfera limitada en la cual y por la cual, exclusivamente, sin integración, la filosofía debe estudiar el conocimiento en su mayor grado de generalidad. El saber que ella ofrenda, y que nunca excede la capacidad de los seres humanos, no realiza la abstracción de los conocimientos científicos, sino que solamente unifica el conocimiento adquirido por las ciencias especiales. Pero además de ese papel de simple generalizadora de nociones particulares, la filosofía explica cómo se rige el fondo irreductible de las cosas que queda como “residuo del pensamiento” y que se nos impone de manera negable. Para ello recurrirá a su principio de la “persistencia de la fuerza”. La realidad toda es una manifestación de esa fuerza.

Carlyle no había abandonado completamente a Spencer. La intuición del desarrollo espontáneo de su actividad interior de la materia que se había instalado en el ánimo del joven Spencer, subsiste en el maduro hombre de ciencia. Pero el sensato descendiente de materialistas del siglo XVII, debía hallarle una justificación en la experiencia del mundo sensible de la con nulidad del movimiento, y de “la aptitud siempre de la materia para producir ciertos efectos”.⁹²

En el principio de la equivalencia mecánica del calor encuentra las sugerencias para la explicación puramente física de una concepción que antes era casi divina y providencial.

Spencer precisa su concepto de la evolución según su ley que requiere la correspondencia entre la consolidación progresiva de la materia con la disminución movimiento interno, mientras el incremento del movimiento requiere desintegración o difusión de la materia “La evolución es, pues, en su forma más general sencilla: integración de la materia, acompañada de disipación de movimiento; la disolución, por el contrario es absorción de movimiento y desintegración a la vez, de la materia”.⁹³

⁹² Ibid. pág. 166.

⁹³ Ibid., pág. 251.

Bajo la influencia de la fisiología de Blainville, Comte había dicho también que la vida puede definirse como un doble movimiento de composición y descomposición o, en otras palabras, de absorción y exhalación.

Spencer declara que para formular su principio se inspiró, indirectamente, en las investigaciones embriológicas de Harvey, según las cuales todo desenvolvimiento orgánico consiste en el pasaje del estado de homogeneidad al estado de heterogeneidad. Pero, fundamentalmente, extrajo de los conceptos corrientes, todavía conmovidos de la mecánica —en particular de la teoría de la conservación de la energía—, un principio que hizo universal, extendiéndolo a todos los dominios de la realidad natural y también social.

Demuestra la certeza de su principio apoyándose la hipótesis nebular, según la cual el proceso parte una masa incoherente, difusa y de gran extensión, hasta que se concentra, gradualmente, perdiendo velocidad. En el mundo orgánico, el crecimiento de un vegetal se opera porque concentra en sí elementos gaseosos difundidos en gran extensión, y produce fenómenos secundarios de integración en partes distintas, que a su vez establece combinaciones entre sí.

Sería muy largo seguir a Spencer repasando toda serie de organismos vegetales y animales para corroborar su ley mecánica de la evolución. Pero, así como el estudio de las leyes científicas le sirve a Comte solamente de preámbulo para comprender el mecanismo del orden social, éste es para Spencer el verdadero laboratorio experimental de sus hipótesis, porque “aunque los fenómenos, de ese orden estén ya bosquejados en los organismos inferiores, no se manifiestan sino en las sociedades humanas”.⁹⁴

Los “cambios integrativos” se operan más o menos de la siguiente manera: En las sociedades salvajes, se unen familias numerosas para formar una tribu; luego las tribus más débiles se integran en las más

⁹⁴ Ibid., pág. 278.

fuertes por el sometimiento de los respectivos jefes al jefe vencedor. Sigue después el proceso de absorción de los vasallos en los señores y la subordinación de los nobles inferiores a los duques y condes, y después el sometimiento de todos al poder real. Así, sucesivamente, se integran las antítesis en feudos, éstos en provincias y luego en reinos, hasta la unificación de los reinos en imperios. “Si consideramos las naciones europeas como formando un todo, en su tendencia a formar alianzas, más o menos duraderas... en la supresión de las barreras comerciales que facilitan las comunicaciones, vemos los principios de una federación europea, es decir, de una integración mucho más vasta que las existentes”.⁹⁵

Esos procesos son mucho más acentuados bajo el régimen industrial, donde se producen espontáneamente, como simples integraciones físicas. Veamos en la siguiente transcripción, el largo alcance de esta inocente teoría de la integración de la materia: “Hay integraciones consecutivas, que provienen del simple incremento de las partes vecinas que desempeñan funciones análogas, como, por ejemplo, la unión de Manchester con sus arrabales, que fabrican las telas de algodón. Otra integración se verifica cuando, en vez de varias manufacturas de una mercancía, una sola monopoliza la fabricación, atrayendo a todos los obreros, y haciendo a las otras decaer y cerrarse, así los distritos de Yorkshire, donde se fabrican paños, se pueblan a expensas de los del oeste de Inglaterra; así el Strassfordshire absorbe las manufacturas de alfarería”, etc., etc..⁹⁶ “Otras combinaciones industriales consisten no en la aproximación o fusión de partes, sino en el establecimiento de centros que sirven de unión a esas partes, ejemplo: las oficinas de liquidación de la Banca, y los ferrocarriles. . .”.⁹⁷

⁹⁵ Ibid., pág. 279.

⁹⁶ Ibid., pág. 280.

⁹⁷ Ibid., pág. 280.

Bien. Pero, ¿acaso ese movimiento de “agregación y dispersión”, de “evolución y disolución”, se realiza de un modo dialéctico, como consecuencia del conflicto de los contrarios, jalonándose por crisis periódicas que producen un cambio cualitativo de la materia, para dar lugar a un hecho nuevo, diferente de aquellos en cuya lucha se originó?

No, de ninguna manera. Tal vez puedan inducir a error algunas referencias a los “estados antitéticos del espíritu” o su afirmación por la cual “de la fusión de ideas antagónicas que tienen una parte de verdad cada una, nace siempre un desarrollo superior”.⁹⁸

Esta fusión, que se realiza por movimientos y contramovimientos que son el efecto de la integración de materia con el deshecho de otra materia que se desintegra, se realiza de manera suave, para impedir que el progreso “tome demasiado rápido curso”.⁹⁹ Uno de los aspectos más criticables en la producción de Spencer consiste en que rechazó lo más revolucionario de Darwin, de cuyo transformismo desechó deliberadamente su concepción de la crisis. Se apropió tan sólo de su principio de adaptación según el triunfo del más fuerte y lo combinó con la ley de evolución que —sobre el fondo de las sugerencias del romanticismo y con elementos tomados de la mecánica— ya había elaborado hacía varios años. Con ello trataba de obtener, en el orden vital y social, el equilibrio de las “acciones exteriores” con las “interiores”.

De acuerdo con ese principio —que introdujo especialmente en sus *Principios de biología*—, a medida que más se asciende hacia las formas superiores de la vida, se hace más posible la correspondencia entre las acciones fisicoquímicas interiores, con las acciones que produce el medio exterior. Los cambios que constituyen la vida son el resultado de la lucha entre las fuerzas exteriores, que imponen sus condiciones, y las interiores, que tratan de adaptarse. De acuerdo con el transformismo darwiniano, el resultado se determina por la supervi-

⁹⁸ Ibid., pág. 24,

⁹⁹ Ibid., pág. 107.

vencia del más apto, y lo óptimo sería obtener en el mundo orgánico un estado de equilibrio análogo al de los cuerpos inorgánicos. El ingeniero acostumbrado a buscar las condiciones de equilibrio encontraba una nueva justificación científica para mantenerse fiel a Carlyle, que solamente juzgaba inteligente la condición de encontrar las leyes inmodificables de la historia y adaptarse a ellas.

En la obra spenceriana se encuentran alusiones constantes a la necesidad de permitir el libre juego de las fuerzas conservadoras y las del progreso, porque “sin el libre juego de esas dos fuerzas, no puede producirse la serie de readaptaciones necesarias para la regularidad del progreso”.¹⁰⁰

Para Spencer, representante de la burguesía monopolista inglesa que triunfaba sin obstáculos en su actividad internacional, la ley del triunfo del más fuerte era tan inobjetable como la teoría de la concentración y disolución de la materia. Su seguridad de que era posible lograr el equilibrio entre las fuerzas opuestas y enemigas de la naturaleza o de la sociedad, debía ser inconmovible cuando la burguesía inglesa, en medio de la borrascosa lucha de clases que azotaba a Europa, había conseguido estabilizar sus privilegios.

A pesar de su debilidad en lo que concierne al concepto gradualista de la evolución, que después de Darwin ya significaba un imperdonable retroceso, es necesario reconocer el alcance progresista de su clasificación de las ciencias, en cuanto acepta la acción recíproca entre el desarrollo de las ciencias abstractas y concretas, y las abstracto-concretas. Spencer discute la filiación lineal de las ciencias establecida por Comte y le opone la suya de la siguiente manera: “Desde el principio, las ciencias abstracto-concretas y las ciencias concretas han progresado conjuntamente: las primeras resolviendo los problemas planteados por las segundas y desenvolviéndose solamente por la solución de esos problemas; las segundas, desenvolviéndose también,

¹⁰⁰ Ibid., pág., 110.

para concurrir con las primeras a la solución de los problemas planteados por las terceras”. “Durante toda la duración de su progreso, hubo acción y reacción continua entre las tres grandes clases que ellas forman, progreso de los hechos concretos hacia los abstractos, y en seguida, aplicación de los hechos abstractos al análisis de nuevas clases de hechos concretos”.¹⁰¹

Con el desarrollo de sus conceptos que, a pesar de su aparente simpleza, posee tantas proyecciones y contenido, se enlaza el famoso “individualismo” o “atomismo”, que lo distingue del “estatismo” o “estructuralismo” comtiano.

Se dice que Spencer reivindica los derechos del individuo frente a los poderes del Estado. Así es, efectivamente. Pero no lo hace para exaltar el concepto revolucionario de la libertad individual que elevó la burguesía contra la opresión de los poderes del Estado bajo el feudalismo.

Convencido de que nada puede contrariar la ley del triunfo del más apto, cree que no puede haber consideración alguna, caritativa o humana, que permita interferirlo.

Su ética es una combinación de la teoría del interés bien entendido de los utilitaristas con su propia doctrina de la evolución. La satisfacción del placer y la anulación del dolor es también para él la base de la moral; pero el placer es el resultado del bien logrado equilibrio entre el individuo y el medio, y toda intervención que se oponga a las condiciones adquiridas en esa estabilidad es condenable sin clemencia ni atenuantes.

Cuando discute el derecho que tienen los whigs de utilizar la Cámara de los Comunes para someter a los industriales a que paguen impuestos en favor de la instrucción pública y para obligarlos a disminuir las jornadas de trabajo de hombres, mujeres y niños de tres y cuatro años de edad, dirá Spencer: “La función del liberalismo en el

¹⁰¹ SPENCER, “Por qué me separo de Augusto Comte”, *Classification des sciences*, pág. 119.

pasado ha sido la de poner un límite a los poderes del rey. La función del verdadero liberalismo en el porvenir será de limitar el poder de los parlamentos”.¹⁰²

En resumen: si se considera la postura de Spencer en el problema que debe decidir entre la prioridad del espíritu o de la materia, puede decirse que Spencer es materialista en tanto admite la existencia de la realidad natural exterior y anteriormente al hombre, y con ello mantiene la característica más peculiar de la filosofía inglesa.

Al determinar por sí mismo las diferencias fundamentales que lo separan de Augusto Comte, le opone su propia concepción de la historia. Mientras para aquél la filosofía se anticipa al mundo, Spencer cree que “el carácter nacional y el estado social determinan las ideas que deben circular; no son las ideas en curso las que determinan el estado social y el carácter nacional”. Si bien demuestra aquí su fidelidad para sus primeras simpatías por el romanticismo, se pone también de acuerdo con los antecedentes de la filosofía materialista de su país, y reproduce la misma posición en su teoría de la ciencia.

Valioso y loable es, por su parte, su propósito de estudiar científicamente los hechos de la sociedad, para cuyo objeto reconoce haber tomado conceptos y sugerencias de Comte.

Pero su mecanicismo universal y la aplicación de las hipótesis del transformismo darwiniano según el crudo criterio que sus intereses de clase le dictaban, lo condujeron a formular teorías que los hechos desmintieron pocos años más tarde. En la octava década del mismo siglo, la gran crisis económica destrozaba los monopolios ingleses de más sólida apariencia, y el “equilibrio mundial” que el Imperio inglés intentaba mantener bajo su hegemonía comenzó a resquebrajarse para no recuperarse ya, con carácter definitivo, nunca jamás.

¹⁰² SPENCER, *L'individu contre l'Etat*. (Trad. de J. Gershel). Alean. París, 1880, pág. 158.

Actualmente asistimos al epílogo de este proceso, presenciando su definitiva disolución, a través de las grandes luchas por la independencia nacional de las que otrora fueran colonias del poderoso imperio inglés, al mismo tiempo que las luchas de todos los pueblos del mundo anulan las pretensiones de recoger su herencia manifestadas por el imperialismo norteamericano. El hecho característico de nuestro tiempo, que se marca por el signo de la disgregación insalvable del sistema imperialista, pulveriza, pues, con su propio empuje, la famosa teoría de la integración de la materia bajo el régimen industrial.

Si bien puede, pues, admitirse, en términos generales que —aunque de manera parcial e inconsecuente— es materialista en el problema del ser y en la clasificación de las ciencias, no puede decirse lo mismo en lo relativo al problema del conocimiento. Spencer se declara expresamente agnóstico, diciendo que “el pensamiento real no llena ni jamás llenará el dominio del pensamiento posible. Al final del descubrimiento más prodigioso habrá siempre esta cuestión ¿qué hay más allá?”.

Sin embargo su agnosticismo no nos debe inducir al error de creer que existe una contradicción fundamental entre su gnoseología y su ontología. Corresponde al clásico materialismo “vergonzante” de la época, que frente a la convicción irresistible de la materialidad del ser, admitía hipócritamente la incapacidad de su conocimiento, para legitimar la subsistencia de los elementos sobrenaturales.

Precisamente, en el caso de Spencer, el agnosticismo sirve de fundamento a la reconciliación entre la religión y la ciencia, que se articulan sobre la concepción metafísica de la fuerza.

Pero semejante reconciliación habrá de costarle el subido precio de la disolución de su propia evidencia de la materialidad del ser al imaginar, por fin, que esa fuerza inmaterial autora de agregaciones y dispersiones —que actúa como causa de todas las cosas—, posee una composición misteriosa e incognoscible. Así destruye Spencer la gloriosa herencia de la filosofía inglesa iniciada por aquellos dos ilustres

sabios, Rogerio Bacon y Duns Scoto que en el siglo XII —en plena Edad Media— emprenden la disgregación de la escolástica para afirmar la prioridad de la materia sobre el pensamiento.

Influencias del positivismo, especialmente en la Argentina

Spencer confiaba con tanta firmeza en su ley mecánica de la evolución, que no se ocupó de engendrar discípulos.

Comte, en cambio, vivió obsesionado con ese propósito. Cuando se concedió a sí mismo el grado de Sumo Pontífice de la Religión de la Humanidad, determinó uno a uno cuáles serían los países que estarían representados y el número de prelados que deberían acudir a la sagrada ciudad de París, santificada por el positivismo, como sede del nuevo poder espiritual.

Pero la realidad tampoco quiso, en este caso, conformarse con sus cálculos. La consagración de la fe de sus creyentes no le fue brindada en vida; al contrario, pudo asistir a la dispersión de su grey, con tanto dolor como fueron desmedidas sus delirantes ambiciones. Por eso se lamentaba amargamente en la Adición al *Testamento*, diciendo: “. . . mientras San Pablo y Mahoma, en medio de luchas encarnizadas, obtuvieron devotos fieles, yo puedo ser pasivamente abandonado a cada instante por todos los míos, según sus hábitos de negativismo primitivo”.¹⁰³

Su Religión de la Humanidad tuvo muy pocos adeptos. En ninguna parte de Europa se construyeron templos para que los fieles positivistas pudieran formular sus oraciones diarias y sus confesiones anuales.

¹⁰³ COMTE, Testament, París, 1896, pág. 28.

Pero nuestro continente sudamericano —por razones que trataremos de interpretar— fue, sí, asiento de varios santuarios donde se veneró a Clotilde de Vaux. En el año 1926, el doctor Ubatuva informaba en la Sociedad Positivista Argentina sobre la existencia de capillas positivistas en las ciudades más importantes de Brasil, adonde perduran todavía.

Si bien Comte fracasó en su propósito de catequizar a todo el mundo para su religión, es preciso contemplar otros aspectos de la influencia positivista que no pueden ser desdeñados. Expresamente para este fin hemos expuesto su sistema, separado en las dos partes que comprende.

Pudimos apreciar en la conclusión de la primera de qué manera consagró el triunfo del pensamiento científico, tratando de extenderla al orden de los hechos sociales. Eso le valió al positivismo, como dice de Ruggiero,¹⁰⁴ “que disfrutara del favor de que gozaba la ciencia”.

En su primera etapa, aunque el positivismo de Comte persistió en los errores fundamentales del materialismo del siglo XVIII, prolongó algunos de sus fecundos principios en pleno siglo de reacción y restauración.

En Francia, en Alemania, en Italia, acogieron el positivismo conspicuos impulsores de las matemáticas, la física, el derecho, la pedagogía y la psicología.

En este terreno, es difícil establecer los límites entre las influencias de Comte y de Spencer.

Ambos tomaron como punto de partida la filosofía del buen sentido y precisamente cuando las hipótesis científicas comenzaban a fracasar, el positivismo —al admitir solamente la existencia de leyes descriptivas y de relaciones— justificaba a los hombres de ciencia que seguían desbrozando el camino, aunque hubieran dejado de comprender hacia dónde marchaban.

¹⁰⁴ GUIDO DE RUGGIERO, *La filosofía contemporánea*. Tomo I, Ed. Laterza, 1929, pág. 146.

Las ciencias comenzaban a sentirse desplazadas en las nuevas condiciones históricas. Ya se habían acabado los tiempos felices en que todos los honores eran para ellas. Estando en el poder, la satisfecha burguesía no les dispensaba los mismos favores que cuando ascendía revolucionariamente. Por el contrario, ahora no podía interesarle ya su desarrollo libre e impetuoso. Sólo pretendía que ellas fueran útiles instrumentos para explotar riquezas y para dirigir los hechos sociales según sus propias conveniencias. Merced al positivismo pudieron las ciencias ocupar un lugar que, por lo menos, les permitió sobrevivir.

La acumulación de observaciones y de hechos, tanto como la impotencia para interpretarlos, caracterizó la labor científica de los investigadores positivistas. Precisamente así como cabe ese reconocimiento—reconocimiento que algunos encontrarán, no sin razón, demasiado generoso— también les corresponde cargar con las responsabilidades que le incumben al pensamiento mecanicista de que participa, para resolver los problemas fundamentales que reclaman de la filosofía los nuevos descubrimientos. En tal sentido, la sobrevivencia del positivismo puede seguir gravitando sobre la producción científica para esterilizarla. Por eso, en nuestro país, la tarea de aniquilarlo se transforma en un deber, ya que, como lo veremos, las raíces nacionales de la ciencia se fijaron en tierra regada por el positivismo. El árbol no podrá crecer y hacerse fuerte, mientras quede algún resto de aquella influencia y no aparezca otra que la reemplace con eficacia y vigor.

Pero también tuvo el positivismo de sus admiradores en el terreno de la política. Solamente que para conocerlos y comprenderlos, es preciso poner la mirada en América Latina.

Desde hace algunos años, varios autores latinoamericanos se ocupan por estudiar este proceso, llamativo por la extensión que alcanzó en todo el continente. Con respecto a su circunscripción estrictamente argentina, aparte de las valoraciones de Alejandro Korn que ya hemos mencionado, puede citarse la publicación de Francisco Romero en los Cuadernos Americanos (año 1950, n° 1) sobre *El Positivismo y su in-*

fluencia. Verdad es que este trabajo poco agrega a lo dicho por Alejandro Korn en su libro *Influencias filosóficas en la evolución nacional*. Romero parte también de la definición de un positivismo “ambiental o difuso” analizando el “sentir positivista” de algunos autores y de determinados períodos históricos. Sí alguna vez reconoce la existencia de un positivismo “doctrinario” tampoco aclara en qué consiste su diferencia con el primero. Debemos decir que la de Romero es más una caracterización literaria que un estudio sistemático de principios; que es más una apreciación subjetiva que el estudio de una problemática, tal como puede exigírsele a un profesional de la filosofía.

Tal vez presupone Romero que sus lectores conocen ya el movimiento filosófico que considera, pero entonces no cae precisamente en la cuenta de que para conocer la influencia del positivismo en la Argentina se requiere ajustar antes la correcta apreciación de las corrientes originales, que aparece generalmente tronchada y confundida en los textos de historia de la filosofía. En filosofía no se puede trabajar con conceptos tan ambiguos como el de un “sentir positivista” o como el de un actuar “materialista”, o como el de un querer “idealista”. Si el significado de cada término no se precisa en relación con los problemas fundamentales de la filosofía, con el problema del ser y del pensar, sólo se logra andar a tientas y perderse en los laberintos de la arbitrariedad. A menos que eso sea lo que se busque: oscurecer y confundir, deliberadamente, el problema. En efecto, este trabajo más reciente de Romero nos robustece en la apreciación del primer capítulo acerca de que la lucha contra el positivismo es en realidad una agresión abierta o embozada, que atrincherándose en el justificado descrédito del positivismo, toma como verdadero blanco al materialismo en general, y al pensamiento científico en particular. Oportunamente, descubriremos totalmente el origen y el sentido de esta agresión.

Leopoldo Zea, prosiguiendo con los aportes de sus dos obras tituladas *El Positivismo en México* y *Apogeo y decadencia del positivismo en México*, en su último libro, *Dos etapas del pensamiento en Hispa-*

noamérica, ofrece una reseña de la influencia que esta corriente tuvo en todos los países de América Latina. Obra nutrida de una copiosa información, producto de viajes y lecturas, sostiene tres puntos de vista fundamentales: 1) que el positivismo se fue “adaptando a las distintas circunstancias concretas que lo solicitan”;¹⁰⁵ 2) que puede señalarse, especialmente en algunos países, la diferenciación de una corriente ortodoxa y otra heterodoxa; 3) que echa raíces en la etapa anterior del romanticismo hispanoamericano, tomando de ella su sentido y su unidad, y que cumple con la misión histórica fijada durante dicho período romántico, de crear un nuevo orden produciendo antes la revolución mental de las generaciones americanas para cambiar el modo de pensar y de actuar heredado de la colonia. Con respecto a los dos primeros puntos de vista, cábenos señalar nuestra satisfacción por coincidir en los términos generales del planteo, en una apreciación que expusimos en un ensayo que publicó el periódico Orientación de Buenos Aires, el 1º de enero de 1947 con el título de: “Fraude del antipositivismo”, y en algunas monografías presentadas a la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, en el año 1941.

En lo que se refiere al tercero, creemos, por una parte, que existen razones históricas más profundas relacionadas con el carácter de clase de la formación ideológica que interpretamos y con la lucha por la independencia política y económica de las naciones en América Latina, para valorar su influencia en este continente. Por otra parte, al discriminar los matices de las influencias del positivismo en América, vinculados con las diversas etapas y caracteres del desarrollo de las corrientes originales europeas, exclusivamente en las expresiones sistemáticas de Comte y Spencer, pueden encontrarse en las producciones científicas o filosóficas de estos países, lazos de unión más estrechos con otras corrientes de pensamiento que actuaron en América

¹⁰⁵ LEOPOLDO ZEA, Dos etapas del pensamiento en Hispano-américa. Edición del Colegio de México, año 1949, pág. 13.

antes del romanticismo; así, sin negar que este último movimiento prepara el más fácil advenimiento del positivismo, la preferencia especialmente argentina por los postulados científicos del positivismo lo vinculan más de cerca a los antecedentes ingleses y franceses de la Enciclopedia (Bacon, Locke, Descartes, Gassendi) que tuvieron tanto predicamento durante la revolución por la independencia, y a la exaltación del conocimiento científico que promovieron las diversas corrientes enciclopedistas entonces conocidas en el Río de la Plata.

Precisamente para dejar mejor aclarado el carácter peculiar de la penetración positivista en la Argentina, y dado además el limitado alcance de este ensayo, haremos solamente una ligera referencia a las versiones más caracterizadas de su influencia en América Latina: la mejicana y la brasileña.

En México tuvo el positivismo una figura de principal relieve., El médico Gabino Barreda, que había oído al mismo Comte en persona mientras estudió en París, fue llamado por Benito Juárez para organizar la educación pública del país, después de haber leído aquél en 1867, una oración fúnebre en que aludía a las lecciones de su maestro.

Sin embargo, no era el emisario fiel de Comte a quien llamaba el líder de los federalistas libres. Juárez quiso atraerse la colaboración del expositor de un positivismo que había alterado deliberadamente las fórmulas comtianas,¹⁰⁶ para ponerlas de acuerdo con el liberalismo mejicano. Como fue el caso de otros intérpretes americanos del positivismo, Barreda se aferraba en su discurso a las palabras del comtismo y cambiaba su contenido. Al presentar, sobre todo, su aspecto antiteológico y anticlerical, la “emancipación científica”, la “emancipación religiosa”, la “emancipación política”, debían aparecer como fórmulas mágicas para los aguerridos liberales mejicanos.

¹⁰⁶ Véase LEOPOLDO ZEA, *El positivismo en México*. Editó El Colegio de México, pág. 61.

A diferencia de Comte, Barreda considera a la revolución como el “espíritu positivo” y al clero como al “espíritu negativo” que trata de estorbarla. El clero, autor del caos, es el desorden; la revolución, que lucha disputándole el poder a las fuerzas negativas, es el orden. Las palabras “estática” y “dinámica” adquirieron un nuevo valor, equivalente a “reacción” y “progreso”, y el primer término de la fórmula “amor, orden y progreso” fue permutado por el de “libertad”, tan querido por las fuerzas que luchaban contra la intervención extranjera en México. Hasta la identificación con el espíritu negativo de Napoleón III, primer causante de dicha intervención, todo se unió en la exposición de Gabino Barreda para atraerse la confianza de Benito Juárez, jefe probo y conductor inteligente de las masas populares rebeldes contra el poder de los latifundistas y del clero, cuyas luchas dieron lugar a la Constitución que separó la Iglesia del Estado y que también desamortizó sus bienes, cerrando los monasterios y expulsando al nuncio papal y a los representantes del clero que desacataron la revolución.

Pero Gabino Barreda no era un tráfuga del positivismo, Lejos estaba de su intención traicionar a su maestro. Apenas un año después de haber ocupado el cargo que le ofreció Juárez, tuvo oportunidad de demostrar que se conservaba puntualmente fiel al primer Jerarca de la escuela. En efecto, al dictaminar sobre el *Catecismo moral*, de N. Pizarro, hace la defensa de la religión católica contra el jacobinismo, y acusa de “regresiva” la tesis por la cual el Estado debiera imponer coacciones a los abusos de los usureros.

Ya en 1863, es decir, cuatro años antes de la llamada “Reforma” mejicana, había publicado un artículo donde se demostraba absolutamente adicto a la concepción histórica y ética según la cual se suprime la libertad individual y queda subordinada al abstracto concepto de sociedad. Es decir, que se manifestaba, como dice Zea, “contra la libertad de conciencia mantenida por la constitución”.¹⁰⁷

¹⁰⁷ Ibid. pág. 116.

¿A qué se debió, entonces, la adulteración de las fórmulas y los conceptos del año 1867? ¿Cambió Barreda? No. Hay que presumir que se proponía lograr lo que persiguió Comte en su país, revolución tras revolución; es decir, obtener una suerte de interregno para difundir los principios previamente necesarios al advenimiento de la Sociedad Positivista. Es lo que hizo desde la Escuela Nacional Preparatoria que organizó, y desde la Asociación Metodófila que fundó en 1877 para congregar a sus ex discípulos que a la sazón cursaban estudios universitarios.

Sobre los resultados de su prédica ilustra bien el testimonio de un discípulo suyo, D. José Díaz Covarrubias, cuando dice: “La lectura de las obras de Comte y de los positivistas como Mill, Bain, Spencer y Lewes, se ha hecho familiar a la mayoría de la juventud mejicana, y las ideas puramente negativas de Voltaire y Rousseau han sido reemplazadas por ideas de Orden y Progreso basado en el orden”.¹⁰⁸

Ese orden fue el que impuso Porfirio Díaz durante 35 años para devolver los privilegios a los terratenientes y a los especuladores y para entregar a los capitalistas extranjeros, especialmente norteamericanos, las tierras y las principales fuentes de la economía mejicana.

Uno de los discípulos de Barreda, Macedo, pudo decir que la era del orden se consiguió gracias a que “México se enganchó a la locomotora del progreso angloamericano”, y “merced a la habilidad política del General Porfirio Díaz”.¹⁰⁹

Los “positivistas” ocuparon los mejores puestos del gobierno de Porfirio, a quien consagraron, en compensación, como Dictador del Estado Positivista.

El 17 de noviembre de 1889, es decir, dos días después de haberse proclamado la República del Brasil, se decretaba que la fórmula de “orden y progreso” fuera inscripta en la bandera republicana, la cual

¹⁰⁸ “El doctor GABINO BARREDA, propagandista del positivismo en México.” Citado por LEOPOLDO ZEA, pág. 185 de su ob. cit.

¹⁰⁹ Ibid., pág. 193.

se corresponde, exactamente, además, por el color y los detalles de su composición, a las prescripciones que figuran en la última parte del “Discurso preliminar sobre el conjunto del positivismo”. Esta decisión era el producto de las presiones ejercidas por el “Apostolado Positivista” en el que actuaban los elementos de la intelectualidad burguesa que participaron, junto con los sectores de esclavistas y terratenientes disconformes con la política de Pedro II, en el movimiento republicano que dirigió el Mariscal de Fonseca.

Entre los discípulos brasileños del comtismo merece citarse, especialmente, Benjamín Constant, quien fundó la Sociedad Positivista del Brasil en el año 1881 y ocupó el ministerio de la Guerra de la primera República de su país. Los positivistas influyeron de manera directa en el carácter de la Constitución de 1889, que separó el poder temporal del espiritual, es decir, la Iglesia del Estado, que creó la institución del matrimonio civil, la enseñanza laica, secularizó los cementerios y estableció el derecho de “hábeas corpus”.

Para reemplazar a los religiosos desplazados, los universitarios e intelectuales que asimilaban el positivismo y crearon el sacerdocio laico y fundaron la Iglesia apostólica del Brasil, que todavía hoy posee en las ciudades más importantes, capillas consagradas al culto de Clotilde de Vaux. Benjamín Constant se proponía planificar la enseñanza según los principios del maestro, para sustituir plenamente al poder espiritual de la Iglesia, pero su muerte prematura frustró tales propósitos.

También bajo la influencia de los positivistas, la Constitución implantó el “sufragio universal” solamente para quienes sabían leer y escribir en portugués. ¡El número de analfabetos alcanzaba, en 1889 al 90 % de la población!

Se creó, pues, la verdadera República positivista o mejor, para usar la expresión del profesor José N. Santos,¹¹⁰ se dio lugar a la “Dictadura

¹¹⁰ JOSÉ N. SANTOS, Sobre la influencia del positivismo en la organización política del Brasil. Sesión de la Sociedad Positivista Argentina del 24 de enero de 1926, revista El Positivista, n° 5.

republicana” preconizada por el maestro para “el período de transición católico-feudal”.

Todo se producía según la utopía de Comte. Las masas no votaban y el poder temporal, si bien no era ejercido por los señores de la industria, estaba en manos de los grandes propietarios de la tierra cuyos distintos grupos, alentados unos por los Estados Unidos y otros por Inglaterra, se trababan en lucha encarnizada por la posesión del poder hasta que, a cambio de la entrega de las industrias del país al capital extranjero, se consolidó el régimen republicano de los terratenientes. Los miembros de la sociedad positivista de Brasil estuvieron siempre presentes en el vaivén de sublevaciones y de gobiernos.

Las distintas corrientes en que los discípulos de Comte dividieron al Positivismo, estuvieron representadas en Brasil, pero es innegable que dominaron los que siguieron al positivismo irracionalista, fideísta y reaccionario de la segunda carrera comtiana. Mientras Cermeño Medeiros, del centro de San Pablo, declaraba que “no quería constituir un gremio hermético y místico” y propiciaba la renovación del positivismo, la mayoría de los positivistas brasileños estuvieron afiliados a la dirección intolerante del Padre Lafitte que, a través de Miguel Lemos, patrocinaba la Sociedad positivista de Río de Janeiro.

Tendremos ocasión de referirnos a la forma en que los positivistas argentinos atacaban el carácter de la influencia positivista que dominaba en Brasil. Pero tal vez no estará de más que aquí consignemos la manera en que ellos censuraban las agrias polémicas que mantenían entre sí los positivistas de ese país. “Esa agresividad, le decía Alfredo Ferreyra a don Venancio Leiva en una carta, mucho más entre servidores de la misma escuela. . . nos parece más propia del fanatismo inspirado por, las religiones teológicas en un remoto pasado, que por una moral humana de amor y tolerancia. . .”.¹¹¹

¹¹¹ En “El Positivista”, n° 5. Febrero de 1926.

De todas maneras conviene señalar que los positivistas tuvieron una importancia relativamente favorable en la historia del Brasil al imponer algunas medidas constitucionales progresistas y al participar en un movimiento que tuvo, en cierta medida, igual carácter. Pero, en lo fundamental, el “poder espiritual” creado por ellos, nada pudo hacer para redimir a las grandes masas de esclavos, a los obreros de los centros industriales, a las masas campesinas, cuyo atraso y miseria crecían a medida que el Brasil se afianzaba como apéndice agrario de los países imperialistas. Su capacidad como “poder morigerador” del poder temporal no quedó pues, demostrada.

El “cofrade” brasileño Miguel Lemos, que fue ungido por M. Fierre Lafitte como “Aspirante al Sacerdocio de la Religión de la Humanidad”, dijo que en la influencia preponderante del positivismo en el gobierno del Brasil se bosquejaba la dictadura republicana del maestro. Podría también decirse que los resultados de esa política pusieron a prueba las consecuencias de la utopía de Augusto Comte.

La influencia del positivismo en la Argentina posee caracteres muy particulares. No hallamos en la historia de nuestro país ni un Gabino Barreda, ni un Benjamín Constant, ni un Miguel Lemos que haya aspirado en algún momento a realizar la utopía del maestro. Por el contrario, puede afirmarse que nuestro país es el lugar donde el positivismo fue más vaciado de contenido y donde sus fórmulas fueron más libremente modificadas para adaptarlas a los intereses históricos de quienes lo acogieron.

Es verdad que un compatriota nuestro se vio honrado con el grado de miembro de la Sociedad Positivista Occidental. Pero fue muy tardíamente, en el año 1924, y como afiliado a la dirección heterodoxa que Miguel Corra encabezaba en Francia.

El positivismo llegó trasplantado con la impetuosa avalancha inmigratoria de fin de siglo, encontrando la tierra bien abonada por el nuevo papel que comenzaban a jugar ciertas clases sociales, y el cálido sol de la historia de nuestras ideas.

El positivismo de Comte compartió su influencia con el positivismo inglés, ocupando ambos los primeros planos, alternativamente y sin incomodarse.

Las influencias de estas corrientes entre nosotros, merecen la dedicación de algunos estudiosos, que deberán contar primero con los elementos y las conclusiones de una investigación histórica que ilumine nuestros problemas nacionales mediante la interpretación de las relaciones de clase puestas en juego desde la tercera década del siglo pasado hasta nuestros días. Después, y ya ubicado en el período de la verdadera influencia de las escuelas sistemáticas del positivismo, deberá afrontar, en primer lugar, la dificultad que ofrece la forma difusa de su penetración. Comte y Spencer se mezclan en nuestra cultura con la herencia de otras corrientes que se siguieron mucho tiempo atrás y, a veces, usurpan los derechos que les pertenecen a aquellas influencias.

Siguiendo nuestra aclaración del comienzo, si llamáramos positivismo a lo que induce a “promover el imperio de las fuerzas económicas”, encontraríamos todavía antes de 1810 un positivismo “*avant le positivisme*”.

Dice Bartolomé Mitre¹¹² que “a la sombra de los intereses económicos”, “venía elaborándose la idea revolucionaria”. ¿No correspondió, acaso, a esos intereses de la burguesía comercial criolla, que entre todas las corrientes ideológicas que llegaron al Río de la Plata, abrazaran con preferencia la “teoría de la circulación de la riqueza” de los fisiócratas, y que todos los periódicos pre y post revolucionarios fueran tribuna de las doctrinas más diversas de la ciencia económica de la época?

Si es positivismo “lo que tiene intención pragmática”, ¿fue positivista el Correo del Comercio porque divulgaba algunas nociones de prácticas industriales?

¹¹² BARTOLOMÉ MITRE, Historia de Belgrano, prefacio a la 12ª edición.

Si es positivismo “lo que tiene intención pragmática”, en algunos de los artículos que publicó en Montevideo. Pero también Gorriti lo empleaba en un sentido muy aproximado al de las escuelas sistemáticas cuando decía que es preciso no perder el tiempo “en sostener sistemas y reducir a cuestiones cosas que no importa averiguar, por ejemplo, cuál es la causa de la gravedad. . . Lo que en la materia interesa es conocer las leyes de la gravedad, porque esto es positivo, y de ello se hace uso con resultado seguro y de conocida utilidad. . .”.¹¹³ Entonces: ¿tuvimos ya positivismo en el año 1831 en nuestro país?

Si se reconoce la influencia de la que en Francia se llamó “generación del 30” y en particular de S. Simón, sobre los jóvenes de la Asociación de Mayo, se comprende que fueran ya familiares entre nosotros muchos de los temas que Augusto Comte heredó de los mismos progenitores.

Las luchas desatadas después de la revolución por la independencia, aunque respondían a intereses de clases diferentes que las que agitaban a Europa en la misma época, crearon también, en nuestro país —como en toda América Latina— una preocupación por introducir el “orden”, tan pertinaz como la que dominaba en Europa hacia la mitad del siglo. La emulación que la evolucionada burguesía europea despertaba en la incipiente burguesía comercial criolla y los sueños que comenzó a tejer Rivadavia y continuaron concibiendo un Alberdi o un Sarmiento para transformada en una fuerte e independiente burguesía industrial, iluminaban por su parte, la panacea del “progreso”. Los prohombres de la organización nacional la expresaban generalmente con su proyecto de “civilizar” como una preocupación de efecto automático para combatir los males originados en el atraso cultural (o racial como lo creyera Sarmiento), heredado del ascendiente hispánico e indígena a la vez.

¹¹³ IGNACIO DE GORRITI, *Reflexiones*. Edit. Librería La Facultad, Buenos Aires, 1916, pág. 209.

La investigación sistemática deberá preocuparse por resolver si hubo o no, influencia directa del positivismo en este período, previo a la organización nacional. Pero, entre tanto, se desprenden de los antecedentes disponibles., que tal influencia no existió. A este respecto, dice bien Leopoldo Zea que “Sarmiento, Alberdi, Lastarria y otros miembros de esta generación hispanoamericana se habrán de encontrar fácilmente con el positivismo”.¹¹⁴ El mismo autor demuestra que ellos no los conocieron sino cuando su propia obra ya estaba madura.

No se les puede clasificar de “positivistas” porque hayan compartido algunas preocupaciones o empleado algunas fórmulas afines con los autores de esta escuela que como lo hemos visto en los capítulos anteriores les atribuyeron un contenido muy peculiar, a menudo opuesto al que tiene en el lenguaje corriente y a lo que dichos patriotas querían expresar.

Por eso, no obstante los antecedentes aparentes del pensamiento positivista en las generaciones citadas, las influencias positivistas propiamente dichas, existieron de manera explícita, tan sólo a partir de la que se llamó “generación del 80”.

Había pasado ya un cuarto de siglo desde que se echaron las bases de la explotación agrícola en el país, con la fundación de colonias en la provincia de Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos; por iniciativa de Sarmiento se había establecido la colonia de Chivilcoy en 1854, y en 1856 se fundaron otras similares en Esperanza, San Jerónimo y San José, por iniciativa del vencedor de Caseros, presidente de la Confederación. La última de estas colonias se instaló en las tierras del mismo general Urquiza, emulado luego por otros terratenientes que decidieron dividir sus tierras para promover la colonización. Oleadas de inmigrantes vinieron a transformar las grandes extensiones de tierras vírgenes en el futuro granero del mundo: cinco mil, diez mil cada año, 30.000 al final de la séptima década.

¹¹⁴ LEOPOLDO ZEA, *Dos Etapas del pensamiento en Hispanoamérica*, ed. cit., pág. 171.

Hacia 1880, existían ya más de 90 colonias agrícolas solamente en la Provincia de Santa Fe, pero su suerte cambió con el nuevo panorama económico que entonces ofrecía ya el país.

Con el mismo proceso de ascenso de la agricultura se desarrolla la ganadería cuya raza mejoraba con la introducción de ganado fino en algunas estancias de la provincia de Buenos Aires hasta transformar a nuestro país en el primer exportador de lanas hacia 1865.

A la vez, tanto el gobierno de la provincia de Buenos Aires como el de la Confederación promovieron el desarrollo de las vías de comunicación. Así, se creó en la primera la “Sociedad del Camino-ferrocarril al Oeste” (año 1854), con capitales porteños. En la Confederación se firmó el contrato de la construcción del ferrocarril que unía Rosario con Córdoba y el “Trasandino”. Además se realizan obras para hacer navegables los ríos Bermejo, Salado y Uruguay.

Sin embargo, en este mismo período cuya característica general es la de un desarrollo de fuerzas económicas progresistas —a menudo por la influencia directa de las ideas alberdianas o sarmientistas— aparecen ya elementos que anticipan el triunfo de la oligarquía terrateniente y el dominio del capital extranjero sobre la economía general del país, proceso que culmina precisamente hacia 1880.

El trazado del F. C. O. se acompaña ya de la fuerte especulación que con el dinero del Banco y Casa de Moneda de la Provincia, se realiza en toda la zona agrícola de su recorrido con fuertes ganancias para una minoría que invierte especialmente sus ganancias en la adquisición de tierras. La necesidad de capitales en que se hallaba la Confederación —víctima de la política absorbente de la provincia de Buenos Aires, sobre todo en relación con la hegemonía de su puerto— le hace contraer deudas con capitalistas extranjeros, que son el germen de futuros males irremisibles para la República.

La presidencia de Mitre aceleró este proceso. Su gran preocupación por crear un respaldo económico y estabilizar la moneda y las exigencias de las casas extranjeras, fundamentalmente inglesas, que

prestaban dinero al gobierno, le indujeron a propiciar en 1863 una ley de organización del crédito que aseguró la dominación de los capitales ingleses sobre la economía argentina. Comprendiendo la importancia política de establecer ferrocarriles que unificaran Buenos Aires con el interior, firma un contrato para la construcción del F. C. C. A. (el viejo proyecto de Urquiza). Pero el mismo contiene terribles exigencias de los capitalistas británicos y su control queda en manos de los accionistas ingleses, a pesar de la participación de algunos capitales argentinos.

Por ese contrato tácitamente la Compañía se reserva el derecho de trazar el ferrocarril como si fuéramos la provincia del imperio mundial inglés que produce la carne y el trigo para la metrópoli, y además se adueña de enormes cantidades de tierra, que pasan a ser parte de la subsidiaria “Compañía de Tierras”. A la vez, las tierras próximas a los ferrocarriles, que antes no tenían significación alguna, se valorizaron y sus dueños cambiaron súbitamente de situación.

El capital extranjero venía, pues, asegurándose fabulosamente contra todos los riesgos de su inversión y al multiplicarse, favorecía al mismo tiempo a una clase social: la de los terratenientes.

Los “artesanos y trabajadores”, que llamaba la Confederación para que vinieran a promover “la industria que comienza a desarrollarse en estas costas”, no se empleaban en tales industrias sino en los ferrocarriles ingleses y en los establecimientos que preludiando a los grandes frigoríficos, preparaban las carnes al gusto de los paladares ingleses y franceses.

Así llegamos a la década del 80/90 que marca el cénit del dominio de la oligarquía terrateniente en el poder.

Como consecuencia de la ley de premios en tierras por la conquista del Desierto (1878), la ley del 3 de noviembre de 1882, de protección al latifundio y la especulación, de la ley de derechos posesorios (1884), se realiza un reparto de tal escala, que resultan entregados 30.000.000 de Ha. a particulares, sin contar lo que resultó de la venta de tierras

en Europa (Ley 2461) sancionada por el Congreso del general Roca. De este modo, las provincias y la Nación fueron perdiendo la mayor parte de sus tierras públicas y pasaron a crear el nefasto régimen del latifundio. Bajo la presidencia de Roca se arrendó a particulares el F. C. Andino y se entregó por una escasa suma el Gran Oeste Argentino, a una empresa inglesa.

Al mismo tiempo, resonantes acontecimientos, especialmente las huelgas de los obreros tipógrafos, carpinteros, panaderos y sobre todo ferroviarios, anuncian los grandes hechos sociales y políticos que habrán de producirse desde 1890 en adelante.

Tal es, a grandes rasgos, el panorama que presenciamos sobre la década del 80, precisamente cuando aparecen con caracteres dominantes las corrientes positivistas en la vida ideológica del país.

Junto al cambio del aspecto económico y social de la República fueron produciéndose algunos hechos significativos en su historia cultural. El más importante se refiere a la calidad de la población inmigratoria que, en su mayoría había intervenido en las revoluciones que en 1848 tuvieron lugar en Francia, en Alemania e Italia. Junto con la gran influencia que estos inmigrantes tuvieron en el movimiento obrero, también se hizo sentir el efecto de su incorporación a la vida cultural del país. A este respecto, se han consagrado nombres como los de Alejo Peyret y Amadeo Jacques, educadores eminentes que actuaron, el uno al servicio de la Confederación y el otro en Buenos Aires, sin contar los maestros y profesores contratados como J. M. Torres y luego muchos otros, como Pedro Scalabrini, que en nuestro caso merecerá una referencia especial.

Debe destacarse que esta afluencia ideológica provocó en la oligarquía gobernante una inquietud si no igual, por lo menos análoga a la que engendraba la experiencia revolucionaria que traían los obreros italianos y alemanes: la ley 4144 sancionada en la segunda presidencia roquista tuvo ya su antecedente en el informe de la comisión que en 1885 debía expedirse sobre los nuevos planes de enseñanza secundaria, cuando para fundar el justo propósito de revestir a la enseñanza

de carácter nacional, apelaba a argumentos agresivos de contenido “chauvinista”, como el que transcribimos: “. . . nuestro país posee ya dentro de sí un gran número de extranjeros que tratan de perpetuar sus tradiciones y hasta su credo político entre sus hijos, con el peligro para nuestras instituciones y para el elemento nativo. . .”, e instaba a preservar a las instituciones “de las degeneraciones o modificaciones que las corrientes inmigratorias podían imponerles. . .”. No obstante, en la comisión participaban ¡tres extranjeros!: José María Torres, Paul Groussac y Adolfo van Gelderen. . . ¹¹⁵

La influencia de las primeras corrientes inmigratorias tuvo más largo alcance cuando los hijos de aquellos abnegados pioneros que desmontaron, araron, alambraron, criaron nuestros animales y recogieron los primeros granos, acudieron a las universidades e institutos de enseñanza superior. Allí se mezclaron con los hijos de la oligarquía. Unos y otros, por un imperativo o por otro, en 1880 inauguraron la influencia positivista en el país.

Creemos que en la misma pueden establecerse tres jalones y que determinan la existencia de otros tantos períodos: 1°) el que ya se conoce en la historia de nuestras ideas como de los “universitarios” y “normalistas” que tiene su punto de partida hacia 1880; 2°) el de la “Universidad. Popular”, que se inaugura en 1905; 3°) el de la Sociedad Positivista Argentina, en 1924.

El primer grupo corresponde a las caracterizaciones de Alejandro Korn. Los “universitarios” comprenden a los egresados de la Universidad de B. A. en 1882. Se trataba de José Nicolás Matienzo, Juan Agustín García, Rodolfo Rivarola, Luis María Drago, Norberto Piñeyro, Ernesto Quesada, de la Facultad de Derecho; Ladislao Holmberg, de la de Medicina; Emilio Mitre, de la de Ciencias Exactas. Joaquín V. González, vino desde Córdoba a incorporarse a ellos. Los “normalistas” fueron los egresados de la Escuela Normal de Paraná.

¹¹⁵ Antecedentes sobre enseñanza secundaria y Normal, Buenos Aires, 1903.

Con respecto a los primeros, creemos que es muy difícil determinar con precisión a qué influencias sistemáticas respondieron. Quizá no sea ni siquiera legítimo incluirlos a todos en el rubro de “positivistas”, antes que sea minuciosamente analizado el contenido de los escritos de cada uno. Así, por ejemplo, Scalabrini incluye a Holmberg entre los “darwinistas”, citando su conferencia sobre dicho tema, pronunciado en el Círculo Médico en 1882, donde decía: “La doctrina de la evolución está fundada sobre una base de acero, en la cual gravitan todas las ciencias y tienden a demostrar la unidad de la naturaleza en sustancia y función. . .”¹¹⁶

Lo común ha sido atribuirle a este grupo un sometimiento preferente a las ideas de Spencer. Sin embargo, puede afirmarse que estas figuras se preocuparon poco por difundir las tesis más generales del maestro del positivismo insular. En todo caso aprovecharon de él, y con el mismo fin siguieron a algunos de sus discípulos, las soluciones que les brindaban para sus diversos problemas científicos y prácticos.

Los pioneros de la investigación en el orden jurídico, social, político, médico y pedagógico se lanzaron con audacia al estudio experimental de los respectivos procesos. Gracias a las esperanzas que despertaba la sociología —cuyo carácter científico auspiciaban los positivistas—, algunos de ellos: Juan Agustín García, José María Ramos Mejía, se aventuraron en el estudio de nuestra organización social, pretendiendo iluminar el caótico pasado de nuestra historia. Con igual impulso y esperanza se arriesgaron otros en el estudio experimental de los procesos psicológicos, de la paleontología y el derecho.

De todas maneras, que adoptaran expresamente a Spencer o no, de manera rigurosa o no, es un hecho que los hombres de ciencia que florecían sobre el proceso de una nueva situación económica, social y política del país, se mantenían fieles a la modalidad que asumió nues-

¹¹⁶ PEDRO SCALABRINI, “Los darwinistas argentinos”, en Páginas científicas, Buenos Aires.

tra cultura desde su mismo origen, cuando Belgrano en el “Correo del Comercio” oponía a la manera metafísica de pensar, “la correcta manera científica de dirigir el pensamiento”. Detrás de Spencer seguían iluminando los viejos padres ingleses de la Enciclopedia, que fueron leídos, criticados o aceptados, desde el fondo mismo de la noche colonial.

La filiación de los “normalistas” aparece más clara, por lo menos, en su primera época. Su acuerdo con la dirección espiritual de Augusto Comte se expresa en su primer representante, el antropólogo Pedro Scalabrini, de origen italiano, que enseña ciencia y filosofía en la Escuela Normal de Paraná.

Tal tipo de influencia, que invocara expresamente a Augusto Comte, no tuvo sostenida persistencia en el país y reaparecerá cuarenta años más tarde en la Sociedad Positivista argentina. Las dos circunstancias se asemejaban por su entusiasmo limitado al Comte de la “carrera científica”, aunque en 1924 surge ya con Alfredo Ferreyra una posición crítica que no sospechaba Scalabrini.

En las *Cartas científicas* dirigidas por este último autor al general Eduardo Racedo, gobernador de la provincia de Entre Ríos entre 1883 y 1887 aparecen dos hechos dignos de ser destacados: 1°) la adhesión de éste estudioso a las iniciativas progresistas del gobierno y la importancia que le atribuye al impulso de las ciencias en el desarrollo de las mismas; 2°) el alcance de su filiación al comtismo.

A diferencia de lo que ocurrió en Brasil y en México, los positivistas no desempeñaron papeles de importancia en la vida política del país, ejerciendo su autoridad de manera preferente desde los centros de la cultura nacional. Insistimos en que no se debe introducir la confusión a este respecto, llamando genéricamente “positivistas” a los egresados de la Escuela Normal de Paraná que fueron gobernadores, legisladores o ministros.

Sin embargo, lejos de permanecer indiferentes, se interesan por el desarrollo progresista del país. Así, vemos al profesor Scalabrini ha-

blando en nombre de la colectividad italiana durante la inauguración del Ferrocarril Central Entrerriano y exaltando la labor del gobierno en pro de la colonización, de los transportes, de la educación común, de la legislación en general. A raíz del apoyo que el gobernador Racedo presta a la iniciativa de fundar el museo, estrecha con el mismo una sólida amistad: las *Cartas científicas* se refieren, precisamente, al estudio realizado en dicha institución sobre las piezas de historia natural regaladas por Racedo. A lo largo de las mismas se pueden leer afirmaciones como las que siguen: “La fundación de un museo es considerada en todas partes como el resultado de una elevada cultura intelectual colectiva y como un factor importante de nuevos y rápidos progresos en el conocimiento de los seres, base fundamental y esencial de la ciencia moderna”. “. . . el progreso de la agricultura, del comercio y de la educación está íntimamente ligado con el progreso de las ciencias...”.

Fiel a tales principios, una de sus principales misiones consistió en promover el entusiasmo para la investigación científica, hecho que aparece historiado por un ex-alumno, A. Terzaga, a propósito del primer glyptodonte exhumado en los alrededores de Paraná: “Jóvenes distinguidos como Celso Latorre, Antonio Ceballos, Julio Aguirre, Barrera, Arguelles. . . llenos de barro, seguían imperturbables el ejemplo dado por el digno jefe de la exploración. . .”.

Con respecto a sus principios, se trasunta la lectura y asimilación directa de Augusto Comte, pero en la letra del *Curso de Filosofía Positiva*. En la cuarta carta a Racedo, refiriéndose a la clasificación de los crustáceos, dice: “Esta anarquía científica explicable pero no justificable es debida en gran parte al espíritu analítico y dispersivo de los naturalistas metafísicos que aún no saben si la especie existe en sí o es una simple abstracción morfológica, si es variable o no, ni cuáles son sus caracteres distintivos y constitutivos”. “No hay duda alguna que sería un progreso notable si al espíritu metafísico se sustituyese el espíritu sintético y constructivo de los positivistas que creen que la

clasificación debe ser el resumen conciso y preciso de las verdades adquiridas y jerárquicamente ordenadas, según las afinidades naturales de los seres” (Cita a COMTE, *Filosofía Positiva*, t. 3º pág. 342 y LAMARCK, t. I, pág. 281 y sigs.).

Por otra parte, conviene aclarar que su partidismo por Comte no responde a una interpretación profunda y acabada de la escuela: así lo demuestran sus referencias indiscriminadas a Cuvier, antitransformista contumaz, o Lamarck, que inaugura la concepción transformista y es combatido por Comte, y su asimilación del darwinismo al comtismo, confundiendo la consecuente y científica teoría biológica de la evolución de las especies del uno, con la metafísica y por ende hipotética concepción de la ley de los tres estados del otro. “El positivismo —dice—, no obstante algunas frases contrarias del maestro, se armoniza con el darwinismo. . .”. “No trepido en afirmar que los tres grandes maestros de los futuros naturalistas serán Lamarck, Darwin y Comte...”¹¹⁷

En otros problemas, como el de la educación, es igualmente fiel al Comte del primer período. Divide la educación sistemática en tres períodos: uno “afectivo”, destinado al niño de 1 a 7 años y a cargo de la madre, otro “estético” para el muchacho de 8 a 14 años y destinado a formarlo como hombre “moral”, y por fin un tercer período “científico” para el mozo de 15 a 21 años que culminará su formación haciéndolo/ también “inteligente”. Para este período propone enseñar las ciencias siguiendo estrictamente el plan del curso con el desarrollo jerárquico de sus siete ciencias, desde las matemáticas hasta la sociología y las ciencias morales.

Sin embargo, a pesar de la influencia de Scalabrini en la Escuela Normal de Paraná y de su dominio en el clima cultural de esa ciudad, la importancia de ese centro en nuestro país no fue proporcional a la que ejerció en México la Escuela Nacional Preparatoria. Recorriendo

¹¹⁷ P. SCALABRINI, Páginas Científicas, pág. 54.

las páginas de *El positivista* se encuentran las declaraciones de sus mismos afiliados, que opinaron sobre este problema. Leopoldo Herrera, por ejemplo, refutó a Eugenio D'Ors en la sesión de agosto de 1925 que tuvo lugar en el Comité Positivista Argentino, demostrando que en Paraná no se aplicaron las teorías pedagógicas del positivismo.

La Escuela Normal de Paraná no fue planeada siguiendo las teorías educacionales de Comte y menos todavía según su última y definitiva concepción, que era de fundamento estético y no perseguía ninguna finalidad útil. Los alumnos maestros asimilaban la pedagogía según los principios de los clásicos, cuyas cumbres culminantes pueden ser marcados en Comenio y Pestalozzi, hasta los más modernos, cuya experiencia hizo el Kindergarten modelo que funcionó en la escuela. Si las ideas pedagógicas de Comte proyectaron allí alguna influencia, quizás sea aceptable que fueron sus posiciones de la primera época, cuando propiciaba una enseñanza de bases matemáticas y para proveer a los “proletarios de “claridades de todo”. Antes de decidir sobre el alcance de esta influencia es preciso esperar, por otra parte, una investigación cuidadosa, capaz de evitar cualquier confusión que menoscabe la autoridad ejercida por la tradición enciclopedista. En cuanto a la educación utilitaria que propugnaron desde las cátedras, el parlamento o los ministerios algunos de los egresados de Paraná, es probable que haya sido producto de las enseñanzas de Spencer en su *Educación intelectual, moral y física*, donde desarrollaba su tesis sobre la educación como preparación “para la vida completa”.

Esta primera etapa de la influencia positivista puede considerarse madura cuando se realiza en La Plata la comunión entre los “universitarios” y los “normalistas”.

La convergencia que se produjo entre las dos corrientes fue posible por las inconsecuencias de ambas con sus inspiradores originales. Para reconocer este hecho en relación con Spencer, recordemos a Ameghino que aunque fue calificado de darwinista por Scalabrini, tomaba casi expresamente los temas contenidos en *Los Primeros prin-*

cipios. Así, en “*Mi Credo*” (trabajo que corresponde ya al año 1906), hablaba como Spencer de una “evolución concentrante y radiante”, pero adoptaba una actitud “profundamente subversiva”,¹¹⁸ frente al agudo conflicto entre ciencia y religión. Para él no había conciliación posible entre ambas sino divergencia irreconciliable y al resolverse en favor de la ciencia se declaraba al mismo tiempo afecto al ateísmo, igualmente rechazado por comtianos y spencerianos. La misma libre actitud fue adoptada, en más o en menos, por todos los que siguieron a Spencer en nuestro país. Además, cabe anotarse que expresamente Ameghino se opone a las teorías gradualistas de la evolución, común a todos los positivistas. En el prólogo de “*Filogenia*” se manifiesta partidario de las teorías revolucionarias de la transformación y dice que espera la crítica de “todos los que no tienen fe en el porvenir y en las innovaciones y ven detrás de cada revolución un caos, sin reflexionar que después del fuerte rugir del trueno y de la oscuridad que momentáneamente produce el encapotado cielo, la bóveda celeste se muestra más límpida y azul, y el sol aparece más brillante y más hermoso”.

Del mismo modo, los discípulos de Comte no lo siguieron en su odio contra la filosofía del siglo XVIII ni tampoco contra la Revolución Francesa. “Aquí el normalismo argentino — dice A. Korn — abandonó al maestro. El credo democrático de Mayo es intangible”.¹¹⁹

El segundo período de la influencia positivista en la Argentina puede considerarse iniciado, como se dijo, con la fundación de la Universidad Popular el 8 de octubre de 1905. Al inaugurarla, del Valle Iberlucea exponía que su propósito era “educar al pueblo, defendiendo y popularizando la ciencia”. Spencerianos y comtianos ocuparon indistintamente su tribuna, y la compartían con muchos hombres in-

¹¹⁸ JOSÉ INGENIEROS, *Las doctrinas de Ameghino*. Edit. J. L. Rosso, Buenos Aires, 1919, pág. 183.

¹¹⁹ ALEJANDRO KORN, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, ed. cit., pág. 217.

teresados en el desarrollo de las ciencias que eran indiferentes ante cualquiera de los dos filósofos.

El positivismo que germinó con la generación del 80 estaba dando ya sus frutos. Norberto Piñeyro venía exponiendo en la cátedra las ideas de Lombroso; Francisco de Veyga había creado un servicio experimental para la observación de alienados. *La Semana Médica* difundía los nombres más acreditados de la escuela y la revista de *Criminología moderna* era por entonces “la única tribuna de la escuela positivista en el Continente”.¹²⁰

Ya habían aparecido *Las multitudes argentinas*, de José María Ramos Mejía; *La ciudad indiana*, de J. A. García; *Nuestra América*, de Carlos Octavio Bunge y *Anarquía argentina y caudillismo*, de L. Ayarragaray.

El paso de Gori por Buenos Aires había impulsado los estudios positivistas en el terreno del derecho. En el mes de abril del mismo año de 1905, José Ingenieros había participado en el Congreso Internacional de Psicología, celebrado en Roma, con la presencia de Janet, Dumas, Pieron, Lombroso, Ferri, Binet, Sergi, etc., y llegaban las noticias de su posición original y parcialmente disidente con el cónclave positivista.

La apreciación de la influencia positivista en Ingenieros es uno de los problemas tal vez más interesantes que reclama la investigación del pasado ideológico argentino y será uno de los más importantes capítulos del análisis sistemático a emprenderse.

En la tribuna de la Universidad Popular, Juan B. Justo expuso su interpretación de la historia fundada en Herbert Spencer. En su *Base biológica de la historia*, que se publicó en los tres primeros números de la *Revista de la Universidad Popular*, dio Justo los fundamentos de la Teoría y práctica de la historia, publicada en 1909.

¹²⁰ SERGIO BAGÚ, Vida ejemplar de José Ingenieros. Edit. Claridad, Buenos Aires, 1936, pág., 71.

En dicha conferencia citaba a Malthus y a Darwin, pero se manifestaba especialmente entusiasta con la traslación spenceriana de las leyes del mundo biológico al de las sociedades humanas.

El líder del Partido Socialista argentino, no exponía la ley de evolución histórica del marxismo. Esa ley fue formulada en el *Prefacio a la Contribución a la crítica de la Economía Política*, donde dice Carlos Marx: “El resultado general a que he llegado y que me ha servido de hilo conductor en mis estudios, puede formularse brevemente así: en la producción social de su existencia, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a un grado de desenvolvimiento dado de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de esas relaciones de producción constituye la estructura económica y política que corresponde a formas de conciencia social determinadas. En un cierto estado de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o lo que no es más que su expresión jurídica, con las relaciones de propiedad en cuyo seno ellas se habían movido hasta entonces. De formas de desenvolvimiento de las fuerzas productivas que ellas eran, esas relaciones se transforman en trabas. Entonces se abre una época de revolución social. . .”

En vez de estudiar de ese modo el factor económico que “en última instancia” determina la historia, pero que no debe considerarse como el único que la condiciona, so pena de “transformar esa proposición en una frase vacía, abstracta, absurda”;¹²¹ en vez de considerar el valor del hombre como lo hicieron los clásicos del marxismo desde sus primeras obras juveniles, Justo aceptaba, cómo Spencer, que “la especie humana se ha formado y evoluciona por la acción de los mis-

¹²¹ Carta de ENGELS a JOSEPH BLOCH. *Études philosophiques*. Ed. cit., pág. 150.

mos grandes factores que han determinado la formación de las especies en general”.¹²²

En consecuencia, “los móviles del hombre son los mismos que los de los seres vivos en general”. Observa que, para adaptarse a la fatalidad que impone la lucha por la existencia y la selección natural, los seres de la misma especie se asocian y se hacen más fuertes, como es el caso, entre otros ejemplos, de los pólipos en el mar. De ese modo prepara las soluciones que aconsejará para las sociedades humanas en el libro que publicará cuatro años más tarde.

En la *Teoría y Práctica de la historia*, aparecen mezcladas con otras muchas, las referencias de Carlos Marx, indistintamente, con las de Herbert Spencer. El proletariado “enarbola la enseñanza más hermosa que haya aparecido en la Historia”,¹²³ es decir, la de concluir con la explotación del hombre por el hombre. Pero mientras esa bandera flota alto y lejos, los obreros deben adaptar sus formas de existencia a las condiciones que impone la clase que ha vencido según la inexorable ley del triunfo del más fuerte.

Con la demostración que ofrecían las ejemplares *Trade Unions* inglesas y su movimiento cooperativo, dice Juan B. Justo que el “gremialismo” . . . “es la forma inmediata de la reacción obrera contra la combinación de los empresarios para mantener baja la recompensa del trabajo, acuerdo siempre sobreentendido entre los que manejan el capital”,¹²⁴ y que, “frente a la cooperación forzada impuesta por la dirección capitalista, la clase trabajadora practica en grado creciente la acción autónoma, la cooperación voluntaria . . .”.¹²⁵

¹²² JUAN B. JUSTO, “Base biológica de la historia.” *Revista de la Universidad Popular*, nos. 1, 2 y 3.

¹²³ JUAN B. JUSTO, *Teoría y práctica de la historia*. Bs. As., 1909, pág. 328.

¹²⁴ *Ibid.*, pág. 529.

¹²⁵ *Ibid.*, pág. 389.

Cuando Juan B. Justo aconseja a los obreros la agremiación, no se descubre de qué manera concibe que se hará el tránsito entre sus luchas cotidianas por la mejor compensación de su trabajo y la sociedad ideal donde acabará la explotación del hombre por el hombre.

Gremialismo y cooperación son, pues, los medios de que dispone la clase obrera para adaptarse a las condiciones impuestas por el capitalismo. Era también la adaptación, que realizaba el socialismo de la Segunda Internacional a la filosofía del intérprete del capital monopolista inglés.

En el año 1896, Justo había pronunciado una conferencia sobre *La teoría científica de la Historia y la Política argentinas*. Con verdadera eficacia vindicaba a los trabajadores argentinos y demostraba la dependencia de los intereses del proletariado con los más elevados intereses de la Nación. “El coeficiente del progreso histórico —decía— es mensurable por la situación de la clase trabajadora”. Pero, al mismo tiempo, definía en una cláusula muy significativa la actitud que le correspondía a nuestro país frente a la condición de dependencia en que lo sumergía la expansión del imperialismo. “El progreso económico nos ha incorporado de lleno al mercado universal, del que somos una simple provincia. Esa división internacional del trabajo exige que hagamos inteligentemente nuestra propia economía, si queremos conservar la autonomía.” Era la misma “división del trabajo” entre las naciones oprimidas y las opresoras, que aceptaban los líderes de la Segunda Internacional.

¿No parece que tal aplicación de la teoría evolucionista a las condiciones de los países coloniales fuera el complemento de su adecuación a las necesidades del imperialismo en crecimiento?

Seguía dominando el positivismo en la cultura del país, aunque ya comenzaban a sentirse los embates del enemigo, de esos “literatos encantados de que exista una intuición que les permita conocer la naturaleza sin estudiar las ciencias naturales”, según decía combativamente José Ingenieros.¹²⁶

¹²⁶ Citado por SERGIO BAGÚ, ob. cit., pág. 155.

Los comtianos habían actuado interpolados en el difuso movimiento positivista. Coparticiparon de la tribuna de la Universidad Popular; producían sus obras psicológicas fundadas en las experiencias que los laboratorios y las observaciones de La Plata les facilitaron (es el caso de los valiosos y mundialmente conocidos trabajos sobre Psicología de la Adolescencia de Senet y Mercante); aparecían en las columnas de la *Revista de filosofía*, que dirigía Ingenieros e imprimían el sello de su ideología a los *Archivos de pedagogía y afines* que publicaba la Universidad de La Plata bajo la dirección de Mercante.

Pero también a ellos les llegó la hora de consolidar filas y estructurar su organización. El hecho se produjo en junio de 1924, a consecuencia de haberse designado a D. Alfredo Ferreyra miembro del Comité Positivista Occidental, con sede en París. Así se inicia el tercer período de la influencia positivista en el país.

Ferreyra, que muchos años atrás había presidido la Escuela Positivista en Corrientes, mereció la distinción como premio a su consecuencia y, mucho más aún, a la singularidad de su interpretación del positivismo, que puso de manifiesto en su *Carta Abierta a Corra*, publicada por La Nación en julio de 1923. Era la respuesta a la encuesta que organizaba el Comité Positivista de París, que trataba de explicarse por qué disminuía el número de sus adeptos.

Ferreyra realizó un valiente y persuasivo alegato contra el “comtismo petrificado”. Mientras se consolida el positivismo (es decir, la “filosofía de las ciencias”, la moral de bases científicas y los estudios sociológicos) —decía—, los centros positivistas disminuyen sus adeptos porque se mantienen aferrados al valor absoluto de las palabras y no asimilan los más modernos adelantos científicos. “Los centros positivistas... no han incorporado paladinamente las grandes corrientes de ideas positivas producidas desde la muerte de Comte...”.¹²⁷ A los

¹²⁷ FERREYRA, “El estancamiento del positivismo”. En el volumen titulado: *Iniciación positivista*. Biblioteca Racionalista, Buenos Aires, 1938, pág. 159.

positivistas sectarios, que hacían “girar demasiado a la Humanidad alrededor de Augusto Comte”¹²⁸ y que se quejaban de que “la doctrina va por un lado y el mundo corrompido y egoísta va por otro”,¹²⁹ les demostraba que después de haber producido Darwin una revolución semejante a la de Copérnico, no era posible seguir negándole al hombre el derecho de realizar investigaciones sobre su origen; que no era posible estancarse en las “localizaciones” de Gall cuando las investigaciones habían brindado ya las conclusiones de Cajal, o hacerle la guerra a las inyecciones y la vacunación obligatoria, después que la humanidad había proclamado a Pasteur su bienhechor.

Para salvarlo de la crisis, Ferreyra le pedía al positivismo que hiciera valer su proclamado fin del “progreso”, asimilando todo cuanto producía el desenvolvimiento de la ciencia y de la “vida colectiva”.

Esa carta contiene los principios que adoptó la Sociedad Positivista Argentina, fundada bajo la iniciativa de Ferreyra y Leopoldo Herrera, en junio de 1924. Allí pasaron, por fin, a disponer de su propia organización los comtianos de la Argentina.

Además de A. Ferreyra y L. Herrera que fueron, respectivamente, presidente y vicepresidente de la Sociedad, formaban parte de la Comisión Directiva Humberto Settel, en calidad de secretario y Víctor Mercante, como secretario y director de la Revista. Eran, además, miembros del Comité, Ángel Bassi, Rafael Barrios, Manuel Bermúdez, Avelino Herrera, Martín Herrera, Armando Marotta, José N. Santos, Pedro Scalabrini Ortiz, Rodolfo Senet, Luis Robín.

Pues bien. ¿Acaso fundaron un santuario para adorar a los apóstoles del positivismo? De ningún modo. El ritual de nuestros positivistas era tan modesto como se revela en la siguiente inscripción de la revista que fundaron un año más tarde: “Se reúne —la sociedad— en su local de Billinghamurst 2516, el primer domingo de cada mes a las nueve de la

¹²⁸ Ibid., pág. 159.

¹²⁹ Ibid., pág. 175.

mañana para tratar asuntos relacionados con los centros similares de otros países; difunde el espíritu y doctrinas del sistema; interpreta sus principios y adaptaciones al pensamiento contemporáneo; interviene mediante circulares en los asuntos económicos, educativos y políticos del país; sirve al progreso y cultura de la Nación, poniéndose en contacto con el pueblo”.

La imagen de Agosti es exacta cuando dice que “Comte entraba un poco subrepticamente, como uno de esos invitados que se presentan a una reunión con los zapatos mal lustrados y procuran deslizarse en silencio para que nadie repare en su desaliño”.¹³⁰

Mientras en Brasil se publicaba el último capítulo del *Sistema* — que contiene el conjunto más retrógrado de sus ideas y donde se lamenta de que el positivismo no haya dispuesto del poder político para aniquilar al comunismo—, y se lo publicaba en francés para no alterarlo ni siquiera con la traducción, entre nosotros sólo se mencionaron las obras del primer Comte.

Los positivistas de nuestro país formaron una corriente libre y heterodoxa. Lo dicen las cartas de polémica que enviaban los austeros, circunspectos y sensatos argentinos a sus cofrades brasileños, que seguían ciega y apasionadamente al Padre Lafitte; lo dice la independencia a veces rebelde de sus publicaciones. ¡Cómo habría censurado Comte, por ejemplo, a Ángel Bassi, cuando éste exaltaba a Lutero, “fuente de libertad y móvil de Instrucción”,¹³¹ o al mismo Ferreyra cuando hablaba de “no contrariar el sufragio universal”!

Algunos universitarios, como Enrique Butty, ocuparon su tribuna para explicar las más modernas hipótesis de las matemáticas y sus columnas daban lugar a los puntos de vista que sustentaba en psico-

¹³⁰ HÉCTOR P. AGOSTI, José Ingenieros. Edit. Futuro, Buenos Aires, 1945, pág. 23.

¹³¹ ÁNGEL BASSI “Hay que enseñar el arte de gobernar a los pueblos”, en la Revista El Positivista, nº 1.

logía José Ingenieros. Popularizaban no solamente las elaboraciones nacionales sobre temas relacionados con el positivismo y conceptos extraídos de sus fuentes, sino que glorificaban a prohombres nacionales que tal vez Comte hubiera identificado con el espíritu negativo. Su actividad práctica se reducía a exaltar algunos actos de “filantropía y solidaridad”,¹³² como por ejemplo, algún inciso testamentario que legaba cierta suma para un acto de beneficencia.

La carta de Ferreyra antes mencionada, bien mereció que fuera publicada por la Biblioteca Racionalista bajo el título de Punto de vista argentino sobre el positivismo.

Magra ya la influencia del positivismo en el país, Spencer le cedió, pues, el brillo de su esplendor a un Comte vergonzante y rectificado.

Así como en la segunda etapa del desarrollo positivista en el país Spencer tuvo de su lado a la primera figura del socialismo argentino, también en la última se adhirieron algunos afiliados del mismo partido político.

En el año 1938, hace apenas catorce años, tomó la iniciativa de editar algunas publicaciones del Comité Positivista Argentino el doctor Ángel M. Giménez, para demostrar que “el positivismo no había envejecido” ni “había sido superado” . . .

¿Les atraerían las tesis de Comte sobre la existencia igualmente necesaria de «empresarios» y «operarios»?

¿O pensaron que, como lo dijo el mejicano Agustín Aragón en la Sociedad Positivista Argentina, hay una coincidencia entre Marx y Comte, *a pesar* de que “éste propugnaba la teoría de “la existencia eterna e inmodificable de dos clases, una rica que debe gobernar y otra que debe renunciar a toda tentativa revolucionaria para privarla de su riqueza y de su poder?”. (El subrayado es nuestro.)

Ciertos puntos de vista del comtismo, como algunos del positivismo inglés que ya esbozamos anteriormente, concilian con muchos

¹³² “Filantropía y Solidaridad” se titulaba una sección de la revista.

otros del socialismo revisionista. Pero un estudio fiel del marxismo pone inmediatamente de manifiesto la imposibilidad de cualquier identificación entre Marx y Comte, en ningún terreno, ni filosófico, ni político, ni científico.¹³³

Faltaría analizar si la actitud antiteológica, que sugería el programa de reemplazar el estado teológico por el positivo, tuvo aquí la misma trascendencia histórica que en otros países americanos.

Es evidente que considerado externamente, este aspecto del positivismo recuerda algunos episodios que se desarrollaron en los albores de la Revolución por la independencia, ¿No se nos aparece el joven Lafinur riéndose “a carcajadas” del cancelario Villegas y diciéndole que ya se había acabado la “aristocracia cimpluxo de los pulsillos”? ¿O el padre Castañeda, cuando le replicaba que “por no ser teocrático se muestra macarrónico y maniático”? Esos ya lejanos recuerdos se unían a los de la expulsión de los jesuitas y a su reposición por Rosas; se vinculan más de cerca al cristianismo antidogmático que la Joven Argentina bebió en las fuentes de Saint Simón, Leroux y Lamennais, y a la más reciente polémica sobre libertad de cultos, provocada por la discusión de la Constitución Nacional. La inmigración, que había traído al país las religiones más disímiles, inclinó a nuestros gobernantes hacia la tolerancia. Matrimonio civil y educación laica fueron los corolarios lógicos de su política civilizadora.

La adhesión que ofreció gran parte del clero criollo a la revolución por la independencia, tuvo el efecto de despojar de combatividad a esa larga trayectoria antirreligiosa. Ese hecho se unió a otras razones históricas, para que el antiteologismo positivista no tuviera el alcance anticlerical de proporciones revolucionarias que tuvo en su época juarista de México.

¹³³ Para comprender las diferencias, pueden servir de guía los trabajos realizados por LUCY PRENANT y PAUL LABERÉNNE, ‘Córate y Marx’ en *A la Lumière du marxisme*, t. II, ed. cit.

Hemos visto que el positivismo, en sus dos expresiones, fue acogido especialmente entre los hombres de ciencia de nuestro país. Y bien, si nos volvemos hacia los orígenes de nuestra cultura, sorprenderemos a muchos sacerdotes en una búsqueda afanosa de barómetros, termómetros, microscopios, “y toda clase de máquinas de física”, como decía el Deán Funes, y a otros reclamando “que la enseñanza no sea vaga”, que no se pierda el tiempo en sostener sistemas y reducir a cuestiones que no importa averiguar.

Frente a enemigos que hacían tales concesiones, ved a qué recursos apelaron nuestros débiles positivistas para proponer la separación de la Iglesia del Estado. ¡Cuánto despliegue de persuasión para demostrar que la Iglesia “no es el único poder espiritual”, que también está integrado por la ciencia, la escuela, el arte, el periodismo, el libro! ¡Cuánta habilidad para convencer de que en los países donde se realizó la separación los feligreses no disminuyeron!

Como resultado de tales métodos, el proyecto de Ferreyra patrocinado por la República Sociocrática, duerme como una curiosidad histórica, entre los papeles que guardan la crónica de la sesión que celebró la Sociedad Positivista Argentina, en el mes de diciembre de 1925.

Unidad del positivismo y el antipositivismo

Veinte años después de realizada la revolución por la independencia, durante el gobierno de Rivadavia, la burguesía comercial de Buenos Aires, con manifestaciones dispersas y a veces confusas, había expresado su plan de desarrollarse como burguesía industrial. Pero acosada por su enemigo histórico, el capital extranjero, y maniatada finalmente por los terratenientes, debió sufrir una postergación tras otra en la tumultuosa historia de todo el siglo.

Después de Caseros, el progreso económico comenzó a abrirse paso a pesar de las porfiadas luchas por la hegemonía que seguían enfrentando a Buenos Aires con la Confederación. Con posterioridad a la batalla de Pavón, la prosperidad ascendente comenzó a transformar en realidades tangibles los sueños de Rivadavia y las consignas de Alberdi y de Sarmiento.

Pero no tuvieron demasiado tiempo los argentinos para alimentar sus ilusiones de instalar las fábricas y perforar los pozos de petróleo con sus propias manos. Los sueños que forjó Sarmiento para emular a los pioneros del norte iban disipándose a medida que venían los ingleses a cobrarse las deudas y a realizar nuevas inversiones, y que se extendía y afianzaba el dominio económico y político de los terratenientes en el país.

Sin embargo, la presencia de hechos tan significativos parece no haber sabido despertar en las personalidades preclaras de la Argentina la reacción mental que se imponía. La crítica histórica debe dar aún su última palabra a este respecto, pero en otros países latinoameri-

canos algunos autores, en presencia de situaciones similares, fueron explícitos en sus profecías con respecto al destino inmediato de estas naciones. Es el caso de Francisco Bilbao, chileno, que en su libro *El Evangelio Americano*, supo ver el peligro que el crecimiento de los E.E. U.U. entrañaba para América hispánica. “Contemplándose tan grandes —decía— han caído en la tentación de los titanes, creyéndose ser los árbitros de la tierra y aun los contenedores del Olimpo”. “Ayer Texas, después el norte de México. . . Panamá”.¹³⁴

Entre nosotros, cuando la ley de créditos, en 1863, nos dejaba arrodillados ante la Bolsa de Londres, las voces angustiadas de los pocos diputados que se resistían, se ahogaban en medio del estruendo de los ferrocarriles que arrastraban nuestro trigo hacia el puerto de Buenos Aires, para que Londres lo usufrutuara.

Al final de la década 80/90, como resonancia de los acontecimientos que en el orden mundial afianzaban el triunfo del imperialismo inglés, también en nuestro país se consolida su penetración, asegurada por la oligarquía que se adueña del poder político. La misma década se define, también, por la aparición de nuevas fuerzas políticas. La Unión Cívica Radical, que en sus comienzos agrupa a las fuerzas de la burguesía y la pequeña burguesía, se constituye después de los hechos revolucionarios del 90 para oponerse al “régimen” del gobierno oligárquico, y el comité internacional obrero que el 1º de mayo de 1890 participa ya en la primera celebración mundial del Día de los Trabajadores, señalan dos hechos trascendentes, que inician una nueva época en la historia de la Patria. En medio de un clima verdaderamente revolucionario, de fuerte crecimiento y de grandes huelgas y luchas de la clase obrera, nace pocos años después del Partido Socialista.

Pero, lejos estuvo esta fuerza de comprender el verdadero panorama de nuestra política. En la Universidad Popular vimos a sus líderes —fermento de la “segunda promoción positivista”—, elaboran-

¹³⁴ Citado por LEOPOLDO ZEA, *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica*, pág. 130.

do hipótesis propicias para que nuestro país se ajustara al derrotero imperialista, aceptando los dictámenes de la “división internacional del trabajo”.

Por su parte, la burguesía argentina en su exiguo desarrollo, pese al impulso que esporádicamente manifestó, a lo largo de nuestra historia se muestra endeble, aplastada, comprimida en la refriega de los imperios rivales que buscaban repartirse el mundo. Si bien supo formular sus aspiraciones políticas bregando por la democratización de los gobiernos, no fue capaz de oponerse en sólido bloque a la invasión imperialista, y aunque algunos se mantuvieron altivamente, a veces heroicamente fieles a los intereses nacionales, también otros se transformaron en servidores de esa penetración. De este modo, estos descendientes de Diderot y D’Holbach se acomodaron a tan denigrante situación y encontraron que la filosofía del positivismo respondía, en cierta medida, al problema histórico que se proponían resolver. La duplicidad de sus fórmulas se adaptaba a su noble propósito de disputarle a los terratenientes, por una parte, su derecho a subsistir, y por otra parte, de acorazarse contra la clase obrera que comenzaba a dar muestras de su valer.

La fórmula del progreso era vieja en nuestro país. Alcorta la había defendido en 1827, desde la cátedra universitaria. La había adoptado la generación del 37 tomándola de sus fuentes originarias.

Su complemento del orden debía aparecer como una esperanza para quienes se afanaban por organizar el país anarquizado. La escuela de Paraná se estableció por iniciativa de Sarmiento, sobre la base de fundaciones que se habían creado para satisfacer las necesidades de “las familias de los legisladores y de las personalidades distinguidas —argentinas y extranjeras— que tenían alguna misión cerca del gobierno”.

¿Acaso se prolongaban en sus claustros las inquietudes que habían agitado a los vecinos de la benemérita capital de la Confederación?

¿El «orden» tendría también la virtud de salvar a la Nación de la anarquía económica del «empapelamiento» oligárquico y de las crisis sucesivas? ¿Por qué no alentar esa esperanza?

Pero, además, si no olvidamos el sentido con que se fueron disponiendo los agregados sucesivos de la filosofía de Spencer según la evolución histórica de su época para justificar la consolidación del imperialismo, es comprensible que aquí también se acogieran complacientemente sus fórmulas por quienes se acomodaban al papel de halagados anfitriones. Debían sentirse cómodos con Spencer los hijos de la oligarquía que concurrían a las universidades en el 80, tanto como después los socialistas que cumplían aquí el objetivo político que ya venía sirviendo el revisionismo en las metrópolis.

Pero, aparte de estas consideraciones históricas y políticas, hay que reconocer otra situación.

Aunque las riquezas se producían en favor de pocos y de extraños, alentados por el nuevo ritmo de la vida nacional, los universitarios y los normalistas recogían del fondo de la historia de la patria el fuego que, para mantener viva la devoción por la ciencia habían alimentado Juan Baltazar Maciel, Pedro Cervino, Antonio Castellini, Belgrano, Lafinur, Juan Manuel Fernández de Agüero, el Deán Funes, Rivadavia, Valentín Gómez, Carta y Mossoti, Julián Segundo de Agüero, y muchos otros devotos de la “manera recta de dirigir el pensamiento”.

Desde la convexidad de su superficie, Spencer y el Comte de la primera época, reflejaban el brillo que habían tomado de las ciencias. Ellos traían, además, el prestigio de la última palabra europea, que siempre impresionó tan fuertemente a los intelectuales coloniales.

De este modo crearon en el país un movimiento en favor de las ciencias, una preocupación por la investigación que dejó serias huellas y grabó grandes nombres en la historia de nuestra cultura.

Lamentablemente, la réplica del antipositivismo derrumbó sus creaciones y asfixió el aliento de sus grandes perspectivas. El antipositivismo destruyó lo único que mereció subsistir del positivismo en el país. La psicología y la sociología tienen, en este sentido, enormes cargos que formularle.

A fuerza de atacar algunos de los flancos del positivismo, las diversas formas que asumió la filosofía irracionalista de fines del siglo pasado y comienzos del presente, terminaron por desplazar a aquellas elaboraciones que todavía conservaban, aunque sea en cierto momento de la historia de su desarrollo, algunos rasgos del pensamiento que acompañó a la burguesía en su ascenso revolucionario. La nueva situación histórica de esa clase —ya en su etapa imperialista—, la conciencia de sus propias debilidades y de la fuerza del proletariado y las otras clases populares aliadas suyas, encontraba una mejor expresión y un más perfecto instrumento en cualquiera de las formas oscurantistas, irracionales, místicas, esotéricas, ya sea del intuicionismo y espiritualismo francés, del neo-hegelianismo y la doctrina de la acción italiana, o de la fenomenología alemanas.

En un trabajo más sistemático que el dedicado al positivismo y su influencia, Francisco Romero analiza la relación que tuvieron aquellas corrientes irracionales con el antipositivismo en nuestro país. Dicho trabajo constituye la segunda parte de sus *Indicaciones sobre la marcha del pensamiento filosófico en la Argentina* y se titula: “Agotamiento del positivismo y corrientes reemplazantes”.¹³⁵

El mencionado autor expresa allí como ideal supremo la posibilidad de explicar cada época filosófica “según módulos exclusivamente ideológicos, con muy escasas referencias a las circunstancias exteriores” (pág. 136) y si bien reconoce que para nuestro país, por ser muy joven, el caso es diferente, los hechos pueden demostrarle que es imposible no sólo para el nuestro sino para todos los países. Por su parte, el mismo caso del profesor Romero puede servir para ella de buena ilustración.

Un trabajo especial que habrá que hacer con todo el cuidado, y la extensión que se merece, podría demostrar en el ámbito más estric-

¹³⁵ Cuadernos americanos, México, año 1950, n° 2. En el primer capítulo (pág. 22), al aludir a este trabajo, hemos esbozado las etapas en que Romero divide el proceso del antipositivismo en nuestro país.

to de los principios, cómo esas corrientes sirvieron a “circunstancias exteriores”, a las de la reacción contra el progreso, a las del pasado contra el porvenir, a las de la esclavitud contra la libertad, a las de la muerte contra la vida, a las de la guerra contra la paz, a la causa, por fin, del individualismo egoísta y antisocial contra el hombre liberado en una sociedad que no lo enajene material ni moralmente.

Hoy intentaremos señalar tan sólo algunos de sus rasgos característicos. Pero, antes deseamos consignar cuál fue la ubicación que en relación a esas “circunstancias exteriores” tuvieron los ideólogos de esas “corrientes reemplazantes” tan admiradas, tan elogiadas por Romero. Por no considerar más que algunos, mencionaremos a Gentile como soporte ideológico de Mussolini, a Ortega y Gasset aliado de Franco, a Heidegger, filósofo oficial de Alemania durante la culminación del nazismo.

Suponemos que el democrático profesor Romero se refiere a esos hechos, aunque no los menciona en su escrito del año 1950, cuando considera que estas filosofías están juzgadas. Pero, ya veremos luego cuál es su desvarío cuando busca con qué reemplazarlas.

El mencionado esbozo de los “Cuadernos americanos” demuestra por sí mismo que el presuntuoso movimiento “antipositivista” que trató con tanto desprecio las pedestres elaboraciones de sus adversarios, no hizo otra cosa que oponerles en nuestro país, las corrientes filosóficas de la última moda europea. Ni más ni menos que lo que se había venido haciendo durante la centuria de la primera infancia de la vida cultural argentina, los pretendientes a las magistraturas filosóficas de nuestras universidades siguieron ofreciendo en nuestro siglo, mercancías importadas. Con ellas vino también el hilado del antipositivismo.

No fue la sagacidad de la propia crítica nativa quien descubrió los deleznales elementos de las formaciones positivistas ni su desacuerdo con las apetencias ideológicas del país. La crítica fue simplemente un trasplante de las novedades ofrecidas por las revistas europeas. En medio del estupor de los rezagados, los dardos dirigidos por Croce y

Gentile desde la revista “Crítica” fueron recogidos aquí para ser utilizados contra el mismo enemigo, y ni siquiera siempre contra sus seguidores nacionales. La sofística sutil que en “Los datos inmediatos de la conciencia” se oponía a las pretensiones de estudiar científicamente los problemas del psiquismo, era repetida por los que prolongaban en Buenos Aires el clima que se formó en torno a la cátedra de Bergson en el *Collège de France*. Su tono era tan fatuo como débil e impreciso el conocimiento que estos bergsonianos tenían de los fundamentos matemáticos en que se basaba su maestro.

Así, pues, por algún tiempo, para entrar en la feria de la filosofía había que exhibir algún producto de sello antipositivista y se estableció una tolerante concurrencia entre neo-kantianos, neo-hegelianos, intuicionistas y fenomenólogos, entre Cohen y Husserl, Vico, Dilthey, Bergson o Spranger, Scheler o Heidegger. Los diversos representantes se ofrecían como portadores de grandes revelaciones con el afán de buenos agentes de propaganda y sin ahorrarse el esfuerzo que les significaba repetir las fórmulas esotéricas de las firmas que representaban.

Sin embargo, hay que evitar toda apreciación superficial de este proceso, pues quedaría sin ser comprendido un momento grave de nuestra cultura en relación con la crisis general de la cultura en los comienzos del siglo, que se acentuó a continuación de la primera guerra mundial y todavía con más confusión aunque con menos seguridad y recursos, después de la segunda.

Jamás escapan las ideas a sus determinantes históricos. La filosofía es siempre militante y, en el eterno combate de lo que nace contra lo que muere, toma un partido o el otro, defiende la causa del pasado o impulsa la del porvenir. El conjunto de corrientes que equívocamente se llaman a sí mismas antipositivistas, se colocan con toda deliberación en el camino que conduce hacia el pasado.

Deseamos detenernos, aunque con menos tiempo del merecido, para dar algunas pruebas que demuestren hasta qué remotas regiones llegaron en su camino de retorno.

Es sabido que las mismas corrientes irracionalistas proclaman la dificultad de su propia definición. Husserl declara que su fenomenología no puede ser definida, sino “sentida” después de un análisis “fenomenológico” de sí misma y Bergson comienza por expresar que el lenguaje se interpone y dificulta el contacto inmediato con las cualidades puras de la conciencia.

Este solo hecho, la primera tentativa por explicarnos el alcance de estas corrientes, nos pone ya súbitamente en presencia de su carácter irracional, antiintelectualista y antisocial que los jefes respectivos de estas escuelas no desmienten sino que, por el contrario, se complacen en confirmar.

Es común atribuirles a esas tendencias el cargo, o según las apreciaciones el mérito, de volver hacia atrás en busca de la inspiración de ciertas corrientes espiritualistas de tipo subjetivo con contenido sensorial, a la manera de Berkeley o, más atrás, de una intuición intelectual objetiva a la manera de Platón o, más atrás aún, de una intuición estética inmediata a la manera de las ideologías-religiones precientíficas de los orientales. Pero es fácilmente demostrable que su repulsión por el lenguaje va más atrás, que todo eso, hacia la negación de la concepción del hombre en tanto que tal, para colocarlo, sin exageración alguna, en la condición de la animalidad. Por otra parte, estas direcciones no están lejos de formular como ideal semejante objetivo, coincidente con las conclusiones que en otros derivados fenomenológicos proclaman la abyección del ser humano. Tal vez, por fin, este afán por situarse a ras, de la animalidad fue lo que despertó en muchos pseudo-filósofos de nuestras universidades el entusiasmo por los bestiones ululantes de Vico en quien, lejos de destacar el verdadero mérito de haber descubierto el papel del hombre como creador de la historia, acentuaron las elaboraciones que podían consolidar el irracionalismo y la lucha anticartesiana de la fenomenología y el intuicionismo.

En oposición a la repulsión antipositivista por el lenguaje, pueden encontrarse en el campo de la ciencia, fáciles referencias que demues-

tran su irreemplazable importancia para el desarrollo de la personalidad humana. Apelemos, pues, a la fisiología, la psicología y la sociología.

Dentro de sus grandes creaciones, Pavlov, al demostrar la peculiaridad de la actividad nerviosa superior del hombre, además del sistema señalador primario idéntico al de los animales descubrió la existencia de un segundo y privativo sistema de señales constituido por el lenguaje. “Si nuestras percepciones y representaciones —decía Pavlov— que se refieren al mundo circundante, son para nosotros las primeras señales de la realidad, las señales concretas, el habla, especialmente, y ante todo las excitaciones cinestésicas, que llegan a la corteza procedentes de los órganos del habla, son las segundas señales; las señales de las señales: Estas representan una abstracción de la realidad y permiten la sintetización, lo que constituye nuestra superior facultad de pensar, especialmente humana” (Obras completas. Tomo 3, página 490). “La palabra es un excitador condicionado tan real como todos los demás que comparte con los animales, pero al mismo tiempo, es también de tal capacidad de contenido como ningún otro, y no puede en este sentido ser comparado ni cualitativamente ni cuantitativamente con los excitadores condicionados de los animales” (Obras completas, T. 4, pág. 37).¹³⁶

También la psicología genética puede demostrar la importancia que tiene la estructuración del lenguaje en la evolución del pensamiento, de qué manera la conducta verbal, al sustituir a la conducta práctica o material, opera una transformación cualitativa en el pensamiento humano.

Sin el ajuste riguroso de las significaciones, es decir del lenguaje, con los datos de la experiencia, sería imposible la aparición de la conducta simbólica que crea y ensancha los planos mentales dando lugar al pensamiento especulativo y categorial, base y condición del pensamiento científico.

¹³⁶ Citado por K. BYKOV en la sesión científica de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S. el 28 de junio de 1950. Publicación de la Sociedad de Relaciones Culturales de la U.R.S.S. con el extranjero, pág. 170.

En los últimos tiempos, precisamente por inspiración de la distinción bergsoniana de inteligencia pragmática y de conocimiento intuitivo de las cualidades puras de la conciencia, se ha puesto mucho el acento en el estudio de la llamada “inteligencia práctica”, es decir, de las conductas intuitivas. Al mismo tiempo, por imposición de la crítica antirracionalista de la filosofía contemporánea se ha dejado de lado el estudio de las condiciones formales del pensamiento teórico y se menosprecia la investigación de la forma en que los datos obtenidos en el contacto con la realidad pasan al plano de la representación y encuentran su expresión en el lenguaje hablado. El poder de darles a los datos de lo real “una *significación* es una etapa que traspone un umbral decisivo entre la inteligencia puramente práctica y la inteligencia teórica; entre todas las especies animales al parecer, y el hombre”.¹³⁷

Concretamente, en el niño, sin el paso de la inteligencia llamada intuitiva o práctica a la inteligencia simbólica, verbal o discursiva (hecho que experimentalmente se observa entre los 6 y los 9 años y que se vincula a la evolución total de su personalidad, de su vida social, lúdica y afectiva) no habría posibilidad de aprendizaje escolar.

Por último, cabe referirse a las elaboraciones de Stalin acerca de la lingüística. Queremos destacar tan sólo algunas de sus observaciones a este respecto, perfectamente comprobables desde el punto de vista de los hechos: “El idioma o idioma de palabras fue siempre el único lenguaje de la sociedad humana capaz de servir como medio eficiente de comunicación entre los hombres. La historia no conoce ninguna sociedad humana, ni siquiera la más atrasada que no haya tenido su idioma hablado. La etnografía no conoce ningún pequeño pueblo atrasado —aunque fuese tan primitivo o más aún que, pongamos por caso, los australianos o los habitantes de la Tierra del Fuego del siglo pasado—, que no haya tenido su idioma hablado. En la historia de la humanidad,

¹³⁷ HENRI WALLON, *Les origines de la pensée chez l'enfant*, Ed. de Presses Universitaires, París, 1947, pág. X.

el idioma hablado es una de las fuerzas que ayudaron a los hombres a destacarse en el mundo animal, unirse en sociedades, desarrollarse su pensamiento, organizar la producción social, sostener una lucha eficaz contra las fuerzas de la naturaleza y llegar al progreso que tenemos en la actualidad”.¹³⁸

En conclusión, pues, científicamente puede demostrarse que la palabra es condición de la actividad consciente, que es inseparable de la misma. El propósito de abrirse paso hacia la intuición de la conciencia mediante la supresión de la palabra es una contradicción que conduce, por fin, a suprimir de la conciencia misma: al atacar este atributo esencialmente humano del lenguaje, las corrientes irracionalistas revelan, pues, su propósito de exaltar la animalidad sobre la humanidad.

Este hecho se manifiesta además expresamente en ciertas tendencias de la psicología contemporánea que, a pesar de su aparente divergencia —en el psicoanálisis o en el conductismo— poseen rasgos comunes, determinados por su menosprecio hacia el problema de la conciencia y su sacrificio en favor de los estratos más profundos del subconsciente en un caso y de la llamada “inteligencia práctica” sobre la “inteligencia especulativa” en el otro.

El inverosímil desprecio por el lenguaje, al que sin embargo no pueden escapar so pena de recurrir a algunas fórmulas extraídas de ciertas escuelas pictóricas y literarias de vanguardia (empleando como ellas sogas, excrementos, brochazos estridentes o sílabas agrupadas sin sentido) no les ha impedido llenar muchas páginas para hacernos comprender, mediante el lenguaje de palabras, sus respectivos sistemas. En la búsqueda infructuosa de metáforas y símbolos que evitaran el uso directo de las palabras han creado el esoterismo típico de sus diversos representantes, que obliga a un extraordinario esfuerzo mental —a pesar de su aversión por la participación del mismo en el

¹³⁸ JOSÉ STALIN, “Acerca del marxismo en la lingüística”. Edit. Anteo, 1951, págs. 51-52.

conocimiento— para interpretar sus expresiones, trasponerlas y —si se puede— penetrar en la médula de su significación, cuando la tienen.

Enemigos por unanimidad de la teoría del progreso, que señalan como uno de los estigmas del iluminismo enciclopedista, al ponerse de espaldas al futuro, los representantes de todas esas corrientes, sin excepción, eligen sus inspiraciones en alguna escuela del pasado, no siempre de la Edad Media, sino también de la filosofía griega, especialmente de su brillante siglo V y también del período presocrático. Así, mientras Bergson vuelve a veces a Plotino, otras veces a los escépticos y otras a los escolásticos medievales, Cohen de Marburgo retorna a veces a Platón y otras a Pitágoras, Scheler retorna a San Agustín y exalta al monismo medioeval mientras Heidegger vuelve, por su parte a San Agustín y a Kierkegaard.

Sin embargo tampoco para ellos todo tiempo pasado fue mejor. Al contrario, su crítica suele dirigirse especialmente contra Descartes, como en el caso de los italianos bajo la inspiración del viejo Vico, como en el caso de Heidegger y los neo-tomistas, contra Kant —como ocurre con Husserl y los neo-tomistas—, o contra Hegel —como Dilthey, que le opone la “vida” a su “razón”, o Husserl que luchó “contra el gran peligro de la vuelta a Hegel”, insinuado en la escuela de Marburgo.

Y bien: ¿qué es lo que critican y qué es lo que adoptan de estas corrientes del pasado? El análisis de estos dos aspectos que aparecen invariablemente vinculados en todas las corrientes de pensamiento que tenemos a la vista puede conducirnos a interesantes conclusiones.

¿Acaso critican en dichas escuelas del pasado su solución idealista al problema de la relación entre el ser y el pensar? Por el contrario, jamás reniegan de la prioridad que generalmente le dieron aquellas filosofías al espíritu frente a la naturaleza, afirmando, contra todo materialismo, que el ser y la naturaleza sólo existen en nuestra conciencia, en nuestras percepciones, o en nuestras ideas y que el mundo material, no tiene existencia real, propia e independiente de los mismos.

En la solución de este problema coinciden los irracionalistas del siglo XX con todas las escuelas idealistas del pasado y van mucho más lejos, a extremos insospechables. Son idealistas a pesar de su militancia contra las escuelas idealistas de Grecia, del Renacimiento y de la Edad Moderna. Abundan las referencias necesarias para demostrarlo: basta reconocer el “espiritualismo” de Bergson y es muy fácil advertirlo en cualquiera de las facetas del prisma fenomenológico.

Es bien conocida la forma en que el primero pone el acento sobre “el ímpetu vital” por el cual busca el espíritu liberarse de su sometimiento a la materia y de qué manera define al cuerpo y a la red material del sistema nervioso como un lastre que comprime al espíritu.

Contemplando este problema sobre la línea de evolución alemana, ya el neo-kantismo de Cohen comienza por negar la dualidad entre la sensibilidad y las funciones intelectuales de las categorías establecida por Kant, para trasladar todo el contenido del pensamiento a la actividad pura de la conciencia y para absorber la intuición de los hechos en el concepto, única realidad de todo lo que existe.

La concepción de la actividad creadora del espíritu como ente que no posee vinculación alguna con la materia encontraría fuertes similares en Italia, y tuvo luego sus más eminentes intérpretes en Alemania misma, entre los propios enemigos de la escuela de Marburgo que llevaron su idealismo a los más inverosímiles extremos.

En el caso de Husserl, por ejemplo, después de realizar ímprobos esfuerzos por definir el “objeto” al que le atribuye por lo menos tres sentidos diferentes en sucesivas formas de “contenidos intelectuales” y “evidencias”, por fin proclama “absurda la idea de una realidad absoluta del objeto, que compara a la de un círculo redondo”.¹³⁹

El objeto tiene siempre, así sea un objeto real o ideal, una “constitución trascendental” y es apenas un correlativo del “yo puro” que, a

¹³⁹ GEORGES GURVITCH, “Las tendencias actuales de la filosofía alemana”. Edit. Losada, Bs. Aires, 1939, pág. 63.

su vez, es el “centro activo de la conciencia” la cual tiene un carácter de “ser absoluto e indubitable”. La conciencia es un “acto” una intencionalidad actual o simplemente “potencial”.

Es cierto que en términos racionales podría efectivamente definirse en cierto modo la conciencia, cualidad de la materia altamente organizada, como un proceso que se dirige a fines determinados por los hechos exteriores para intervenir en su transformación transformándose a sí misma. Pero dentro del paroxístico idealismo de Husserl, la conciencia es un residuo del que ya nada se puede expulsar en una nueva “suspensión fenomenológica”. Es solamente una “dirección” hacia el conocimiento del que quedan excluidos los objetos; es, por fin “un haz de rayos luminosos que se proyecta sobre el mundo ensanchándose hacia lo infinito”.¹⁴⁰

En su última obra subraya que el único ser absolutamente indiscutible es el de la conciencia pura, concepto que define su “egología” o “filosofía primera”, “para poner fin a toda ingenuidad en la concepción del objeto”. Falta hacer notar que esta conclusión es el resultado natural de su método de “reducción fenomenológica” que “pone entre paréntesis” toda la realidad comprendida por el mundo natural, las tesis científicas, la moral, la filosofía, la religión y la teología. Al expurgar así todo lo circundante se obtiene el contacto con el “flujo” de lo “vivido”, en un acto del conocimiento intuitivo, la “wesenschau”, que conduce a la “esencia pura” deliberadamente opuesta a los hechos empíricos y aun a las formas apriorísticas de Kant, a toda “inmanencia” y a toda “trascendencia”. Las esencias son “eidéticas” e irreales tanto como la conciencia que efectúa la “wesenschau”.

Este proceso disuelve de tal modo la realidad, que poco le quedará a Heidegger para dar el paso hacia su concepción de la “nada”. En su aplicación del método fenomenológico, y tras las huellas de la intuición emocional de Scheler, Heidegger definirá por fin la esencia

¹⁴⁰ Ibid. pág. 57.

de este mundo, su ser que es “nada” como una “preocupación” que en otro grado se transforma en “angustia”; pero a su vez esa existencia y esa preocupación tienen su último fundamento ontológico en el “tiempo” que lejos de ser material o físico es metafísico, apriorístico y categorial. En su extrema expresión idealista, el “tiempo” es una “temporalidad” que saliendo del éxtasis de su propia esencia (donde no tiene verdaderamente tiempo, porque es extratemporal como la esencia de Husserl) se hace mundial, es decir determinable y medible y por fin “vulgar” en la existencia impropia o trivial.

A despecho de toda confusión, como la introducida por Husserl al afirmar que su método no destruye, sino que deja intacto el mundo material, o como la que surge del punto de partida de Heidegger que dice aplicarse “al hombre que existe en el mundo”, estas corrientes resuelven el problema fundamental de la filosofía en términos estrictamente idealistas, llegando por su parte a las formas más absurdas del idealismo.

Definida la identidad de los intuicionistas y fenomenólogos con el idealismo de las corrientes filosóficas del pasado, nos falta ver qué critican en ellas.

Disienten esencialmente en el poder que unas y otras le atribuyen a la razón para el conocimiento de la realidad. Esta diferencia define el irracionalismo y sobre todo el anti-cientificismo de todas estas tendencias, su retorno a la religión por el camino de la metafísica y del fideísmo y, por fin, su pesimismo en lo que respecta a las perspectivas sociales e históricas del hombre.

Es fácil observar ya en las primeras referencias que hace Bergson al pensamiento griego, que mientras imita a Platón en su “*coup de sonde*” con la captación súbita de su intuición intelectual, combate agriamente la “*ratios*” originada en el mismo filósofo, que exalta el conocimiento especulativo o conceptual contra el empirismo o sus antecesores. Los fenomenólogos acusan a Descartes por su afán de encontrar la objetividad del conocimiento y Scheler deplora que los griegos hayan identificado las esencias con la inteligencia y la razón,

mientras los neo-tomistas se vuelven también contra la objetividad del pensamiento cartesiano.

En general, atacan en todo el pasado filosófico los esfuerzos porque la realidad en todas sus formas pudiera ser expresada en conceptos, pronunciándose contra las formas superiores de la actividad intelectual del hombre, que se traducen en la abstracción y la generalización. Pero, al atacar los métodos lógicos y el espíritu teórico se oponen también al conocimiento empírico de la realidad proponiendo, en cambio, una especie de concepción intuitiva del conocimiento inmediato místicamente logrado por medios metafísicos, estéticos o religiosos.

Rigurosamente pues, estas corrientes, que con todo derecho reciben la denominación común de “irracionalistas” no solamente están contra el momento racional sino también contra el momento empírico del proceso del conocimiento humano. Basta recordar cómo la escuela de Marburgo anula los datos de la sensibilidad en la concepción del autor de “La Crítica de la Razón Pura” y de qué modo los fenomenólogos, partiendo de su conocida crítica al “psicologismo”, “expulsan” o “reducen” todo el contenido de la realidad concreta, aun el de la propia conciencia. En definitiva, están contra el racionalismo y a la vez contra el empirismo aunque aparentemente el conjunto del movimiento se vuelve con más frecuencia contra el racionalismo, tal vez porque consideran que todavía ha quedado fuerte después de la antigua polémica falsamente entablada entre unos y otros.¹⁴¹

Temen la síntesis indivisible del momento empírico y racional porque rechazan toda generalización teórica que, fundándose en las observaciones empíricas, pueda conducir al desarrollo de la ciencia. En definitiva, su lucha contra la razón y contra el “logos”, tanto como su desprecio por los datos de la percepción, se propone negar el papel de la abstracción científica realizada con el material empírico que se

¹⁴¹ Ver F. JASJACHIJ, “La cognoscibilidad del mundo”. Ed. Pueblos Unidos, Montevideo, 1947.

obtiene de los objetos, causantes de las sensaciones que, a su vez, están determinadas por la organización material del sistema nervioso y los órganos de los sentidos, resultantes también del desarrollo histórico del mundo exterior. Abstracción científica que depende, por su parte, de la acción recíproca producida entre los conocimientos ya acumulados y fijados en teorías o hipótesis con la incesante renovación de la experiencia del mundo exterior.

La primera consecuencia de esa lucha contra el “logos” y su encadenamiento metódico de conceptos se traduce en el fuerte anti-intelectualismo de los intuicionistas y fenomenólogos. Es importante tener en cuenta ciertas formaciones surgidas en estas fuentes, algunas de las cuales tuvieron muy buena suerte entre nosotros, y que aparecieron con el deliberado propósito de desplazar al empirismo a la vez que al racionalismo en su dominio del proceso del conocimiento. Se trata de las “vivencias” los “valores” y por último la “comprensión”, novedosos instrumentos de los profesionales de la filosofía de los últimos veinte años.

Es sabido que Dilthey (quien fuera poderosamente iluminado en el escaparate de nuestra filosofía para eclipsar las luces emanadas de Bergson), creó el concepto de “vivencia” para reemplazar las categorías del hombre kantiano, puramente intelectual. La “vivencia” obtiene en el contacto inmediato con los procesos de nuestra intimidad psíquica un conocimiento de los hechos del espíritu, cosa que no ocurre con las operaciones mentales que se aplican a los hechos de la realidad exterior cuya “cosa en sí”, de acuerdo con Kant, jamás se puede penetrar.

De este modo no solamente se dan los fundamentos para una separación definitiva entre las “ciencias de la naturaleza” y las “ciencias del espíritu”, sino que se desprestigia el conocimiento conceptual basado en la experiencia. El dualismo de conocimiento “vivencial” y conocimiento “intelectual” deja libre el camino para que las ciencias naturales y exactas, basadas en el segundo, sean desarrolladas con un

criterio estrictamente pragmático, de administrado aprovechamiento —en las condiciones del capitalismo— para la burguesía dominante que utiliza la ciencia para aumentar la explotación de las masas y someterlas a los horrores de las guerras. En cambio niega su capacidad para explicar la naturaleza y el mundo material.

Por su parte, los hechos del espíritu y, sobre su base, los de la sociedad y de la historia, sólo serían “vividos” y captados en efusiones metafísicas más o menos divinizadas; así desaparecería la posibilidad siquiera de profanar este sagrado recinto perteneciente a Dios o la Metafísica descubriendo la ley de su desarrollo que permita conocer y dirigir estos hechos tal como lo hacen las ciencias en el dominio de la naturaleza. Prohibida la intromisión de la inteligencia en los hechos del espíritu quedan éstos liberados a su propio arbitrio sin que nadie pretenda cambiar el cauce de su incesante “fluir”. Por fin, según las elaboraciones del neo-tomismo, Dios mandaría que esa fluencia se haga según los cauces preestablecidos que convienen a la jerarquía social por él determinada de acuerdo con la interpretación de Santo Tomás.

El enunciado de la teoría de “los valores” sirvió para profundizar la diferencia entre los procesos “espirituales” y “naturales” y para proclamar la superioridad del conocimiento intuitivo o vivencial sobre el conceptual. Aquí se origina la difundida expresión de “querer más que saber” y “ser bueno antes que sabio”, engañosas expresiones cuyos derivados malsanos en el campo de la pedagogía redundan en beneficio del oscurantismo y se vuelven contra la ilustración y el conocimiento científico.

Los “valores” constituyen una de las más resonantes formulaciones del irracionalismo contemporáneo. Desarrollando el método de Husserl y su intuición de las esencias, Scheler encuentra ciertas esencias irreducibles, desprovistas de toda significación, que no se pueden “conocer” sino solamente “penetrar” por amor e intuir con la emoción. Son actos de sentimiento puro que hasta pueden practicar los seres

desprovistos de organización psicofísica. De aquí a su conversión religiosa ya tendrá poco que andar.

De la misma calidad serán después los datos de la existencia obtenidos por Heidegger. La inquietud, la preocupación, la soledad, el fastidio, la náusea, la angustia, son “hiatus irrationalis” de alcance impenetrable.

La escuela neokantiana de Baden (Windelband y Rickert) pone también el acento, por su parte, en la existencia de los “valores”, que aceptan como una creencia, que son independientes de la verdad y se determinan arbitrariamente. Los “valores” existen en la experiencia como formas apriorísticas, rígidas, y en conjunto constituyen, según otros autores, el mundo de la “cultura” desde donde se imponen obligatoriamente al individuo con tanta fuerza como el “imperativo categórico” de Kant.

Esta tendencia, que se ocupa esencialmente de la clasificación de las ciencias, opone las ciencias “culturales” a las ciencias naturales. Las primeras incorporan el concepto irracional de “valor” y se atienen al criterio según el cual los hechos de la sociedad y de la historia son absolutamente individuales, ocurren una sola vez y no se someten a leyes como las de la naturaleza; además, su carácter “estructural” o de “totalidad” impide el análisis y la aplicación de toda categoría intelectual. Los hechos de cultura se comprenden bajo “formas”, no según leyes, y se imponen al individuo como dogmas.

Combinando estos elementos, Spranger crea su método de la “comprensión” que tiende a unir las “vivencias” con cada una de las “estructuras” determinadas por los valores diversamente jerarquizadas en las diversas escalas.

Así se determina un mundo “estructural”, rígido, con ejes que van de las “vivencias” a los “valores” para unir el “espíritu subjetivo” con el “espíritu objetivo”, donde nada se transforma, donde todo es inmutable y estático. Su concepto de la “evolución” es una falacia donde todo se mueve sobre los cables rígidos de “direcciones de sentido universal y eterno”.¹⁴²

¹⁴² Ibid.

Así, pues, lo que en estas corrientes se llaman “ciencias” son interpretaciones que parten de puntos de vista deliberadamente anticientíficos y que operan con conceptos opuestos al método de las ciencias. Según los modelos de todas las concepciones metafísicas (cuyo ejemplo podría ser el caso aristotélico) los fenomenólogos colocan a las ciencias en lugar secundario, dependiente de la “filosofía primera”; así, en Husserl se subordinan a las esencias “eidéticas” o materiales, según los casos, y en Heidegger se hallan en la zona de la “existencia impropia”, estando la verdad unida a la “preocupación” del hombre perdido, en la zona de las náuseas, el fastidio y la trivialidad. Mero actuar del hombre práctico en Bergson, puro hacer de “homo faber” en la antropología de Scheler, las ciencias aparecen invariablemente en rangos subordinados e inferiores.

La atemporalidad de las esencias de las cuales participan, ya sea según Husserl o Heidegger, las condenan al estancamiento dentro de los límites que esas esencias sin tiempo le imponen. En el caso de las ciencias humanas o históricas, esa atemporalidad de que participan, conviene a la inmutabilidad que la clase burguesa desea consagrar para conservar estáticas las formas actuales de relación social. Esta atemporalidad transforma a las ciencias en departamentos privados de la Metafísica.

La agresividad anticientífica, el desdén por la universalidad del conocimiento lógico que sustituyen por el conocimiento inmediato, conducen forzosamente al solipsismo y por último al aislamiento social.

El primero de estos rasgos puede ilustrarse en cualquiera de los representantes de estas extremadas tendencias idealistas. Por ejemplo, en el caso de Scheler, para quien algunas esencias poseen un contenido estrictamente singular alcanzable por una sola persona regida por valores extratemporales que se aplican sólo a ella. Sobre esta base se afirma su teoría de la personalidad donde cada uno depende de un “espíritu impersonal” o supra personal. Cada individualidad realiza su unidad con las otras en el “personalismo-jerárquico” que culmina en

Dios. Es igualmente sabido que en Heidegger, el hiatus de la preocupación o de la angustia no tiene origen ni explicación psicológica, sino que es producto de una “cenestesia” humana absolutamente individual y que el hombre se relaciona con la sociedad y la civilización “cuidándose de ellas”.

En el mismo sentido, cuando Romero define la filosofía de Korn afirma que, según ella, “el hombre va logrando y perfeccionando la libertad que es su destino, en lucha contra la naturaleza, contra sus semejantes, contra sí mismo”.¹⁴³

Vemos, pues, a estas concepciones, que en gnoseología se caracterizan por el aislamiento absoluto de la conciencia hasta su propia disolución, resolverse en la ética en una concepción egoísta donde el hombre rompe los lazos que lo unen, a los otros hombres en su definición natural de ser esencialmente social.

Representantes de una clase social próxima a eclipsarse, estos ideólogos traducen su desesperanza en la aversión por los otros hombres así sean los de su propia clase en quienes no encuentran ya la solidaridad necesaria para sobrevivir, e insisten en la concepción abstracta de la libertad como libre arbitrio de una personalidad extraña por su origen, su vida y su destino del medio social, que conciben a la vez como una red anárquica de relaciones imposible de regirse por medios racionales.

El pesimismo acompañó al enclaustramiento del yo en las reflexiones sobre el decadentismo a las que fueron tan afectos los alemanes y los orteguistas españoles e hispanoamericanos quienes, bajo influencias nietzschianas o spenglerianas, declararon su odio contra las muchedumbres cuando ellas comenzaban a comprender la verdadera definición de la libertad encontrando el camino para lograrla en la lucha social dirigida por la clase históricamente ascendente contra la que está históricamente condenada a morir.

¹⁴³ ROMERO, Ibid., tomo 2, pág. 131.

A medida que unas y otras clases, las que nacen y las que mueren, realizan la autoconciencia de su propio destino, sus respectivas producciones filosóficas afirman el sentido de la vida o de la muerte. Las clases progresistas se preparan a vivir, no según la mística concepción de “vida” metafísica, sino según las normas de una convivencia bien ordenada en las relaciones concretas de la sociedad humana donde, con la supresión de la explotación del hombre por el hombre, desaparece toda enajenación material y moral del individuo. El pasaje de la “existencia impropia” que engendra el capitalismo hacia la “existencia propia” de la sociedad socialista como un hecho que transcurre ante sus propios ojos es fuente de su rebosante optimismo y de su indeclinable propósito de vivir.

Por su parte, las clases que pierden sus antiguos privilegios, tienen también la sensación auténtica de su propio destino y la “anticipada decisión a morir” del existencialismo culmina la “vivencia”, la “intuición”, la “comprensión” que su pesimismo les viene inspirando desde hace muchos años. En el naufragio del averiado navío imperialista, renuncian a los que ahora son peligrosos enunciados del humanismo que engendró la burguesía en su marcha ascensional de hace varios siglos, y proclaman “la abyección y la frustración del ser humano para salvar lo que se derrumba, mientras que en la precipitación del derrumbe está precisamente la salvación del hombre. Por ello cabe proclamar una vez más, pero ahora con más énfasis que en el pasado, la fe en la capacidad del hombre y la idea de que para el hombre nada es más alto que el hombre mismo”.¹⁴⁴

El irracionalismo y la negación de la verdad objetiva; el idealismo filosófico, el solipsismo, el aislamiento social y la falta de fe en la capacidad del hombre, arrastran forzosamente hacia el oscurantismo de la religión.

¹⁴⁴ RODOLFO GHIOLDI. Conferencia inédita pronunciada en Rosario con motivo del Congreso de Filosofía de Mendoza, de 1949.

Puede darse como caso típico el de Scheler, cuya intuición de lo sagrado ofrece la solución de todos los problemas en el absolutismo de Dios, hacia donde concurren todos los valores de su escala. Pero tiene más importancia la conciliación tomista-existencialista que se efectúa a espaldas de la aparente divergencia expresada por unos y otros.

Quienes pusieron el acento en las influencias de Kierkegaard sobre Heidegger, interpretan las elaboraciones de este último como la traducción laica del cristianismo. Por otra parte, la absorción de temas existencialistas en las corrientes neo-tomistas, especialmente francesas (Marcel, Chestov, etc.), hacen resaltar, en el entrecruzamiento, el triunfo de la concepción religiosa sobre toda interpretación filosófica o científica. Los padres de la Iglesia consagraron la hermandad (bajo su mayorazgo) en la discusión que promovió al efecto la Academia Pontificia a fines de 1947.

Decía el joven Marx que “la religión es en realidad la conciencia y el sentimiento del hombre que no se ha encontrado todavía, o bien del que ya se ha perdido”.¹⁴⁵ Respuesta para la ignorancia de los hombres en su origen, confluyen hacia ella las filosofías irracionalistas y anticientíficas de nuestra época. Vinculada a la filosofía existencialista que resuelve los problemas del hombre “perdido” en la “angustia” y en la muerte, la religión oficia con toda eficacia el responso de los difuntos del imperialismo.

Tenemos ya suficientes elementos de juicio para decidir sobre el alcance “antipositivista” de este movimiento.

Dijimos, al comenzar, que para serlo, las diversas corrientes que así se denominaron debieron haber combatido las elaboraciones peculiares de las dos escuelas sistemáticas del “positivismo” propiamente dicho.

Correspondía que atacaran en Comte:

¹⁴⁵ CARLOS MARX, Contribución a la crítica de la filosofía del derecho. Obras filosóficas. Edit. Costes. Tomo I, año 1927, pág. 84.

1) Su teoría de la “positividad”, es decir, su solución al problema del ser en una simbiosis idealista-mecánica-agnosticista.

2) Las implicaciones metafísicas de su filosofía y especialmente su calificación de “metafísicas” aplicadas a las teorías científicas sobre la composición de la materia. Sus prohibiciones para el desarrollo de tales teorías. Su clasificación de las ciencias según viejas concepciones metafísicas y conservando las debilidades del mecanicismo.

3) Su agnosticismo vinculado a esa concepción de la ciencia que deriva en su segunda carrera hacia el irracionalismo y sus prevenciones contra “el abuso del razonamiento”, contra los puntos de vista “estrecho y demasiado analíticos de la razón” y la aparición del “principio subjetivo” que le fija límites a la inteligencia. Su concepto de la educación antiintelectualista del segundo período.

4) El “atemporalismo” de su teoría de la evolución y el sometimiento del progreso al orden, de la actividad a la estabilidad, etc. Su concepción de la dinámica social constreñida por la estática invariable de las relaciones dadas en la sociedad industrial. Su utopía social que impone la subordinación del proletariado, los sabios y las mujeres, al poder de los industriales. Su propósito de imponerle leyes a la sociedad en lugar de esforzarse por descubrir la ley inmanente de su propio devenir.

5) Su fideísmo y el retorno a la religión, trasunto de la religión católica y el abandono definitivo de la lucha antiteológica.

Del mismo modo, debieron atacar en el positivismo de Spencer:

1) La conciliación entre ciencia y religión y su hipótesis de lo absoluto que trata de encontrarla.

2) El agnosticismo y su concepto irracional de los “residuos del pensamiento” que se nos imponen con la “persistencia de la fuerza”.

3) Su mecanicismo universal con la aplicación de la teoría de la equivalencia mecánica del calor a todos los órdenes de la realidad. Su ley de concentración y disolución de la materia aplicada a la sociedad y a la historia. Su justificación filosófica del régimen de los monopolios.

4) Su transferencia de la ley del triunfo del más fuerte de las sociedades animales a las sociedades humanas asociándola a su ley de concentración y disolución.

5) Su concepto gradualista de la evolución después de los grandes descubrimientos del transformismo darwiniano.

6) Su ética que funde el utilitarismo con la ley del triunfo del más fuerte para apoyar a los industriales en su régimen de explotación.

No hace falta un gran desarrollo para demostrar que el antipositivismo no se dedicó a combatir esos rasgos del positivismo.

Por el contrario, analizando una por una las soluciones de los antipositivistas para los problemas fundamentales de la filosofía, puede afirmarse que concilian con los caracteres del positivismo que acabamos de enunciar, conduciéndolos a sus más extremas consecuencias. Así, el idealismo, el irracionalismo, el antiintelectualismo y el subjetivismo, la creación de nuevas formas del conocimiento, el fideísmo y por fin la conciliación de la filosofía con la religión en los “antipositivistas” pueden superponerse, aunque excediéndolos, con las creaciones propias del positivismo, cada vez más despojado, en el devenir del siglo XIX, de sus primitivos vínculos con el materialismo científico-natural del siglo XVIII.

Apenas quedarían válidas en la designación de “antipositivistas” algunas de las réplicas al mecanicismo que todavía subsisten en los últimos desarrollos del positivismo inglés y el irredimible pesimismo de la fenomenología frente a la fe —al final quebrantada— que los positivistas especialmente ingleses tenían en el triunfo de los industriales.

Pero estos pequeños atenuantes no desmienten nuestra afirmación sobre la impropiedad de estas formas de pensamiento que más es lo que concilian que lo que disienten con su opuesto. De este modo, evidentemente, lejos de darle muerte, como lo afirman, han favorecido su desarrollo y si hace falta demostrarlo bastaría, entre muchas otras posibilidades, con iluminar las secuelas positivistas que se manifiestan en algunas especulaciones, por ejemplo, en ciertos desarrollos de la epistemología de marca nacional.

A ese efecto, y sólo a título ilustrativo, nos detendremos un momento en la fundamentación del método “observacional” de la epistemología de la Química, de Carlos E. Prélat.

No deseamos en este caso, discurrir sobre los fundamentos mismos ni sobre la legitimidad y el objeto de la epistemología propiamente dicha; solamente tomaremos en cuenta su posición frente a los alcances de la ciencia en general.

Partiendo de una definición a primera vista objetable —“la ciencia pensándose a sí misma”—, que considera a la ciencia como un desarrollo autónomo puramente lógico sin tomar en cuenta su relación con la actividad histórico-práctica del hombre, la mencionada posición epistemológica arranca de conceptos gnoseológicos de fácil identificación. Por otra parte el mismo autor se ha encargado de demostrar su parentesco con el empirismo, el pragmatismo, el fenomenalismo y, aunque expone sus divergencias, acepta la posibilidad de aceptar “sucesivamente distintas posiciones epistemológicas.

Además, la posición “observacional”, a pesar de su primera presentación, más que analizarse a sí misma observando la forma en que se ha desarrollado la química, postula el método para establecer las nociones y principios que, según su autor, son el fundamento inmovible e inmutable de la misma. Se trataría, según él, de los tres conceptos de sustancia, elemento y modificación química y de los cuatro principios necesarios y suficientes que presiden su desarrollo.

El método consiste, en primer lugar, en el uso exclusivo de la “observación”, que puede ser “activa” o “pasiva” o bien, simplemente, poseer “sentido observacional”. En segundo lugar, aunque el autor cree “indispensable que a una exposición del conocimiento siga una interpretación del mismo”, elude toda “explicación”, que “queda para otras posiciones epistemológicas”.¹⁴⁶

¹⁴⁶ CARLOS E. PRÉLAT, *Epistemología de la Química*, Ed. Espasa-Calpe Argentina S. A., 1947, pág. 23.

Las “ventajas” que le atribuye a dicho método consisten en un criterio de verdad que se funda en una especie de “armonía preestablecida” consistente en que “un número considerable de personas se pongan de acuerdo acerca de lo que observan y cómo lo observan” y por consiguiente no utiliza “elementos supuestos en hipótesis o teorías”¹⁴⁷ inobservables, ni tampoco “demuestra” sino que solamente lleva a la “convicción”;¹⁴⁸ en la “inmutabilidad de sus nociones” que, aunque sean ampliadas, “serán siempre válidas en el dominio observacional a que se refieren”, en que la química “se independiza de toda metafísica” y, sobre todo, en la “utilidad del conocimiento” que permite actuar en el mundo físico, confiriéndole gran ventaja pragmática. Además, si bien el observacionalismo, a diferencia de la fenomenología, no niega el conocimiento de “la cosa en sí”, “no abre juicio sobre ella”.

Sí además se considera que el mismo autor acepta su parentesco con el “operacionalismo” adoptado, “entre otros por los fundadores de la Teoría de la Relatividad”, el cuadro puede interpretarse en todas sus perspectivas. En efecto, para no remitirnos sino a las referencias más recientes de Einstein, echemos mano a sus declaraciones que figuran en su respuesta a Lord Samuel, Presidente del Royal Institute of Philosophy (31 de agosto de 1951) donde afirma, entre otras cosas, que lo “real” es “un complejo de sensaciones” y que “nuestra fe o confianza en nuestros pensamientos referentes a la realidad” se basa únicamente en el hecho de que esos conceptos se hallan en “una relación de correspondencia con nuestras sensaciones”; que somos libres de elegir qué elementos deseamos aplicar en la construcción de la realidad física y que “la justificación de nuestra elección reside exclusivamente en nuestro éxito”, siendo, por ejemplo, la geometría euclidiana, “un simple juego de conceptos vacíos”; que, por fin, pone su confianza “simplemente en la intuición”.

¹⁴⁷ Ibid., pág. 17.

¹⁴⁸ Ibid., pág. 27.

No hay que hacer demasiado esfuerzo para comprender las relaciones con el positivismo de esta posición que declara, su independencia de “toda metafísica”, y se desentiende de “la cosa en sí”, que elude toda “explicación y sólo admite los términos empíricos de la observación”. Además, si se tiene en cuenta su reiterado interés pragmático y su adhesión a la “teoría de la comodidad” en la selección de cualquier posición epistemológica, se puede comprender su coincidencia con cualquiera de las subsecuelas positivistas del “empiriocriticismo”, del “empiriomonismo”, etc., tan admirablemente combatidos por Lenin en su *“Materialismo y Empiriocriticismo”*.

Igual que los positivistas y los machistas, pone su fe exclusiva en las sensaciones y, quedándose en el umbral de los fenómenos, sin elevarse al plano de la elaboración abstracta y especulativa que permite interpretar los datos de las sensaciones en relación con el conjunto universal de los hechos de la naturaleza, de la sociedad y de la historia, cae forzosamente en el agnosticismo de todas esas tendencias para no exponer más que algunos conceptos de poca coherencia y de corto alcance.

El enunciado “observacional” coloca a esta corriente, que no posee ninguna originalidad, dentro de la conocida tendencia que explica el proceso del conocimiento desde el punto de vista unilateral del sensualismo y no debe inducir al error de creer que tiene implicado un especial respeto por la prioridad de la materia como dato primario de todo conocimiento. Bien dice Jaszchij en su libro sobre “La cognoscibilidad del mundo”, que “el aceptar que la experiencia es fuente de todos nuestros conocimientos no es todavía una solución materialista del problema fundamental de la filosofía. La experiencia, dice, como fuente del conocimiento, puede ser reconocida y, como lo demuestra la historia de la filosofía, es admitida no sólo por el materialismo sino también por el idealismo”. “Lenin señaló que de la premisa del empirismo y del sensualismo son posibles dos deducciones: la idealista (las sensaciones son la única realidad y los cuerpos sólo complejos o

combinaciones de sensaciones) y la materialista (el mundo exterior es una fuente de sensaciones y las sensaciones son una imagen del mundo material)”.¹⁴⁹

El error y la vulgaridad del método “observacional” consiste en que al igual que el empirismo, rechaza la importancia del raciocinio teórico que generaliza los datos de la observación, en que ve solamente lo exterior de los fenómenos desconociendo el valor de la práctica para el conocimiento de la realidad. Precisamente el papel de la ciencia consiste en elevar el conocimiento desde el caos de las observaciones parciales de los hechos hasta su generalización en las leyes de los diversos aspectos de la realidad material y social. Cuando no se llega a esa generalización, el conocimiento científico como tal no existe.

La estricta adherencia a la “observación” agregada al pragmatismo le hacen merecer al método las calificaciones contenidas en la cita de Boyle que hace el mismo Prélat: “Los que se han dejado guiar hasta aquí por principios de una gran estrechez y bajeza de miras. Su dominio se limitaba a la preparación de medicamentos, a la extracción y trasmutación de metales. En cuanto a mí se refiere he tratado de partir de un punto de vista totalmente distinto: considero la química no como lo haría un médico o un alquimista sino como debe hacerlo un filósofo”.¹⁵⁰

Esta cita de Boyle invalida las afirmaciones del mismo Prélat acerca de que los conceptos falsos elaborados en la historia de la química se deben a la inconsecuencia con el método observacional. Los conceptos que cita y que se refieren a la historia de la época primitiva, pre-científica, de la química, surgieron justamente del contacto con los hechos durante las prácticas de la alquimia en que los químicos no sabían o no podían elaborar los datos de la observación. Es, por ejemplo el caso del “flogisto” que surgió, no de la cabeza de sus creadores, Be-

¹⁴⁹ JASJACHIJ, Ibid., pág. 10.

¹⁵⁰ PRÉLAT, Ibid., pág. 21.

cher y Sthal, sino de su observación sobre los hechos de la combustión bajo la influencia de creencias medioevales como las del “espíritu de los metales” o el “espíritu del vino”, y sin los elementos técnicos p. e. la balanza, que después usaron otros investigadores, como Lavoisier.

Vale decir, que la práctica sin la teoría o influenciada por una falsa y anquilosada teoría, conduce a conclusiones tan absurdas como el manejo de una teoría que no tuviera relación alguna con la práctica. Solamente la relación estrecha y dinámica de la teoría con la práctica es lo que permite el desarrollo de la ciencia mediante el doble proceso que se reproduce sin cesar: por una parte, el pensamiento racional que elabora los datos de la observación y crea las hipótesis o teorías para hacer comprensible la experiencia, desarrollando sus propias conclusiones teóricas; por otra parte la experiencia que comprueba el valor de esas hipótesis y se enriquece con ellas, y termina por desbordarlas hasta provocar los cambios de aquellas teorías o hipótesis cuando aparecen nuevas transformaciones técnicas y, sobre todo, transformaciones sociales y políticas que requieren un mejor conocimiento científico.

Esa acción recíproca impide el anquilosamiento de la teoría e impugna el ideal de crear nociones “inmutables” tal como se lo propone la epistemología “observacional”. La ciencia no se construye una vez para siempre sino que, marchando del conocimiento incompleto hacia el conocimiento completo, evoluciona dialécticamente tanto como la realidad misma que interpreta y contribuye a transformar.

Falta destacar aún, en la caracterización del “observacionalismo”, que sobre su sello positivista y empiriocriticista, tampoco faltan las inficciones de la filosofía irracionalista contemporánea. Lejos de cumplir con su deber de hombre de ciencia luchando contra los ataques anticientíficos de la misma, Prélat acepta su presión asimilando ciertas formas de conocimiento inmediato como la “intuición”, como la “convicción” contra la “demostración”, y las verdades de “sentido” observacional que se agregan a las observaciones propiamente dichas.

Al mismo tiempo, acepta su doble y simultáneo criterio de utilidad y de negación de la explicación. “En este siglo, dice, han ido perdiendo crédito las explicaciones en cuanto a su valor filosófico”¹⁵¹ y no existe nada más útil en este sentido que un “conocimiento construido elaborando resultados de operaciones y observaciones”.¹⁵²

No en vano decía Lenin que “el fideísmo moderno no rechaza, ni mucho menos, la ciencia: lo único que rechaza son las “pretensiones desmesuradas” de la ciencia y concretamente sus pretensiones de verdad objetiva”.¹⁵³

Es ilusoria, pues la creencia de Romero en la muerte del positivismo, que sobrevive a pesar del “antipositivismo” y en el mismo “antipositivismo”.

Sin embargo, su preocupación fundamental consiste ahora en buscar una filosofía que llene el vacío dejado por aquel “sentir” positivista según él ya exorcizado de la cultura nacional. Por eso lo vemos, en los mencionados trabajos, en ansiosa expectativa por una nueva metafísica “que prospera sobre todo en los EE. UU.”¹⁵⁴ y que, según aprecia, tiene algo que ver con la última evolución del pensamiento de Ingenieros.

La admiración por Alemania, tan conocida en nuestro profesor y de la que guarda algunas nostálgicas reminiscencias, trueca, ahora, en igual embeleso por los Estados Unidos. No se podrá negar la unidad de su pensamiento: parece que en todos los casos se tratará de recurrir al imperialismo, al más agresivo de los imperialismos, en préstamo de su ideología, la más decadente e inhumana de las ideologías. Ahora, a través de dos décadas de actividad pseudo filosófica del profesor

¹⁵¹ Ibid., pág. 23.

¹⁵² Ibid., pág. 20.

¹⁵³ Historia del P. C. (b) de la U.R.S.S. Edic. en Lenguas Extranjeras. Moscú, 1939, pág. 132.

¹⁵⁴ ROMERO, Ibid., pág. 154.

Romero, se comprende ya cómo quería realizar la Weltanschauung argentina: Una Weltanschauung de cerviz doblegada, traducida del alemán antes, y ahora del inglés.

A este respecto, resulta verdaderamente irritante su referencia al Colegio Libre de Estudios Superiores en cuya fundación no menciona siquiera a Aníbal Ponce y que, al olvidar las grandes intervenciones de este estudioso en la tribuna y en la revista del Colegio que dirigía y sus esfuerzos por orientar sus investigaciones según los fundamentos del materialismo dialéctico, incluye todas las actividades del Colegio Libre y la finalidad de su creación, entre las que promovieron el irracionalismo en el país. Pero, además, termina su referencia al Colegio y a la Cátedra creada en 1941, con el siguiente párrafo:

“En la actual vinculación filosófica americana, en la creciente relación en este orden de cosas tanto, por un lado, entre los grupos iberoamericanos entre sí, como entre éstos y los de los Estados Unidos, el pertinaz esfuerzo de la Cátedra ha tenido una parte que, por cierto, le ha sido generosamente reconocida más de una vez. De esta manera se ha ido trabajando en la constitución de una conciencia filosófica americana, realidad de tipo colectivo válida por sí misma, pero que además reviste especial significación como supuesto de otros logros venideros, en cuanto terreno favorable para que sobre él broten las realizaciones filosóficas que seamos capaces de producir”. (El subrayado es nuestro.)

¿No queda todo dicho? La « weltanschauung » propiciada por Romero será, por último, la filosofía del “americanismo”, es decir, de la doctrina que tratan de imponerle al mundo los Rockefeller, los Morgan, los Dupont.

A este respecto no está de más que recordemos las palabras de Marshall: “El pueblo americano escucha a menudo afirmar que los acontecimientos le imponen a nuestro país un papel director en el mundo. . . Yo no vacilaría en decir que ningún grupo de la nación está más decidido que el de los hombres de negocios para ejercer ese pa-

pel de una manera vigorosa y decisiva”.¹⁵⁵ Engancharse como furgón de esa locomotora del “siglo americano” que conducen los reyes del petróleo y el acero» no es a nuestro sentir, ni muy halagüeño para la dignidad de los representantes de nuestra cultura, ni muy provechoso para “las realizaciones filosóficas”, o para cualquier otra producción del pensamiento. Un país que en 1949/50 destinaba el 70 % de su presupuesto para gastos militares y solamente el 1 % para la enseñanza, que en su propio territorio no dispone de lo necesario para construir escuelas y pagar dignamente a sus maestros, mientras envía tantos armamentos a los países que se le someten, incluyendo a España y Alemania, no puede inspirar otras realizaciones filosóficas que las que se encaminan precisamente a fomentar el odio entre los hombres, a exacerbar sus pasiones más primarias, a vivificar, en fin, las tesis fascistas de los sub-hombres y los super-hombres y a desarrollar la propaganda política del expansionismo yanqui; bajo el pretexto de difundir la “cultura americana”.

¡Podría parecer extraño este súbito entusiasmo por la filosofía norteamericana en nuestros profesores, a quienes tantas veces les oímos comentar la falta de raíces y tradiciones filosóficas de ese país! Pero son fatalmente conducidos a ella, no sólo por la coincidencia de sus principios pragmáticos o irracionales. Como viejos amigos del coloniaje político y filosófico, se transforman gustosamente en los metecos de la cultura norteamericana.

Sin embargo, existen verdaderamente allí grandes expresiones de las letras y las artes, y serios investigadores científicos. Pero no son ellos quienes dirigen el “americanismo”, sino los hombres de negocios, mortalmente enemigos de la cultura porque son sobre todo traficantes de la guerra y perseguidores y verdugos de compatriotas suyos, los mejores escritores, artistas y hombres de ciencia de su país.

¹⁵⁵ Discurso pronunciado en Pittsburg el 15 de Febrero de 1948. Citado por “Démocratie Nouvelle”, París, nov. de 1950.

Esperemos, por eso, que mientras dura el desasosiego de Romero a la espera de la metafísica que se elabora en los EE. UU., tenga tiempo de pensar aún que ha tomado partido otra vez por una causa perdida, porque es nuevamente la causa del pasado, de la mentira, de la guerra, de la muerte, del imperialismo, en fin.

Solamente una filosofía que afirme los términos contrarios, del futuro, de la paz y de la vida, de las grandes esperanzas del hombre, puede favorecer el progreso de la cultura argentina porque la colocará sobre los cauces que recorren los pueblos en su decidido propósito de asegurar su propio porvenir.

El positivismo, ideología cuyo triunfo fue coincidente en nuestro país con la consolidación de la oligarquía y el imperialismo en el dominio económico y político, que deliberadamente sirvió al imperialismo en algunos de sus cultores —tal como sucedió de manera más aguda con el porfirismo en México— pretende ser reemplazado ahora por las corrientes que al declararse antipositivistas, buscan servirlo aún mejor. Este “antipositivismo” es sólo una continuidad del positivismo en lo fundamental de sus principios y en su sometimiento a la misma causa histórico-social. Uno y otro deben combatirse en nombre de una filosofía que consagre el triunfo de lo que nace contra lo que muere, que aliente el progreso de las fuerzas nuevas contra las irremisiblemente caducas.

En la fase actual, la última del viejo drama histórico, sepamos apoyar su próximo desenlace con una filosofía que prosiguiendo el luminoso sueño de la liberación humana concebido por los mejores hombres de cada época, les entregue a los pueblos las herramientas del pensamiento que les permita vencer, cuando los hechos anuncian ya la realidad incontenible de su triunfo.

La autora

(texto publicado en la solapa derecha del libro original)

Berta Perelstein, autora del libro *El positivismo y el antipositivismo en la Argentina*, dedicada al estudio por una vocación auténtica, ha entregado los mejores esfuerzos de su inteligencia y de su actividad al trabajo de esclarecer ideas y problemas relacionados con nuestra cultura. Y como mujer progresista se sintió siempre solidaria con los movimientos de opinión organizados para difundir y defender esa cultura en el país.

Un afán de información, de ahondamiento en fuentes de responsabilidad, la ha llevado a las casas de estudio primero, y luego, a viajar con el deseo de ver, de tomar contacto con otros centros y de perfeccionar sus propios conocimientos.

Realizó estudios de física. Completó luego su cultura en la Facultad de Filosofía y Letras, donde obtuvo el título de profesora de pedagogía. Desarrolló artículos y conferencias relativos a la evolución de las ideas filosóficas argentinas.

Viajó por Europa a fines de 1948. Allí se vinculó con figuras representativas de la filosofía y la pedagogía más avanzada. De regreso al país, comparte sus preferencias filosóficas con sus actividades educativas especializándose en la pedagogía correctiva.

Ediciones Procyon Buenos Aires

Quienes escriben

Berta Perelstein

Los pedagogos comunistas tuvieron una amplia influencia en el campo educativo. Berta Braslavsky (1913-2008) es quizás la más conocida de las representantes de esta tradición no solo por sus aportes al campo de la alfabetización sino a los de pedagogía y filosofía. Entre sus contribuciones, además de su clásico libro *Positivismo y anti-positivismo en la Argentina* se destacan los distintos artículos sobre pedagogía y educación publicados en *Cuadernos de Cultura*, revista cultural del PCA.

Ana Diamant

Es Doctora en Ciencias Sociales. Profesora Titular e investigadora en la Facultad de Psicología (UBA). Preside la Sociedad Argentina de Historia de la Educación. Coordina el Grupo de Trabajo Permanente Autoritarismos y Educación en Iberoamérica.

Sus trabajos se orientan a la historia reciente de la enseñanza, de la enseñanza universitaria y de la formación docente y a las marcas de genocidios, migraciones y autoritarismos en las instituciones y proyectos educativos.

El positivismo en la Argentina tuvo en su momento una influencia preponderante sobre el pensamiento de muchos intelectuales y a través de ellos, en la propia formación cultural del país. De ahí que resulte por demás interesante el enfoque de esta obra que somete a las corrientes del positivismo y del antipositivismo a un serio examen crítico. Al ubicar el papel que tuvieron unas y otras dentro del pensamiento argentino, y más aún, al aclarar esas influencias, señala las derivaciones no solo en la cultura, sino también en nuestro proceso histórico. Su autora, Berta Perelstein, fue una pedagoga e intelectual comunista cuyos aportes desbordan el pensamiento y la reflexión educativa y se proyectan a los grandes debates culturales como el que propone en una obra precursora y hasta ahora no reeditada.